

LUIS SALA

SUPER modelos

Judit Mascó, Laura Ponte, Nieves Álvarez,
Verónica Blume, Martina Klein y Laura Sánchez:
el lado humano de las leyendas que dominaron la moda

PLAZA JANÉS

LUIS SALA

SUPER modelos

Judit Mascó, Laura Ponte, Nieves Álvarez,
Verónica Blume, Martina Klein y Laura Sánchez:
el lado humano de las leyendas que dominaron la moda

PLAZA JANÉS

A todas las personas que han hecho posible este libro.
Creedme, somos ciento y la madre.
Gracias a todos

A mis padres,
por acompañarme en cada proyecto que emprendo

Si eres siempre tú mismo, entonces no puedes estar equivocado.

NORA EPHRON

La elegancia no consiste en destacar, sino en ser recordado.

GIORGIO ARMANI

Prefacio

¿Un libro de supermodelos? ¡Un libro de supermodelos!

La primera vez que yo, un chico nacido a principios de los dos mil, me tropecé con algunas de estas mujeres a las que se les había otorgado la etiqueta de «supermodelo», el diseñador David Delfín, el eterno niño malo de la moda española, criticado por muchos por sus colecciones tan controvertidas y admirado por muchísimos otros justamente por lo mismo, firmaba su propuesta de colección cápsula —con menos piezas de las que suelen componer las colecciones— y las edades de estas supermodelos rondaban entre el final de la treintena y los bien entrados cuarenta. Eso no era nada habitual en el mundo de la moda al que yo me estaba acostumbrando, en el que las mujeres que vestían las creaciones en las páginas de las revistas eran tan jóvenes que no parecían mortales.

Seguramente vi las fotos en el salón de mi casa clicando alguna página web o a través de alguna de las revistas de moda de las que me volví devoto en la adolescencia. Yo era chico *Vogue*, lo admitiré en cualquier sitio donde me lo pregunten, pero quizá llegué a estas fotos de Gorka Postigo —apuntad su nombre si es que todavía no lo tenéis, es uno de los mejores fotógrafos de nuestro país— porque ya admiraba a Delfín, quizá porque algo en mí ya me llamaba hacia la

moda o quizá porque estaba destinado a tropezarme con ellas de esa forma.

Las modelos, colocadas de forma estratégica, como si fueran musas sacadas del siglo XXI, llevaban vestidos, bodies, monos y pantalones multiposición, en diversos colores, desde el negro y el blanco hasta el púrpura o el granate. Eran piezas sencillas —que no «simples», ese es un adjetivo que jamás podría ir junto al nombre de David—, pero eran ellas las que las engrandecían. Quedé hipnotizado ante aquellas fotos. Eran la perfección, cada una de las modelos proyectaba una imagen, y con sus físicos tan particulares, únicos y pronunciados parecía que hicieran un juego con las prendas. Se complementaban en las imágenes en las que salían todas juntas y se crecían cuando les tocaba posar en solitario. Todas con sus gestos y su naturalidad al posar tras llevar media vida haciéndolo. Donde una gesticulaba de más, la otra se contenía y completaba la foto. Eran el yin y el yang. Unas rubias y otras morenas; unas con unos rasgos más agresivos y los de otras más dulces, aniñados; todo era variedad de facciones, expresiones y pieles.

Esas mujeres posaban con tanta profesionalidad que no tenía nada que ver con lo que yo había visto hasta entonces. Verónica Blume, Laura Ponte, Martina Klein, Nieves Álvarez y Bimba Bosé. ¡Claro que conocía sus nombres! Eran varias de aquellas míticas supermodelos de los noventa, todo el mundo hablaba de ellas, pero para mí eran como una vieja película en blanco y negro que te insisten en que tienes que ver, pero para la que nunca encuentras tiempo. Las veía en los *photocalls* de las fiestas que salían en las revistas, se sentaban en las primeras filas de los desfiles más

importantes de Barcelona y Madrid, pero nunca las había visto en acción. Y ese momento había surgido, y me había quedado hipnotizado.

Sí, me hipnotizaron. Los griegos las hubieran definido como «ninfas». Tan suyas, tan auténticas, tan guapas y tan distintas las unas de las otras. Todo el mundo sabía —y sabe— quiénes eran aquellas mujeres de las que, para referirse a ellas, no hacía falta más que decir un nombre: Judit, Laura —lo pondremos en plural en nuestras mentes—, Nieves, Martina, Verónica, Esther, Eugenia; si cruzamos al terreno internacional ya vendrían Naomi, Linda, Claudia, Valeria, Laetitia… Solo un nombre para ver, en nuestro imaginario colectivo, al mito: su cara, su forma de reptar, única de cada una, sobre la pasarela; su manera personal de vestir fuera de aquellos focos que las cegaban a cada paso que daban. Estaban al nivel de las estrellas de rock and roll o del cine del momento.

La industria las vendió como supermujeres. Todo el mundo creía conocerlas, estaban por todas partes. Muchos las idolatraban. Había niños y niñas que llevaban su foto en su carpeta forrada y otros las tenían a tamaño natural en un póster de su habitación. No fueron pocos los que soñaron con ser como ellas, vivir como ellas, sentir como lo hacían ellas, pero aquello parecía reservado a los menos, y todos, al final, creo que se hacían las mismas preguntas: ¿qué se necesitaba para ser una supermodelo? ¿Qué las diferenciaba de una modelo para ponerles el prefijo «super»?

Yo, desde mi opinión de observador, diría que para ser una supermodelo es necesario que te reconozcan por tu nombre de pila. Durante los años noventa, las supermodelos pertenecían a una generación de mujeres que venían de aquel recuerdo de «la

maniquí» —esa mujer que era una percha para el diseñador, aunque algunas terminaban siendo sus musas—, pero con un estatus de estrellas del rock, y sus nombres, en la mente, ya dibujaban una cara y un cuerpo. Salvo Naomi Campbell, casi todas eran occidentales y caucásicas, y fueron promovidas por la industria de la moda como representantes de un modo de vida lujoso, atractivo y saludable.

Las modelos se convirtieron en protagonistas del sector y, al final, encajaban mejor o peor con ciertos tipos de moda y tendencias debido a una combinación de factores físicos, estilísticos y de personalidad, que hacían que si triunfabas en un sitio no trabajaras en otro —a pesar de que las hubo que lo hicieron todo, algo sin precedentes—. Eso era porque algunas tendencias de moda requieren determinadas características físicas. Por ejemplo, la alta costura solía buscar modelos con una altura y unas proporciones específicas para que las prendas lucieran de la mejor manera en la pasarela. Por otro lado, estaba el estilo personal de cada modelo, que a menudo se alineaba con una tendencia concreta, aunque las modelos que pudieron adaptarse a diferentes estilos y tendencias tuvieron más oportunidades de encajar. La capacidad de cambiar de look y de actitud, como un camaleón, según lo requirieran las tendencias era crucial. Pero también desempeñaban un papel importante la personalidad y la presencia de cada una en la pasarela o en las sesiones fotográficas. Modelos con una fuerte presencia escénica destacaron en tendencias que requerían una actitud más audaz o segura.

Hubo algún ensayo que anticipó el cambio que vendría de la mano de las modelos a lo largo del siglo xx. Cada década fue preparando el

terreno con una modelo icónica hasta llegar a ellas: en los sesenta con Twiggy —cuya imagen se convirtió en sinónimo de la cultura mod de su tiempo; con su característico cabello corto y rubio, sus grandes ojos delineados y su figura extremadamente delgada, rompió con los cánones de belleza de aquel entonces, dominados por curvas más pronunciadas y una estética más sofisticada—; en los setenta con Lauren Hutton y su distintiva sonrisa, marcada por un espacio entre los dientes delanteros —un rasgo que al principio le recomendaron corregir pero que ella decidió mantener—, o en los ochenta con Brooke Shields, ya entrando en esa vorágine de las *tops*. También sucedió en los cuarenta y los cincuenta con Dovima, que se convirtió en una grande del modelaje de su tiempo, sin olvidar ese mítico *shooting* que hizo para la maison Balenciaga con dos elefantes —dejando de lado la polémica que surgió sobre el amarre de los animales—. Cada década fue preparando el terreno con una modelo icónica hasta llegar a la cima: la supermodelo de los noventa. La moda fue avanzando poco a poco, pero hubo un detonante que provocó el pistoletazo de salida del fenómeno supermodelo.

Todo comenzó en 1986, cuando Christy Turlington, una joven californiana, fue contratada por Steven Meisel y el maquillador François Nars para una sesión de fotos para *Vogue* UK en el estudio de Meisel en Nueva York. Por aquel entonces, Meisel ya era Meisel, el mítico fotógrafo tras su sombrero y sus gafas negras. Después de que la modelo y el fotógrafo se conocieran, Turlington le presentó a una modelo británica llamada Naomi Campbell. A su vez, él le presentó a una canadiense llamada Linda Evangelista. De esta manera surgió la conocida «Trinidad» de la moda. Juntos serían una

sensación. Cindy Crawford y Claudia Schiffer, por su cuenta, experimentaron algo similar. De acuerdo con Albert Watson, uno de los fotógrafos de la época que destacó gracias a su particular objetivo y que fotografió a muchas de las modelos que iban apareciendo, esto se debió principalmente a la competencia entre agencias nuevas como Elite, que con el tiempo se convirtió en una referencia a nivel mundial y exigió que el nombre de Crawford estuviera presente en las portadas.

Años después de aquel impacto que me produjeron las fotografías de estas mujeres, diría que seis o siete, y de seguir investigando sobre las supermodelos, coincidí con Laura Ponte en un desfile de Moisés Nieto en Madrid. Yo ya me iba metiendo en la moda, ellos eran dos veteranos. Moisés es uno de los diseñadores que hacen del sello España una referencia internacional desde su atelier en la calle del Conde Duque en Madrid. Moisés es dulce, con un toque empolvado en sus colecciones, pero sin ser plasta. Sabe beber de las corrientes japonesas y europeizarlas para que sean ponibles. Lo suyo son las líneas rectas, algunos estampados y, sobre todo, crear prendas que sean como el olor a limpio: un hogar. Allí fue donde, por primera vez, la vi en persona. Después entendí por qué Laura encajaba tan bien en el universo de Moisés: la seriedad que caracterizaba sus posados quedaba relegada a eso, a un posado.

Era alta, vestía un pantalón vaquero y una camisa blanca. Pero algo la hacía destacar entre todos. Su forma de andar, la manera de gesticular, de mirar los looks pasar frente a ella y hacerlo con los ojos, y no a través de la cámara del móvil como hacíamos los demás. Ahí, frente a Laura, algo se me encendió. Una idea. Bueno,

no era una idea, era más un principio de idea. Aquello podía ser muy efímero. Las ideas lo son si no tratamos de materializarlas.

Al terminar el desfile, me acerqué a ella. Fue buena, simpática, amable conmigo. Me abrazó, me reconfortó en un mundo en el que yo sentía que no encajaba del todo. Le conté mi idea, ella sonrió y al cabo de un mes quedamos en su casa para realizar la que sería la primera entrevista de algo que no sabía muy bien cómo acabaría. No hubo agentes ni representantes ni ningún intermediario entre Laura y yo. Solo una mesa y dos cafés. Un viaje —el primero que hice— a su memoria y, a través de ella, a esa locura noventera que empezaba a volver a nosotros ya por febrero de 2023, y que va creciendo conforme voy rematando este libro.

Después nuestras vidas se fueron encontrando a menudo en desfiles y eventos, en los que la llamo y viene a socorrerme cuando la necesito para que me acompañe. Y siempre procedemos igual. Ella me ve y me abraza como si no hubiera pasado el tiempo, como si fuese ayer.

Otro día, en casa, decidí intentarlo de nuevo. Tenía la entrevista de Laura en mi ordenador, pero yo quería escribir unas memorias que hablasen de ese tiempo que todos parecían conocer a la perfección y en el que yo quería profundizar por haber llegado tarde para vivirlo en persona.

Escribí un mensaje a Laura Sánchez, otra de las *tops* que siempre había tenido en la cabeza —y eso que no llegué a ella exactamente por la moda, sino por su faceta de actriz—. Laura tardó unas horas en contestarme y, para cuando quise darme cuenta, tenía otra entrevista planeada —aunque la fuimos posponiendo y, por motivos de agenda, fue una de las últimas que realicé— y el contacto de la

persona que podía ayudarme a conseguir al resto de las supermodelos que hablaban de una época, un momento y un tiempo en el que yo no sabía encuadrar nada, pero estaba dispuesto a intentarlo. Sánchez me dio un nombre y un apellido: Mencía Alcázar, representante. Un poco, en mis palabras, madrina del proyecto. Sin su intervención esto no hubiera sido posible.

Mencía resultó tener acceso a todas las modelos con las que yo quería hablar. Ella creyó en el proyecto casi a ciegas, porque yo no proponía nada cerrado, entonces las fui conociendo a todas en persona y lo vi claro: unas memorias de las supermodelos españolas. Cuando hablé con Mencía Alcázar, todo empezó a tomar forma. Ella tenía los contactos, pero, más que eso, además tenía la visión. Mencía entendía lo que yo buscaba, creo que veía en mí un deseo genuino de explorar, de indagar más allá del brillo superficial de la moda. De rebuscar entre las modelos para encontrar, a través de sus vivencias, a las mujeres que se convirtieron en supermodelos. Gracias a ella fui entrevistando a esas mujeres que antes solo eran nombres y rostros en mi mente. Y así, una tras otra, fueron contándome sus historias desde lo que todos sabíamos hasta aquello que no, desmontando el mito y mostrando las mujeres que son, que se habían quedado ocultas tras la imagen que se reflejaba de ellas.

Me impactaron muchas cosas, tantas que a veces me pregunto si debería contarlas todas en el libro o guardármelas para mí, porque me han acompañado desde aquellos días hasta hoy, como esos secretos que te cambian la forma de ver lo que te rodea. Pero de todas esas revelaciones, la que más me marcó fue la sororidad entre ellas. Muy diferente a ese mundo de envidias y rivalidades que siempre nos han vendido cuando se habla del modelaje, por estar

compuesto por personas con egos demasiado grandes, personalidades fuertes y mentes dispuestas a todo por la fama de una buena portada. Era completamente diferente, por lo menos entre las que se fueron convirtiendo en «mis chicas», como las apodé en mi mente.

Cuando empecé este proyecto, confieso que esperaba encontrarme con historias de celos, de competencia feroz entre las grandes supermodelos que compartían pasarelas y portadas, porque había escuchado no pocas veces que en ese mundo no cabía la amistad, que todo era una lucha constante por el primer plano, por ser la favorita de los diseñadores. Pero la realidad fue totalmente distinta.

En cada charla que tuve con ellas, todas se referían a sus compañeras de profesión con una admiración y un cariño inmensos. Esa idea de rivalidad no existía, o al menos no como me la habían pintado. Ellas hablaban de camaradería, de una conexión profunda que solo podía darse entre mujeres que habían pasado juntas por las mismas experiencias, soportado las mismas presiones. «Nos cuidábamos», me decían todas, con una naturalidad que derribaba cualquier mito que yo pudiera tener sobre ese mundo.

Claro, la competencia había estado allí. Pero con el tiempo, según me contaban, se transformó en una especie de pacto no escrito, cuando se dieron cuenta de que solo ellas podían entender el peso que implicaba ser una de las caras más reconocibles del mundo. No siempre resultaba fácil ni glamuroso. Y ahí, en los momentos más duros, era cuando realmente importaba tener a alguien a tu lado, aunque muchas veces solo fueran encuentros esporádicos porque iban perdidas por el mundo.

Porque lo que nunca se cuenta es qué pasa cuando se apagan las luces de los focos, cuando terminan las sesiones de fotos o cuando no consigues el trabajo que tanto querías. Lo que quedó entre ellas, después de tantos años, fue ese vínculo irrompible que solo se forja tras vivir juntas todo eso.

Quizá el mundo del modelaje no era tan superficial ni tan proclive a las rivalidades como siempre nos hicieron creer. Había algo más profundo allí, algo que no se veía desde fuera, pero que brillaba cuando te dejaban entrar en sus recuerdos. Y eso, esa sororidad, fue lo que me sorprendió más que cualquier otra cosa.

Escribir sobre ellas ha sido una lección sobre la diversidad en la belleza, sobre la fuerza femenina y también sobre la amistad en el trabajo, donde siempre me habían dicho que existía competencia. Eran mujeres que, aunque compartieron pasarelas y campañas, habían recorrido caminos distintos para llegar a donde estaban. Y lograron llamarse «amigas» a pesar de que, por motivos de agenda, a veces pasen mucho tiempo sin verse. Pero diré una cosa: esa es la verdadera amistad, la que pasas tiempo sin verte y todo sigue igual.

Las supermodelos, aquellas mujeres que yo había idolatrado desde la distancia, me enseñaron que la verdadera fortaleza no estaba solo en las pasarelas, sino en la capacidad de resistir, adaptarse y seguir adelante, superando los cambios que inevitablemente trae el paso del tiempo.

Y así, poco a poco, fui tejiendo una narrativa que no hablaba solo de sus historias profesionales y personales, sino de la moda de los noventa, de la esencia de esas mujeres que la habían definido. Cada palabra que escribía se volvía más personal, más íntima.

Escribir sobre las supermodelos españolas fue mi manera de conectar con una época que no viví, pero que me impactó profundamente. En el proceso también me encontré a mí mismo, entendiendo que la moda es mucho más que ropa o tendencias pasajeras. Es un reflejo de quienes somos, de cómo nos presentamos al mundo y de las historias que dejamos detrás. Y estas mujeres, a las que había seguido con fascinación desde las páginas de una revista o la pantalla de un ordenador, me enseñaron que ser una supermodelo no era solo un título, sino una forma de vivir, de adaptarse y de seguir brillando mientras aceptamos el paso del tiempo, incluso cuando en algún momento las luces se apagan y parece que se ha terminado. Porque siempre podemos hacer algo: reinventarnos y volver a empezar. Las modas cambian, pero ellas permanecen. Y ya en su madurez siguen dejando sin palabras al mundo cuando se visten, como si de *superwomen* se tratara, con el traje que les toca en cada ocasión. Algo sin precedentes. Algo que nunca volverá a pasar. Porque se crearon mitos, supermujeres, nombres y apellidos más que perchas que lucían ropa. Y con estas mujeres, primeras y últimas *top models*, morirá la supermodelo. ¿Por qué?

La respuesta es clara, concisa y directa: no interesa que una persona importe más que la prenda con la que desfila, pues la única intención es vender esa prenda que un diseñador ha creado.

Y no interesa a diseñadores, editores, fotógrafos ni a nadie de la industria, a pesar de que ellos mismos las hayan encumbrado. Porque la moda es un arte, sí, pero sobre todo un negocio.

Las mismas cabezas pensantes que las idealizaron y elevaron, cerraron la fábrica de supermodelos porque todo perdía importancia

a su lado, pero no pudieron apagar a esta generación que nunca ha parado de trabajar. Es una realidad: las supermodelos de los años noventa tuvieron un impacto significativo en la industria de la moda y lo siguen teniendo.

Nos encontramos en un punto en el que las supermodelos están en el centro de atención y su legado continúa inspirando a generaciones posteriores y a los creadores, que las reclaman, casi treinta años después, para que vuelvan con ellos al ruedo. Reuniones que ellas abrazan, compaginan y aceptan para recordar lo que fue y sigue siendo. Para hablar del fin de una era, que seguirá viva mientras ellas sigan activas, pero con ellas morirá la supermodelo.

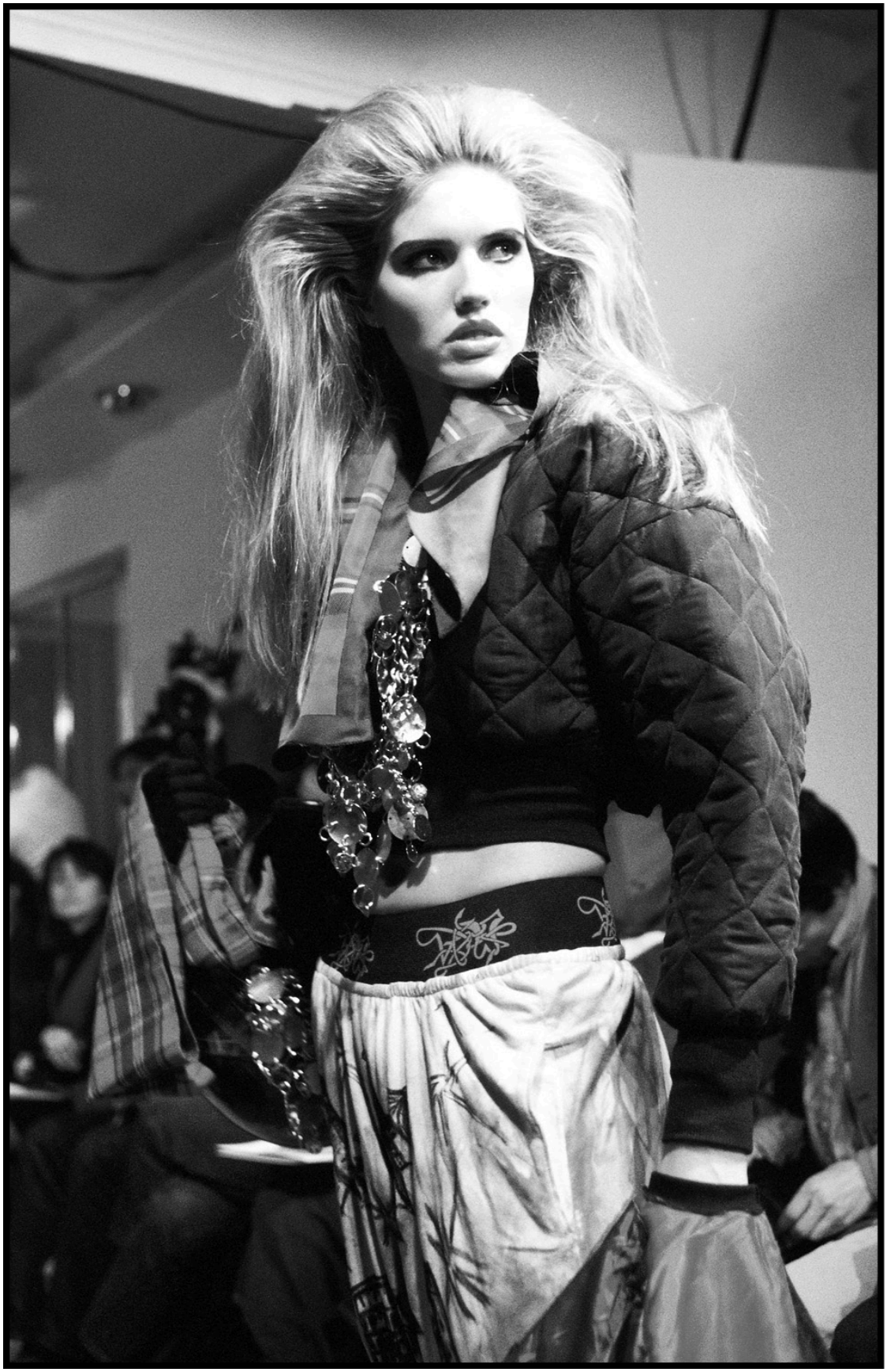
Habrá buenas modelos en el futuro, pero jamás supermodelos, porque el aura que rodeaba a los noventa, cuando todo iba envuelto en brillos, lujo y champán, ya no existe. Y aquello se ha quedado entre nosotros como algo mítico, pero con los cambios de la industria, el auge de las redes sociales y las vueltas que va dando el mundo no se volverá a repetir, porque entonces había ese misterio que se guardaba para los que lo vivían desde dentro y que ahora podemos poseer de manera instantánea con un solo clic. La magia de los noventa se ha perdido, ese hervidero en el que se propició su creación ha desaparecido, sin embargo los mitos todavía perduran.

Judit Mascó, tan rubia, tan elegante, tan cañera y a la vez cercana, que camina y parece que se vaya a parar el mundo, convertida en la primera mujer a sus cincuenta y cuatro años en llenar las marquesinas de los autobuses con una campaña de cosmética. Una chica de portada, Laura Ponte, con su delgadez y sus ojeras, «una tía normal», como dice ella, la modelo mejor pagada

del año 96 según la revista *Harper's Bazaar*, donde según sus compañeras protagonizaba la mitad de las campañas. Nieves Álvarez, madrileña de nacimiento y parisina de adopción, musa de Saint Laurent y estrella de la Alta Costura de París a sus recién cumplidos cincuenta años. Verónica Blume, que nunca disfrutó con la moda, ni con Nueva York ni Milán, pero le dio la vida y por eso sigue relacionada con ella mientras es la yogui que hoy nos la da a nosotros. Martina Klein, que no ha parado de remar, según sus palabras, pero al final, a pesar de que siempre le ha costado, es de esos nombres que seguimos recordando. «Creo que nos recordáis porque valemos para todo. Yo valgo hasta para contar chistes», afirmó cuando me dijo que había trabajado de humorista. Y Laura Sánchez, quien me dijo con socarronería: «No sé por qué me han metido a mí en este saco si soy la más joven, aunque lleve el pelo blanco»; ella, tan alta y con su sonrisa hipnótica, se comió medio mundo desfilando.

Si al otro lado del océano, en los estudios de Meisel, se creó la «Trinidad» de la moda, ellas, nuestras modelos españolas, cada una en un punto del mundo y reuniéndose cuando han podido, afincadas en España y donde les ha tocado en cada momento, sin miedos —o sí, pero sin paralizarse—, han formado parte del altar de la moda mundial.

Judit Mascó



El posado
Mascó

LA SERIEDAD DE UNA SONRISA

La primera vez que quedé con Judit era principios de marzo. Recuerdo que se iba a trabajar y por eso quedamos pronto.

Se encendió la cámara y apareció ella en mi salón, en la pantalla de mi ordenador. Estaba seria, pero tras verme me regaló una sonrisa. Supongo que porque la seriedad de una sonrisa reside en su dualidad: es un gesto aparentemente ligero, pero su significado trasciende lo superficial. Como un río subterráneo, fluye bajo la piel y se conecta con las emociones más profundas.

Una sonrisa sincera es un puente entre almas. Cuando alguien sonríe, se despliega un mapa de conexiones invisibles: la curva de los labios se convierte en un sendero que lleva a la comprensión mutua. En ese instante, dos mundos se encuentran, y las palabras se vuelven superfluas. Cuando dos personas conectan fácilmente todo fluye, sin límites, sin censuras. Eso me pasó con Judit, a pesar de que era una de las que más me imponían, cuando llegó el momento de reunirme con ella.

Fue un acto de confianza, una apertura hacia el otro. Como esa sonrisa que me regaló. Revelamos nuestros dientes, nuestras arrugas, nuestras imperfecciones, y en ese gesto compartimos nuestra humanidad. La sonrisa no juzga ni discrimina; simplemente es. Y ella era Judit. Judit Mascó, que me contaba su historia en primera persona.

Eso pasó la primera vez que nos reunimos, pero Judit quería contarlo todo con perfección minuciosa para «evitar malentendidos, porque no salí de debajo de una piedra, había mucho trabajo antes de que me llegara la fama», y se le acabó la batería de la tablet. Estaba hablando y, de repente, se congeló la imagen, por lo que acordamos otro encuentro un día que nos fuese posible a ambos. En esa ocasión fui yo el que la dejó plantada. Se me olvidó. De tanta paz que me había transmitido la otra vez, me habían desaparecido los nervios y no me presenté. Fue su representante, Maricarmen, quien me llamó y me sacó de mi ensimismamiento en a saber qué. Al encender la cámara, Judit se murió de la risa con que me hubiese olvidado. Pero allí seguía, esperando a que apareciese para ponerse a contar.

En los años noventa, Judit desfiló para diseñadores de renombre como Armani, Carolina Herrera y Valentino. Su portada en la revista *Sports Illustrated* en 1990 marcó un hito en su carrera, pero ¿cómo llegó allí aquella chiquilla rubia y española que conquistó media América? Detrás había trabajo, mucho trabajo, y empezando desde abajo. Su estilo en esa época era glamuroso, con prendas elegantes y sofisticadas. Supo crear aquel nombre que todos admiraban y pocos, realmente, conocían.

Aunque ha disminuido su presencia en los desfiles, Judit sigue vinculada al mundo de la moda. En ocasiones especiales se sube a la pasarela, y compagina su trabajo en campañas publicitarias con colaboraciones en radio y televisión. Su estilo actual es más atemporal y elegante, suele optar por colores neutros como blanco, negro, gris y beis. Prefiere piezas bien estructuradas y de calidad, evitando modas pasajeras.

Conforme hablaba con ella me iba dando cuenta de que la seriedad solo era una fachada construida en las ciudades europeas, que se diluía entre todas las sonrisas que salían al recordar la que fue y explicar la que es, la que sigue, la que espera ser conforme se vayan sumando los años. Y poco a poco iba saliendo Judit,

que contaba todo con un tono único, irónico y minucioso, y así enganchar para ver cómo iba fluyendo la historia hasta el final. Como si ese final hubiese llegado, cuando, a sus cincuenta y cinco años, esto parece que acaba de empezar…

***

Hubo un tiempo en el que ser modelo no era como lo conocemos hoy en día. En los años noventa las estrellas de rock gobernaban la tierra; a las actrices y los actores se les relacionaba con cantantes para dar parejas icónicas que alimentaran el mito tras las personas que representaban aquellos personajes y la gente se mataba por ir a desfiles de moda. Fue el momento de Kurt Cobain y Nirvana, justo en el mismo tiempo en que las Spice Girls nos enseñaban sobre el Girl Power y Madonna seguía reinventándose, liderando el pop global con su *Ray of Light*. Britney Spears, Christina Aguilera y Backstreet Boys tomaban las riendas del pop adolescente, mientras Tupac y Notorious B.I.G. lideraban la guerra del rap entre las costas Este y Oeste de Estados Unidos. Carrie Bradshaw, Miranda Hobbes, Charlotte York y Samantha Jones aparecieron en las pantallas de nuestras casas con sus historias de *Sexo en Nueva York*, al igual que *Friends* y *Forrest Gump*, que con su inocencia y perseverancia nos recordó que todo era posible. Era la época en la que podías ver a Linda Evangelista en la portada de *Vogue*, solo para encontrártela después en la primera fila de un concierto de U2, o ver a Claudia Schiffer desfilar por la pasarela de Chanel y luego aparecer en un videoclip de Bon Jovi. La cultura pop y la alta moda se entrelazaban, creando un universo donde cabía todo. Y ahí estaba yo. Justo en el centro de aquel follón.

Hay algo curioso que me pasa y es que por mucho que cuente mi historia, a mi familia, amigos y conocidos, nadie me va a entender como lo hacen mis compañeras modelos. Cada una lo tiene grabado en su memoria de un modo distinto porque somos muy diferentes, pero todas tenemos una parte compartida de lo que vivimos, cómo lo vivimos, cómo nos afecta hacernos mayores, cómo es lidiar con las familias que hemos ido construyendo con el paso de los años… es un trabajo muy potente, muy diferente de lo que te explican en la escuela.

Hay quienes me dicen: «Qué guay ser modelo», y eso ya es algo que me ha hecho tirar la toalla. Que sí, que es una pasada, pero solo nosotras entendemos que por cada momento guay y ese subidón cuando ves tu trabajo en cualquier sitio, hay un previo muy duro en diferentes aspectos. Como en todos los trabajos, al final, pero como ser modelo se asocia más a ser famosa, como si fuese una diversión, la gente no lo llega a entender. Muchas veces se puede convertir en algo aburridísimo y pesado, yendo y viniendo. Se nos ha pasado media vida entre aviones y trenes a todas. Hemos tenido la suerte de haber hecho tanto que me es imposible contarlo sin algo que respalde lo que cuento.

Guardo agendas desde el año 90. Solo a través de ellas soy capaz de ver la cantidad de locuras, viajes, cambios de continente y todo lo que hacía. En cada trabajo me escribía el nombre del fotógrafo, el maquillador, lo que me pagaban… Soy muy organizada. Muy alemana, diría. Me gusta que esté todo anotado, registrado, sin ningún agujero. Desde pequeña. Supongo que es lo que tiene haber nacido en un mundo en el que esto de las modelos, los focos y la fama sonaba muy lejano.

Nací en 1969, en Barcelona, en una familia de clase media. Mis padres eran profesores y directores de una escuela pequeñita de barrio. Eran gente viajada, les interesaba la cultura y el arte. Somos tres hermanos. Tengo a mi hermano el mayor y una hermana más pequeña. Una familia de entonces. Sin lujos, pero vivíamos bien.

Mis padres nos dieron una educación muy rica en valores, pero a la vez muy progre para la época. Yo era muy pequeña cuando murió Franco y casi que ni viví aquello, pero digo «progre» porque tenían mucho interés en enseñarnos cómo era la vida fuera de España, porque aquí era demasiado chapada a la antigua. Tenían una caravana y muchos veranos nos íbamos de viaje todos juntos durante las vacaciones escolares. Mes o mes y medio nos lo pasábamos por Europa. Y ahí veíamos cómo era la realidad fuera de nuestro país, a años luz de lo que estábamos acostumbrados. Europa iba a otra velocidad. Y a veces pienso que mi madre parece que supiera, en algún sitio de su subconsciente, que alguno de nosotros sería modelo porque a mí y a mis hermanos nos puso la vacuna de la viruela en el pie. Esa vacuna era muy escandalosa porque dejaba una marca enorme y de por vida en el brazo. Y a mí no se me ve porque la tengo en el pie…

Yo esto lo digo como pinceladas porque a veces no nos damos cuenta de que lo que recibimos cuando somos pequeños es lo que acabamos siendo. Formamos parte de esas vivencias que de pequeño te parecen normales porque no te comparas con nadie, pero que de mayor agradeces. Y eso, al mismo tiempo, creo que tiene que ver mucho con haber terminado siendo modelo. Me tuve que lanzar a un mundo desconocido y conté con el apoyo de mis padres justamente por eso, porque habían visto mundo y, aunque se

les escapaba este que se me iba abriendo, lo entendieron y me acompañaron. Gracias a ellos soy quien soy.

Yo ni quería ser modelo ni quería dejar de serlo. Para mí era un trabajo nuevo. Ni yo ni ninguna amiga mía soñaba con ser modelo. No era algo habitual y por aquel entonces podía tener incluso alguna connotación negativa. Es más, recuerdo que mi abuela, cuando empecé a trabajar en la moda, le dijo a mi madre que tuviera cuidado con la nena, se pensaba que iba por mal camino. La sociedad no tenía ni siquiera la imagen de alguna española que lo hubiese conseguido, que hubiera llegado al mundo de las pasarelas o las revistas y hubiese triunfado, no había referentes conocidos.

¿Algo que he tenido yo desde siempre? Era rubita y bastante mona desde bebé, y por eso mismo, algo que escucharon mis padres y yo misma conforme iba creciendo fue: «Qué mona es esta niña, podría hacer algo de publicidad». Pero, bueno, yo me dedicaba a ir al colegio y a estudiar, como hacían todas las niñas de mi barrio de Barcelona. Es más, como era alta y destacaba, no me gustaba. Prefería ser normalita, como el resto. Si hubiera podido elegir, me habría puesto algún centímetro menos, porque el hecho de destacar cuando eres pequeña a veces es horrible.

Lo que me ocurrió a mí fue lo clásico que nos ha pasado a casi todas y que suena a película. Un instante. Un golpe de suerte. Sin pensarlo.

Iba cada día al colegio con mis hermanos y mi mochila colgada de la espalda. Una mañana me crucé con Toni Alba, que por aquel entonces tenía una productora de publicidad al lado de la casa de mis padres. Él fue el que me paró y me preguntó que si quería hacer anuncios de televisión. A mí me encantó la idea, pero le dije, tan

pancha: «Usted lo que debe hacer es hablar con mis padres». Como se puede ver, estaba muy bien educada.

Este hombre no se lo pensó dos veces y fue a hablar con mis padres. Después me pidió que hiciera un casting, que pasé a la primera. Era una prueba para una marca de helados, La Menorquina, que creo que son de Baleares, e hice de bulto porque no tenía experiencia. Una más que salía de fondo, pero como vieron que tenía chispa hablando me dieron una frase que me hace muchísima gracia porque fue la primera: «Delicioso sabor a fresa». La decía mientras lamía el helado de fresa, claro. No pasó a la posteridad porque no era nada, pero fue mi primer trabajo. Tenía trece años.

Aquello no significó nada, porque seguí yendo al colegio y siempre atenta al discurso de mis padres: «Sigue estudiando, fórmate, que no se te suba a la cabeza…», lo típico que diría cualquier padre que ve que está pasando eso. Y yo iba con ese discurso interiorizado, pero me fueron surgiendo cositas.

Unas semanas después de aquel anuncio, en clase había una niña cuya madre hacía voluntariado con la tercera edad y montó un desfile en un centro comercial para recaudar dinero para una residencia de ancianos. Como yo era alta, bien plantada y rubia, me llamó para participar en el desfile. Me volvió a ocurrir lo mismo, porque luego hubo diseñadores de ese centro comercial que me llamaron para hacer alguna cosita así rápida. Pero muy poco a poco y a ese nivel.

Siempre digo que he tenido la gran suerte de picar piedra y de empezar desde abajo. Y cuando digo «desde abajo», me refiero a que mis primeras experiencias fueron posados para pijamas y camisones de los catálogos de las mercerías de barrio. De mi barrio

y de todos los que me llamaban. Yo me hinché a trabajar a ese nivel, y además era muy curranta. Si por cualquier cosa se necesitaban manos, pues hacía manos. Si había que hacer de doble de alguien, a mí no me importaba. Estaba empezando. Ni se me pasó por la cabeza ponerme exquisita. Y en ese momento fue cuando entré en el mundo de la publicidad. Porque se necesitaba muchísima gente.

Por aquel entonces, las productoras de publicidad más potentes estaban en Barcelona. Me pillaba al lado de casa, y trabajábamos para toda España e incluso hacíamos algunos anuncios para el extranjero que en España nunca se verían.

Estuve muchísimo tiempo saliendo de extra en anuncios. No me importaba. Trabajaba y cobraba. Estaba encantada con la idea, pero cuando ya llevaba unos cuarenta anuncios en los que no era la protagonista, me llamaron para otras cosas. Quiero decir esto porque cuando eres extra, si el rodaje se termina a las cuatro de la mañana, no preguntes por el pago de horas extra ni nada. Es un trabajo que pocas veces se reconoce y son profesionales que están ahí. Y muy importantes.

Trabajé mucho y durante bastante tiempo solo en Barcelona. Era muy joven y ¿adónde iba a ir yo? Pero, sin previo aviso, me salió algo en Madrid.

Para mí, coger un avión sola e irme a Madrid era una aventura, pero mis padres no estaban de acuerdo, y yo, a la vez, no quería ir con mi madre como si fuera la Pantoja. Así que cuando me salía algo no venía mi madre, aunque siempre me acompañaba alguien de confianza. Y ahí, en ese viaje, hice mi primera portada para la revista *Telva*. Yo no era conocida ni nada. Estábamos a finales de los años ochenta y yo soy del 69, tenía cuatro días. Pero esa portada

supuso un antes y un después, porque mi agencia me dijo que quizá debería centrarme en ser modelo en Europa y ver si podía trabajar fuera. Se trataba de una decisión importante porque significaba dejarlo todo, por lo que le dimos bastantes vueltas en mi familia mientras seguía estudiando, pero a los diecisiete años me fui.

A mis padres siempre les digo que fueron muy valientes conmigo. Yo tengo cuatro hijas y no es fácil tomar una decisión como esa. Con diecisiete años se sigue siendo una niña y te vas directa a un mundo de adultos. Es duro como madre ver eso. Me fui a Milán y estuve allí picando piedra, yendo a castings todos los días, con el mapa en las manos y los tacones en el bolso.

Al principio, en Milán, no conseguía nada. No me querían allí. Sin embargo, tras varias semanas empezaron a salirme editoriales. Fue algo que costó muchísimo. Eso de que llegas y besas el santo no fue mi caso. Tuve que buscar y buscar y tener paciencia. Me di cuenta, tras esos editoriales, que destacaba por la fotogenia. Seguía haciendo publicidad, pero lo mío era la foto. En ese momento también hacía desfiles, poquísimos, y no eran cosas de esas que dices importantísimas, pero de allí salieron unas cuantas fotografías.

Tras esa etapa en Milán llegué con un buen book, que era mi carta de presentación, hasta las revistas europeas. Y empecé a ir a Londres, a París… y considero, a día de hoy, que era un book excelente porque gracias a esas fotos que hice en Milán, a la portada que llevaba de España y a alguna cosita más que había hecho, me convertí en chica *Elle* y profesionales como Hans Feurer empezaron a fotografiarme. ¿Cuántos pueden decir eso? Sé que somos pocos. Unos pocos afortunados.

A mí Hans me gustaba mucho porque tenía un poco —solo un poquito— el rollo de Bruce Weber. Sabía capturar el dinamismo y la energía a través de su objetivo. Le encantaba la pesca y el mar para sus fotos, porque su toque consistía en mezclar su pasión por la naturaleza con la moda y, por encima de todo, ser muy profesional. Era alemán. Creo que nunca trabajé con él en un estudio, prefería buscar otros sitios. Tenía habilidad para plasmar una sensación de libertad y empoderamiento en las mujeres que retrataba.

Hans colaboraba con *Vogue* y *Elle*, y trabajaba para marcas como Kenzo, para la que realizó campañas publicitarias memorables. Una de sus series más famosas fue para la colección de Kenzo en los años ochenta, donde las modelos aparecían en paisajes exóticos y en armonía con la naturaleza, lo que reflejaba el espíritu libre que sigue teniendo la marca. Su enfoque en la belleza natural y la vitalidad femenina contrastaba mucho con las imágenes más estáticas y sofisticadas que dominaban en el sector durante los años setenta y ochenta. Utilizaba mucho el color vibrante y le encantaba fotografiarnos en movimiento, lo que añadía una sensación de espontaneidad y vida.

Fui su musa temporal hasta que se cansó de mí. Siempre sucede así. Se cansan pronto de las musas, ¿qué le vamos a hacer? Solo podemos aprovecharnos del objetivo hasta que digan «ya no más».

En aquella época, además de fotografiarme de forma independiente, con Hans trabajaba mucho para la revista *Marie Claire* de todas las nacionalidades, pero sobre todo hacía el *Elle* Francia. Fueron bastantes portadas, unas me gustaron más y otras menos, pero si tuviera que quedarme con una, elegiría una foto que nunca pensé que fuese a ser portada, en la que salía con un

sombrerito de lluvia impermeable, que llenó de agua y me hizo echármelo encima de la cabeza. De manera espontánea cerré los ojos y apreté los dientes, convirtiéndose en portada de julio o agosto, claro. Refrescante.

También hice con él una en la que yo llevaba una pamela turquesa y posaba frente al objetivo de una forma monísima, y estando en París me dijeron en mi agencia que era portada del *Elle* Francia y fui corriendo a comprarla. Vi que había puesto mis ojos del color de la pamela. En aquel momento no había Photoshop. Y flipé. Habían retocado el negativo. Y eso era muy *Elle*, una revista muy colorida, divertida, viva. E indirectamente ese era el rollo de Hans, todo al color. Ahora, tantos años después, veo el trabajo que hice, todo así en retrospectiva, como si no fuera yo, y pienso: «¡Qué mona estaba!». Entonces no lo veía, pero, de verdad, tengo cosas monísimas.

A partir de aquello, sin ser conocida todavía porque había hecho portadas pero nadie me ponía nombre, me llevaron a Nueva York, y de ahí en avioneta a una isla caribeña para una sesión con un fotógrafo francés, junto con otras modelos, para el *Elle* USA. Esto tiene importancia porque todo el mundo va a la portada de *Sports Illustrated* directamente, pero antes había otras cosas.

Hay muchas chicas monas en el mundo. ¿A santo de qué se fijaron en mí para aquella portada de una revista masculina americana, si además yo seguía viviendo en Barcelona? La respuesta es que mi book, sin ser yo conocida, empezaba a tener un buen nivel. Estaba apareciendo en muchas publicaciones europeas, hacía anuncios de televisión… Pero, claro, en aquel momento yo no era

conocida. En los anuncios solo la gente del sector sabía quién era, o quienes me conocían a mí personalmente.

A partir de noviembre del 89 empecé a salir en muchas portadas del *Elle* USA y, gracias a eso, a todas esas cabeceras que hice y al book que llevaba en la mochila cuando iba a los castings, se fijaron en mí para la portada de *Sports Illustrated*.

Esa gente me llamó para un trabajo de fotos para una revista americana que en mi agencia de Barcelona no tenían ni idea de qué era eso: *Sports Illustrated*. Yo seguía viviendo en Barcelona, pero cuando cambiaba de destino me alojaba en una pensión, como la Pensionne Yolanda la primera vez que viajé a Milán. No tenía para más, compartíamos baño todos. Comía pizza porque era lo más barato. Era época todavía de estar picando piedra. No era tanto que me llamaran a mí como ir a buscar el trabajo.

A diferencia de mis compañeras, por la edad que tengo, eso me marcó muchísimo porque todas las experiencias las viví sola. Siempre. Para mí fue durísimo. Cuando ellas me explican que vivían juntas y se hicieron amigas… me parece increíble. Yo estaba siempre sola. Y, por ejemplo, París me resultaba una ciudad durísima y muy antipática; era todo gris y llovía cada día. Estaba muy amargada, y eso ha forjado el carácter que tengo en la actualidad en cuanto a dureza y todo lo hormiguita que soy. Con lo que me costó, como para despilfarrar estaba. Nada fue de color de rosas. Aposté por mí misma, pero no fue fácil y había sitios en los que era espantoso estar. En otras ciudades me lo pasaba bomba, como en Nueva York, que es la ciudad con la que mejor he casado y en la que más a gusto estuve, pero ¿quién podría no encajar en Nueva York? Allí hay un hueco para cada uno. En Milán me pasó lo mismo, pero por el

carácter de los italianos, que son como los españoles: divertidos, de bromas y todo más dedicado a la *dolce vita*. Ahí casaba, y eso que soy bastante alemana en el trabajo.

Si lo pienso bien, en París, en ese momento, aunque fuese española me consideraban americana por mi aspecto: rubia, delgadita, carita redonda… y me iba fatal, pero yo hacía por estar. Pico, pala, pico, pala. Era mi asignatura pendiente, pero como era una modelo comercial no me querían allí. Y me pasó lo típico que pasa en la vida, que lo que no tienes es lo que quieres. Yo quería hacer Alta Costura, y no me fue bien. Mi perfil es el de chica rubia de revista y lo he aceptado con los años porque es la verdad. ¿He trabajado? ¡Pues ya está! Cada una es fuerte en lo suyo.

Volviendo al *Sports Illustrated*, por mi book de chica de revista, no lo sé bien pero intuyo que por esas portadas de *Elle* USA, me descubrieron en la editorial TIME, que es donde está la revista esta que yo desconocía y era la que más suscriptores masculinos tenía en Estados Unidos, porque es la revista semanal de deportes. En 1964, Jule Campbell, editora de la revista, decidió sacar un número especial una vez al año, no sé si para dar publicidad a la revista o para empoderar a las mujeres guapas del planeta. Y ella propuso ese concepto en el que chicas deportistas, sexis, guapas y diferentes mostraban los mejores lugares del planeta. Esa es la *Sports Illustrated* especial de bañadores, pero hay que recordar que es una revista masculina y que ese número solo sale una vez al año: lo llaman el *Swimsuit Issue*. Y lo que había comenzado como una propuesta para llenar páginas acabó siendo uno de los números más populares de la revista, y el *Swimsuit Issue* se convirtió en un fenómeno cultural americano porque Campbell fue pionera en su

enfoque para retratar a las modelos, alejándose de la idea de que debían ser solo objetos de belleza y enfocándose en la fuerza, la personalidad y el carisma de las mujeres que fotografiaba. Ella no quería imágenes demasiado provocativas, sino más bien divertidas, enérgicas y sofisticadas, lo que marcó la pauta de cómo el *Swimsuit Issue* sería percibido durante años.

Cuando llamaron a mi agencia con la propuesta de hacer fotos para esa revista, ni la conocían. Ni mis agentes ni media Europa. Era todo tan americano que aquí ni había llegado. Me dijeron que lo bueno no era ni la editorial ni lo que me iban a pagar, pero que estaría un mes o mes y medio viajando por las paradisiacas islas del Caribe y que las compañeras con las que compartiría plano eran la bomba. «Se ve que las americanas se matan por salir aquí», fue lo que me dijo mi agente. Y yo lo acepté, pero más que nada por la experiencia de hacer ese viaje con diecinueve años. ¡Me volvía loca la idea!

Me fui en octubre y desde que llegué no paré de alucinar. Era todo brillante, despampanante. El equipo era maravilloso, ellos viajaban durante tres meses o más para hacer esta producción y allí iban llegando *top models*, que yo reconocía de las portadas que veía en los quioscos, para hacerse fotos para esta revista. Elle Macpherson estaba en cuerpo y alma a mi lado, y yo pensaba: «Joder, qué fuerte». O Naomi Campbell. Ellas eran modelos que tenían, seguramente, más compromisos que yo y no habían cedido mes y medio de sus vidas para estar allí. Todas llegaban y se marchaban, pero yo seguía allí. Era la única que estaba perenne. Acabé siendo la modelo del equipo, por lo que tuve una buena relación con todos y hubo mucho cachondeo entre nosotros. Julie terminó siendo como

mi madre, tan lejos como estaba de Barcelona, y fue muy buena conmigo.

A partir de ahí mantuve una buena relación con Naomi, debí de caerle bien e hicimos muchas cosas a partir de *Sports Illustrated*. Después, en el 92, para las Olimpiadas en Barcelona, también coincidimos en unas fotos, pero he visto cómo trata a la gente de los equipos… y en eso no coincidimos.

Uno de los grandes momentos era entrar en la habitación suite cuando nos tocaba hotelazo, porque otras veces nos alojábamos en cabañas en mitad de una isla remota que era una reserva natural y tenían permiso para hacer fotos. Yo flipaba, nunca había visto aquel despliegue. Jamás había trabajado con esos presupuestos, ni mucho menos.

Lo mismo sucedía con los *fittings*. Cuando colgaban en los burros los biquinis y los bañadores que todos los diseñadores habidos y por haber habían cedido a este equipo para que salieran en la revista, te quedabas con la boca abierta. Duraban horas. Y hay que tener en cuenta que yo no era nadie y no podía escoger, aunque alguna vez me daban a elegir el que sentía que me quedaba mejor, pero Elle o Naomi decían «este, este y este», y se ponían esos. Yo flipaba en el buen sentido, porque todavía no tenía ese poder de elección. Yo dejaba que me pusieran lo que quisieran y si me pedían opinión decía algo, pero tampoco mucho. Si es que me parecía todo precioso.

Como cedí un mes y medio de mi vida a aquel trabajo, me convertí en la modelo comodín. Si una no llegaba, me ponían; si otra perdía su avión, me ponían. Si una finalmente decía que no porque tenía un desfile, ahí estaba yo. Si a otra se le cruzaba el cable y por

lo que fuese no quería venir, pues ponían a Judit. ¿Qué quiero decir con esto? Que hice muchísimas fotos, y cuando este material llegó a TIME y tuvieron que escoger a la chica de portada, yo tenía bastantes papeletas. A veces me digo que estar allí todo ese mes fue una buena inversión porque me pasó lo que nadie esperaba.

La cosa es que aquello terminó y yo me volví a Barcelona para seguir estudiando mi COU, porque me había dividido las asignaturas para continuar haciendo mis viajes y trabajos. Se me estaba poniendo difícil esto de compatibilizar la que se estaba convirtiendo en mi profesión y mis estudios, que, como siempre me habían dicho y yo tenía interiorizado, eran mi obligación.

Esas fotos las hice en octubre, porque coincidieron con mi cumpleaños, que es el día 2. Un día de enero me llamaron a casa. Era mi agencia de Nueva York. Yo tenía muy buena relación con Eileen Ford, la fundadora, y en especial con su hija, Katie. Durante mis estancias en Nueva York me habían acogido como a una hija y llevado con ellos hasta Long Island a tomar *marshmallows*. Me cuidaron muy bien. Sé que se habla de la moda y sus peligros, pero yo he tenido muchísima suerte. Creo que fue por ser española, tan familiar, tan perdida y con los principios tan claros…

Aquel día sonó el teléfono y era Eileen. «Te tenemos que contar una cosa que es muy bestia y estamos alucinados», me dijo al descolgar. En inglés, claro. Yo no sabía qué esperarme, pero ella me explicó que una foto mía iba a salir en la portada de *Sports Illustrated*. «¿Y?», respondí. Había salido en cientos de portadas que me habían hecho más ilusión, ¿qué interés tenía esa, que ni conocíamos en Europa y además era una revista de deportes? A mí, como modelo, me importaba más hacer una portada de una revista

de moda. No tenía ni idea de la repercusión que iba a tener y por eso contesté de esa manera.

«No entiendes nada», me dijo mi agente de Nueva York. «El 1 de febrero sale la portada y tienes que estar aquí porque hay todo un tour promocional de casi un mes y cuentan contigo. Esto es un trabajo, te lo pagarán y te dará la fama para el resto de tu vida». Yo no entendía nada, era verdad. Me sonaba tan raro que, ingenua de mí, le dije: «Hostia, no puedo, si es que tengo los exámenes. He repetido ya tercero de BUP, no puedo con mi vida, tengo los exámenes y no quiero volver a perder el curso».

Imaginaos qué mona e ingenua era. Mi agente flipaba tanto que no sabía con quién hablar para que yo me saltara esos exámenes y me fuese para allá. Y mi madre, cuando se lo conté, me dijo: «Mira, Judit, vale. Lo entiendo, pero esto yo no lo veo claro, así que te acompaño». Tenía su lógica, porque cuando se desconocen esos mundos no sabes por dónde te van a salir, y como podía llevar a alguien, en lugar de ir con mi mánager me fui con mi madre.

Era el año 1990 y, en ese momento, aunque era Estados Unidos, era un Estados Unidos en el que no se sufría el miedo al terrorismo. Esto fue antes del ataque a las Torres Gemelas, y solo diciendo eso la gente puede entender lo que voy a contar.

La identidad de la *cover girl* era tan *top secret* que no pasé ni por la seguridad en el aeropuerto. Ni en Barcelona ni al llegar allí. Nos hicieron volar, a mi madre y a mí, en primera, y al llegar al aeropuerto nos pidieron los pasaportes, pero en una sala aparte para que nadie me viera. Ya me dirás tú quién me iba a reconocer.

Allí me esperaba gente de la editorial TIME y me dijeron que el vehículo que me iban a poner era una limusina y que si la quería

blanca o negra. Yo contesté: «Bueno, blanca». Más hortera. Me debió de hacer gracia. Pero tuve mi limusina blanca durante todo el tour.

«Yo estoy flipando mandarinas, Judit», me dijo mi madre cuando nos recogió la limusina y nos llevó al hotel Plaza, frente a Central Park. En recepción nos dieron la suite y nos explicaron que hacía nada acababa de abandonar esa habitación Michael Jackson. Que había sido el huésped anterior. Yo respondí: «*Okey, thanks*», como si aquello me pasara todos los días de mi vida, pero cuando me di la vuelta hacia mi madre dije: «Hostia, mamá, qué fuerte, que se acaba de ir Michael Jackson de aquí», y mi madre: «Ay, nena, nena, no me digas». Ella no hablaba nada de inglés y yo, con mi inglés macarrónico, le hacía de traductora, pero ahora lo pienso y me muero de la risa porque es bastante surrealista.

La cuestión es que cogemos el ascensor y subimos a la suite, que estaba llena de notitas, bombones, flores… y de fondo se escuchaba un ruido que, la verdad, no sabía interpretar. Buscaba y buscaba por la suite de dónde provenía y nada. Finalmente se me ocurrió mirar por la ventana y había una manifestación feminista en contra mía. Era simbólica, claro, porque en realidad era en contra de las mujeres que exponían sus cuerpos para vender.

En ese momento yo no sabía nada de feminismo. En España nadie hablaba de eso. Han pasado muchas cosas desde aquel día para que yo pueda opinar sobre este tema y decir que soy feminista, pero entonces me pareció que esas tías eran unas colgadas. Estaba cumpliendo mi sueño, lo había conseguido yo, ¿por qué había gente en contra? No lo entendía.

Al rato vino gente del equipo para darnos el planning y nos dijeron que al día siguiente, a las cinco de la mañana, me recogería la limusina blanca para ir a los estudios de televisión y salir en primicia con la noticia en el programa más visto de allí, que era *Good Morning America*, con el que desayunan los americanos sus copos de maíz mientras miran la tele. Mi madre iba haciendo fotos de todo y terminó con un álbum que guarda como un tesoro porque era todo bien curioso.

Esa mañana, con mi inglés macarrónico y tan jovencita, afronté una entrevista en exclusiva. Yo pedí un traductor, pero me dijeron que no porque mi inglés era monísimo. Les hacía gracia.

He de decir que al salir de aquel estudio, con la limusina en la puerta, firmé mis primeros autógrafos. Ya había gente esperándome. Aquello fue un antes y un después porque cambió mi vida profesional y personal. Lo cuento medio en broma, pero fue así. Lo bueno de esto es que, como normalmente no me dejan explicarlo tan bien, parece que salí de debajo de una piedra y fui famosa de un día para otro, pero no. Había muchos años de curro y profesión detrás, una carrera propia. Aquella portada fue la guinda que me hizo pasar a otro estatus, ya que de no haber salido en ella seguro que habría seguido trabajando como modelo y ganándome la vida con ello, pero nunca habría sido conocida. Como le sucede a la mayoría, porque tengo muchas compañeras modelos que han currado mucho y han podido mantenerse ellas y a sus familias, y nadie las conoce. Ese trabajo me gusta reivindicarlo. No siempre hay que ser el primero o destacar o ser famoso. Esto es una profesión, y a mí se me dio ese momento de suerte y, a pesar de ser muy joven, yo me sentía preparada.

La revista puso todos los medios posibles para promocionarse. He de decir que no me promocionaban a mí, yo era la excusa para vender la revista. Hicimos una turné de este a oeste de Estados Unidos, desde sitios de calor a sitios de frío. Íbamos con aviones privados y mi limusina blanca me dejaba a los pies de la escalerilla del avión hasta llegar al siguiente destino, donde me subía a otra limusina, también blanca. Incluso tenía un secretario, que se llamaba Marriel, guapísimo, y con el que sigo teniendo contacto porque esa aventura nos unió, que me ayudaba a firmar las revistas y los autógrafos.

Lo que hacíamos, en realidad, era ir de ciudad en ciudad montando fiestas a las que invitábamos a algunos ciudadanos relacionados con el mundo del deporte. Me podía llegar un atleta de cien metros lisos ganador de los últimos Juegos Olímpicos, que yo no tenía ni flores de quién era, que quería hacerse fotos conmigo… A mí me sonaban pocos. Vitas Gerulaitis sí, claro, porque se había enrollado con Carolina de Mónaco y lo había leído en el *¡Hola!*, pero el resto ni idea.

Solo sabía que había una cola inmensa de gente esperando a que yo les firmara la revista en mitad de la fiesta, y que en cada ciudad iba a la televisión local, donde tenía que soltar siempre el mismo discurso.

Aquello tuvo tanta repercusión en Estados Unidos que el corresponsal en Washington del diario *El País* en aquel momento, Albert Montagut, escribió una contraportada hablando de la modelo que estaba triunfando en América, con mi foto y toda la página para mí sola. Yo seguía en Estados Unidos, pero mi padre me explicó que eso estaba saliendo en todos los telediarios de España. Si este

hombre no hubiese vivido en Washington, nunca le hubiera dado tanta importancia a la revista. Seguramente hubiera hecho como yo cuando me lo contaron: «¿Y?». Luego, años después, conocí a este periodista y me dijo: «En América, las niñas quieren ser modelos y salir en la portada de *Sports Illustrated* o ser presidentas».

En ese momento, la agencia Ford me comunicó que tenía que establecerme en Nueva York porque iba a dar el pelotazo. Y lo intenté. Me alquilé un pequeño apartamento cerca del Downtown.

Aquello fue un palo porque cada día me salían trabajos en todos los lugares del mundo. Era invierno y todos buscaban localizaciones en las que hiciera buen tiempo. Total, me pasaba el día volando a Miami. Y pensaba que podría haberme pillado el apartamento en Miami y más alegría, porque con el frío que hacía en Nueva York en febrero y las pistas congeladas que a veces no dejaban ni despegar a los aviones… Además quería mantener mis compromisos con mis clientes europeos. Desde mis campañas hasta los catálogos alemanes que hacía, que tenían cero glamour, eran pesadísimos y solo era para ganar dinero. Cada día de trabajo era un clin-clin.

En una de esas idas a Miami me encontré con Patrick Demarchelier, un fotógrafo francés que tenía un estilo muy elegante y lo conseguía buscando lo más natural de cada uno. Se había establecido allí y era muy famoso por haber retratado a Lady Di. Él fue el que me hizo salir en la portada de *Vogue* USA con otras dos modelos: Niki Taylor y otra más que no me acuerdo, pero era rubísima. Niki era más pequeña que yo, de ella sí que me acuerdo. Debía de ser justo después de que se convirtiera en la modelo más joven en ser fotografiada por el *Vogue* USA. Quince años tenía…

Y después, supongo que por el boca a boca, me llamó Steven Meisel para unas cosas de *Vogue* USA en las que también estaba Claudia Schiffer. Hay una foto en la que estamos las dos y salimos divinas.

Con Steven Meisel yo terminé fatal. Sé que es un *top*, pero yo no. Puedes ser uno de los más influyentes, pero tienes que respetar a los demás. Puedes ser muy reservado, pero lo mínimo es decir «hola» y «adiós» a quien estás fotografiando.

La primera vez que trabajé con él y con Claudia para este *Vogue* fue espantoso. Con Claudia genial. Tan fácil ella, tan alemana, trabajadora y discreta… Nunca hemos sido amigas porque también tiene ese punto distante, pero agradable y profesional. Ella es increíble. Se pone delante del objetivo y ya tiene la foto porque no le hace falta posar. Claudia es natural. Pero Meisel, fatal. Serás muy Steven Meisel y todo lo que tú quieras, pero siendo sincera, porque ya puedo decir lo que quiera en esta vida: así no se funciona. Mucho sombrero negro y gafas a juego, pero no.

Él no se acerca a las modelos. Se acercaría, supongo, a sus amigas Linda y Naomi, que son las que él encumbró cuando empezaron y las mandó al estrellato, pero a las demás no. Su forma de trabajar es que alguien nos comunica de su parte lo que hay que hacer. Él utiliza un objetivo largo, por lo que está lejos de nosotras también físicamente. Es como si no trabajaras con él, pero es Meisel y todo el mundo como loco. La moda es así: se crean esos mitos.

Había muchos medios aquella vez, muchas caravanas a modo de casas porque era *Vogue* y era Meisel, y entre esos dos nombres hay presupuesto de sobra.

Estábamos en unos exteriores y era todo despampanante. A lo grande, como hacía las cosas *Vogue* USA. Fue toda una experiencia para mí, pero él no parecía quedar satisfecho. Algo le debía de gustar de mí, eso sí, pero me enteré después porque como no te dice nada… Su intermediario era un chico cubano y a mí me venía genial porque hablábamos en español. Además, yo le hacía bromas. Soy muy bromista y le decía: «Tío, dile a Steven si le ha gustado la foto». Y él me decía que no, y yo: «Bueno, pues no le digas nada…».

Digo que algo le debía de gustar de mí porque yo me había vuelto a Barcelona, porque tenía novio, familia, añoraba en cantidad todo y no estaba tan feliz trabajando tanto sin poder disfrutar de lo que ganaba, y me llamó para otras fotos.

Veo necesario contar que regresaba de vez en cuando a Barcelona porque yo no le encontraba sentido a ganar tanto dinero y fama; lo que realmente me interesaba no lo tenía. Yo lo quería todo, y hablaba con mis agentes y les decía que me iba a mi casa. Sé que les chocaba porque estaban acostumbrados a las chicas rusas, a las del Este, a americanas con familias desestructuradas que no sabían ni dónde la tenían… pero yo lo tenía todo en Barcelona. Y quería volver en Navidad o Semana Santa, y me decían: «¿Semana qué?». Quería tener la oportunidad de gastar el dinero que estaba ganando. Por eso luego me volvía a Barcelona, porque todo ese exceso me hacía sentir bien a nivel profesional pero no personal. Había una buena dicotomía ahí.

La cosa es que, nada más llegar a Barcelona, me llamó mi agente de Nueva York y me dijo que me querían allí para hacer una prueba de portada para *Vogue* USA. Eso era un clásico, a veces hacías el

ensayo sin que necesariamente fueran a salir, pero buscaban una portada y más importante no podía ser. Me pagaban billete en primera, dormía y al día siguiente me hacía la prueba Steven Meisel. Y allá que me fui con toda mi ilusión.

Me presenté en su estudio muy puntual y empezaron a maquillarme. Cuando llegó el momento de peinarme, vi a Steven Meisel reflejado en el espejo. Era él, con su sombrero y sus gafas cuadradas de pasta. Ni siquiera saludó, pero iba a ser mi fotógrafo y estábamos en un estudio pequeño, y pensé que algo me diría. Yo todavía no había escuchado su voz.

Llamó al peluquero con una seña y este se fue a hablar con él. Yo no existía. Cuando la gente me habla de la mujer objeto, siempre digo que esa es la vez que más objeto me he sentido. Tras la conversación, el peluquero me dijo que Steven tenía ganas de verme con flequillo. Yo pensé que bueno, vale, si él me quería ver con flequillo pues tendría flequillo. El pelo crece y tan mal no me iba a quedar, yo quería mi portada sola en *Vogue* USA.

El tío cogió la tijera y cortó, pero no cuatro pelitos. Cortó de oreja a oreja. Él decía que me había quedado guay y yo, la verdad, me veía mona. De repente vi a través del espejo que volvía a aparecer el sombrero negro y que llamaba al peluquero. La gente corría, se iba, volvía, y llegó mi representante de la agencia Ford para decirme que se había anulado la sesión. «Es que Steven no lo ve claro», me dijeron. Y yo soy buena tía y me gusta trabajar, pero tengo un carácter fuerte. Y me sentí ofendida como profesional y como mujer. «¿Es por el pelo? ¡Me ha hecho cortarme el pelo y ahora no le gusto con flequillo?», pregunté. Ellos decían que un poco sí, que igual era por eso. «Quiero hablarlo con él, ¿podéis llamarlo?», les pedí. Todos

se pusieron pálidos y mi representante estaba que se le caían las bragas del miedo. Decía que era imposible, que no me preocupara porque me iban a pagar el día trabajado, pero en ese momento el dinero me daba igual. «¡Yo quiero que me diga que me ha hecho cortarme el puto pelo y que ahora no le gusto!», gritaba con mi inglés macarrónico y un tono de voz elevadísimo, y seguro que me oía porque aquello era diminuto y debía de estar en la habitación de al lado… Claro, no he trabajado nunca más con él, pero me indigné. Me sentí un objeto.

Pueden pasar esas cosas, no digo que no, pero tienes que dar la cara por mucho Steven Meisel que seas. No me gustó que todo el mundo estuviera tan asustado con ese tío. Ni apareció ni lo he vuelto a ver en mi vida. No saqué nada de aquel viaje más que mi enfado, pero quería dejar claro cómo me sentía y que todos eran unos cagados ante aquel sombrero y aquellas gafas. El flequillo mal no me quedaba, tengo fotos de esa época en las que se puede ver, pero a Meisel se le cruzaron los cables. ¿Cómo le puedes hacer eso a una chica joven? Me quedé fatal porque me sentí utilizada y, como no le servía en aquella ocasión, desechada.

De allí me llevaron al aeropuerto, me pagaron el vuelo en business y más dinero del acordado para que me callara y no dijera nada. Y desde allí hice una llamada a mi novio llorando, desconsolada, me sentía sucia y mal. Me veía un objeto. Nunca me había pasado. No me había tratado como a una persona.

Pero eso no es lo habitual. Lo que me ocurrió con Meisel siempre lo he considerado una excepción, lo que pasa es que en la memoria hace muchísimo ruido y se te queda grabado, y luego te acuerdas mucho de esas situaciones tan agridulces.

Con otros, por no decir con casi todos, fue diferente. Por ejemplo, sí que tenía mucho *feeling* con Grace Coddington. Trabajaba bastante con ella y con su pareja, que era un maquillador francés estupendo. Eran los dos supercreativos. El trabajo más conocido de Grace es como directora de arte de *Vogue* USA, pero ha pasado por todo: dibuja, sabe de estilismo, fotografía…

Y puedo decir que Grace es maravillosa. Entre otras cosas, porque se ponía en la piel de la modelo. Ella había empezado como modelo y por eso era dulce, monísima y muy cariñosa. En sus sesiones te hacía partícipe, contaba contigo y te preguntaba si te gustaba lo que llevabas. Una mujer adorable. Hace mucho que no la veo. Es mítica, con su pelo naranja y la piel blanquísima. Tiene más de ochenta años y sigue haciendo cosas porque es creativa y no puede estar quieta. Me encanta ella.

Con Grace hice otro *Vogue* USA, con Bruce Weber como fotógrafo. Es fácil reconocer a Bruce por su calidez emocional y su toque atemporal. Su obra a menudo incluye retratos íntimos de hombres y mujeres en paisajes naturales o domésticos, lo que confiere a sus fotos un aire de autenticidad y cercanía. Aunque Weber es célebre por sus imágenes en blanco y negro, también ha trabajado mucho con color, utilizando tonos suaves y cálidos que evocan cierta nostalgia. Siempre jugando entre los límites de lo sensual y lo artístico.

Fue una sesión increíble, porque la manera en que Weber maquetaba las fotos era muy especial. Así como en pequeñito, y salgo en muchas. Además, la sesión fue en Nashville, la cuna de Elvis Presley, donde todo son tiendas de botas cowboy, guitarras y

los primeros estudios de grabación. Es la América profunda, para flipar.

Allí hicimos el reportaje justo después de *Sports Illustrated*. Debieron de cogerme por eso. En esas fotos estaba también Claudia Schiffer. Fue una de esas experiencias que te llevas contigo porque era el todo. Nashville, Grace, Bruce, Claudia… Me lo pasé genial.

Bruce Weber no se parecía en nada a Meisel. Él era cercano con nosotras, por eso hacía tan buen equipo con Coddington.

Durante todos estos años yo seguía trabajando en España, pero tras la noticia de *Sports Illustrated* todos los medios de comunicación me querían, desde las revistas del fin de semana hasta las revistas de moda española y los desfiles, y empecé a hacer el circuito de pasarelas internacionales de prêt-à-porter de Dolce & Gabbana, Versace… Tenía buena relación con todos y mi nombre empezó a aparecer junto a nombres de altura. Estaban todas las míticas y pasé a ser una más.

Si miráramos las fotos del 91, no recuerdo bien qué colección, pero hubo un desfile de lencería en el que íbamos vestidas con los ligueros, muy Sophia Loren, para Dolce & Gabbana, y estábamos todas. Todos los nombres que podamos imaginar. Y el mío también. Lo digo así porque me sorprendo. Todavía hoy me sorprende haber estado en esa pasarela rodeada de esas modelos que yo ya admiraba cuando era una chiquilla que se iniciaba en todo esto.

Tuve la suerte de vivir aquello y guardo material inédito muy mono porque mi novio, que ahora es mi marido, pudo venir con su cámara y grabarlo todo. Les pregunté a Domenico y Stefano si podía asistir y le encontraron un sitio. Son encantadores ambos, tan

cercanos, tan italianos. Con ese toque que tienen al hacer las colecciones, como sensuales y a la vez vibrantes, italianas.

Mi novio grabó el desfile. Se puso con toda la prensa y flipó porque cada vez que salía una de nosotras la prensa enloquecía. Parecía que quisieran tocarnos. Afuera había colas de gente porque las modelos que iban a desfilar eran míticas, mucho más que los propios diseñadores, que en algunos casos empezaban su trayectoria.

No es como ahora, que hay un *front row* con nombres conocidos; aquello era diferente. Era una locura la cantidad de gente que había dentro y fuera; tantas profesionales maravillosas y algunas divas. A veces pasaba que hasta que no llegaba alguna de estas divas no empezaba el desfile. Ahí se demostraba la profesionalidad y rigurosidad de algunas y el divismo de otras.

No hablo del divismo en plan negativo, lo digo divertida y con la sonrisa puesta porque, como comentan mis compañeras, considero que era parte del espectáculo. Si se les permitía ser divas hasta el punto de llegar media hora tarde mientras todas las demás, unas veintipico tías de buen nivel, estábamos esperando, quizá fuese parte del show.

Yo flipaba. Cuando estás en un desfile a ese nivel, hay una mezcla de amistad y competición muy graciosa, entre qué guapa es esta tía y cómo la admiro y el yo quiero salir a su lado y estar a su altura. En eso se convirtió el mundo de las supermodelos. Éramos un grupo, no todas amigas, por supuesto, pero siempre éramos las mismas. Coincidíamos muchísimo y en paralelo desarrollábamos nuestras carreras.

Después de aquella portada noté la diferencia en América, en Europa y, al final, incluso en España. En Cibeles y Gaudí, que eran las dos pasarelas más grandes del momento en España, pasé de ser una más a abrir y cerrar desfiles. Me los hacía todos. A mí me parecía estupendo, menudo subidón me daba cerrar un desfile. Al contrario de la Ponte, que ella eso lo odiaba. Pero a mí no me disgustaba. Había triunfado fuera y me convertía en conocida en mi país. No veía ningún problema porque yo tenía un posado tres cuartos controladísimo. Era fotogénica hasta en la pasarela, es decir, yo desfilaba y sabía que mi momento llegaba al final, con los fotógrafos. Y de ahí no me movía nadie en un ratito. Hacía varias poses, mis tres cuartos finales y me iba. Yo lo digo con esta ilusión y la Ponte al contrario, claro. Somos la antítesis. Para mí un desfile es un subidón total porque el ego se te pone por las nubes y es tu momento. Lo digo con diversión, pero es la verdad.

Esas fotos, al día siguiente, me hacían salir en los diarios nacionales. Tengo portadas en blanco y negro del *ABC* hablando de la Semana de la Moda de Madrid y salía yo. No lo digo para presumir, sino como un hecho que me parece hasta extraño porque, con todas las que éramos, que decidieran ponerme a mí… me sigue sorprendiendo porque yo siempre me lo he tomado así y nunca se me ha ido la olla.

Si algo tengo claro es eso, que nunca dejé de ser la que era, porque a pesar de dar lo mejor de mí en la pasarela, con mis compañeros (modelos, fotógrafos de *backstage*, maquilladores, peluqueros…) seguí siendo la misma. Nunca sentí los celos, solo alegría y comprensión, por parte de mis compañeras. Cuando contaba las cosas que me iban pasando veía que ellas se alegraban

por mí. Justo al contrario de lo que se vende de la industria. Y en España esa hermandad era todavía más auténtica.

En Cibeles éramos una gran familia y eso ocurría en pocas pasarelas del mundo. Quizá por falta de presupuesto o por formas de funcionar, no había un casting por diseñador como en otras ciudades. Aquí había un casting y ya está. Y sigue siendo igual, a no ser que haya algún diseñador que se traiga a sus modelos.

Si entrabas en este casting, hacías de cuatro a cinco desfiles diarios. Una locura que vivíamos todas, y se creó un grupo de compañeras muy diferentes que en el fondo compartíamos lo mismo. Durante esos días éramos una familia que exteriorizaba los nervios, las risas, los problemas… Ese es el mejor recuerdo que tengo. El personal.

Era mucho trabajo, al final del día tenía dolor de pies y me era imposible ir a ninguna fiesta porque no podía más; además, por mi cantidad de pelo, tenía que llegar la primera a peluquería y siempre era de las últimas en estar lista.

Había un poco de estrés con tantos cambios en un día. Quizá empezabas por la mañana maquillada como una puerta con pestañas postizas para un diseñador y el siguiente quería la cara limpia. Tuve que aprender a respirar bien, a confiar en los profesionales y a adaptarme a los cambios en tiempo récord.

De entre todos, había un desfile muy esperado y que como modelo era increíble. Victorio & Lucchino eran el súmmum de la pasarela. A los sevillanos se les reservaba el mejor día y a última hora, la guinda del pastel. Y ellos siempre se traían a una *top model* internacional para crear expectación. Yo a muchas las conocía, pero

había esa cosa de competencia guay de «ahora vas a ver tú, internacional, cómo son las españolas en la pasarela».

Estamos hablando de unos años en los que nos lucíamos mucho y era más un show que un desfile al uso, porque el carisma de las modelos del momento le daba ese plus. Algunas veces salíamos y nos aplaudían porque nos reconocían. Y aunque llegara Claudia Schiffer o Naomi, y yo pudiese hablar un poco con ellas porque acabábamos de estar juntas en Milán, nosotras nos sentíamos mucho más seguras en España. Era nuestra casa y jugábamos en campo propio, por mucho que al día siguiente ellas saliesen en las portadas de los medios. Por ejemplo, Helena Barquilla era poderío total. Ella era tan española… Su sofisticada belleza y su capacidad para adaptarse a diferentes estilos la convirtieron en una de las favoritas de fotógrafos y creadores. Con un estilo versátil, podía llevar tanto alta costura como looks más minimalistas con una gracia natural que la hacía destacar en la pasarela. La definían como «majestuosa» y es la realidad.

En ese desfile era todo de otro planeta. El *front row* era increíble, desde Almodóvar y su clan a alguien de la realeza. Eran personajes a los que en ese momento había que esperar, aunque estuviéramos listas para salir. Para lo poco que dura un desfile había potencia en ellos.

Pero no todo era Victorio & Lucchino. Estaba Antonio Alvarado, que era muy loco y vanguardista, tan de la Movida y con esa capacidad de relacionarla con la parte más sofisticada de la moda; o Manuel Piña, que creaba piezas únicas y le encantaba la experimentación con tejidos y formas, lo que resultaba en colecciones que reflejaban tanto la tradición española como las

corrientes contemporáneas internacionales. Yo los pillé en una época en que a las modelos no solo se nos daba mucho protagonismo, sino todas las posibilidades para lucir lo mejor posible y se nos permitía hacer coreografías, movernos a nuestra manera… Después estaban también Roberto Verino o Adolfo Domínguez, que eran tranquilos, uniformes y sobrios, muy gallegos los dos, con líneas rectas, y ese eslogan de Domínguez de «La arruga es bella» que hablaba de la ropa y de las personas a la vez. Pero yo me acuerdo de lo que me hacía vibrar, que era donde podía ser yo. Y a mí me gustaba el show. Me sigue gustando. Esa libertad de moverme a mi manera, de crear una historia… me volvía loca.

Al igual que en Madrid, en Barcelona también hacía todos los desfiles. En ese momento en Barcelona todo era Josep Font, que es un creador tremendo y al que conozco muy bien, pero yo era su antítesis de modelo. No le encajaba.

Él se caracteriza por su atención al detalle y su habilidad para trabajar con tejidos de alta calidad. Sus colecciones a menudo presentan una mezcla de técnicas tradicionales de sastrería con innovaciones modernas. Font es conocido por su enfoque en la feminidad, sus prendas realzan la figura de la mujer y ofrecen una elegancia atemporal.

Su filosofía se centra en la idea de que la moda debe ser una forma de expresión personal. A través de su trabajo busca contar historias y transmitir emociones, lo que hace que cada colección sea única y significativa.

Cuando hacía un desfile para él, la pauta era igual para todas: cara blanca, limpia, borra ceja y si hace falta borra labio. Cuando eres anónima haces todo, pero después yo les decía a las

maquilladoras que conocía: «Oye, ponme un poquito de eyeliner en el interior de la pestaña para que me abra un poco el ojo». Y nos reíamos, porque yo podía romperle esa uniformidad que justamente era su ADN. Conforme vas cogiendo peso, a pesar de que sean amigos tuyos, a esos diseñadores no les interesas. No quería protagonismo. No me veía fea, pero guapa tampoco cuando hacía Josep Font. Y entiendo que quisiera eso porque, al final, ellos hacen sus trabajos y nosotras somos sus perchas, pero también nos gusta vernos bien en las fotos. Aunque sí es verdad que era muy fuerte el desfile de Josep. Los aplausos duraban minutos.

Hoy la gente ya no aplaude en los desfiles porque tiene las manos ocupadas con el móvil. Antes era una revolución cada salida. No es broma, es una realidad. Ahora en los desfiles hay un silencio increíble y, por impactante que sea una salida, nadie puede aplaudir porque todo el mundo está detrás de su pantalla. Esto es bastante frío. Pregúntale a un actor o una actriz qué sentiría si saliese al escenario y viera a todo el mundo grabando como lo ven las modelos. Es muy triste.

Que las manos estén ocupadas y que todo tenga cero magia porque al minuto lo podemos ver en las redes hace que se pierda el aura que tuvo la etapa de las *top models*. Por eso había esa locura de energía, porque la gente que lo vivía era la que estaba allí, con un aforo reducidísimo. Y solo te enterabas al día siguiente por el periódico o por los especiales que salían dos veces al año en las revistas de moda. Y en esa magia estábamos envueltas nosotras.

Las modelos tomaron el protagonismo en aquellos años. Importaba más la modelo que la pieza que lucía y, si lo miramos objetivamente, no tiene ningún sentido. Es como si admiras a un

futbolista pero no por cómo juega. No es ético que una modelo esté por encima de la creación de un diseñador y su equipo, que han trabajado muchísimo para que lo lleve unos minutos en la pasarela. Pero así ocurrió, y quizá no vuelva a ocurrir nunca más.

Había un caldo de cultivo que hizo que todo aquello fuera muy exótico e icónico. Nos convertimos en iconos porque no estábamos al alcance de nadie y se magnificó más de lo que era. En realidad, éramos un grupo de chicas jóvenes con nuestros nervios, pasiones y sentimientos, pero nuestra imagen decía que éramos inaccesibles, magníficas… Era todo muy *top*.

En la actualidad lo vivo de modo muy diferente. Cada trabajo que me dan la oportunidad de hacer lo siento desde la alegría, porque me parece un milagro y una maravilla que a esta edad siga vinculada a mi oficio, cuando desde bien jovencita se me preguntaba: «¿Qué harás después de ser modelo?». Ha pasado algo con las modelos de mi etapa, no con todas, claro, pero hemos ido más allá de una cara bonita en un cuerpo joven y bien proporcionado con las características que pedía la moda. Nos hemos creado una marca propia.

Yo tengo arrugas y me he hecho mayor. Mis hijas están en la edad en que se empieza a ser modelo, pero por ese motivo, quizá, y por tratar de ser objetiva conmigo misma, puedo decirme que ya no es eso lo que se busca en mí. Ni siquiera yo deseo parecerme a aquella que fui, sería muy triste. En el momento actual soy una mujer con un recorrido, una vivencia, unos valores y tantas cosas todavía por contar que resulta que eso es marca y vende.

El mundo ha cambiado y eso nos ha beneficiado. La mujer cercana y auténtica es lo que ahora tenemos. Yo, en la actualidad,

trabajo para ISDIN y he renovado por dos años más a nivel nacional e internacional. Estoy en todas las cabinas de teléfono, marquesinas de autobuses, anuncios… Esto es lo último en la vida, y más en cosmética, que se hacía con la edad que tengo, pero si lo pensamos y somos consecuentes con nosotros mismos, es a esta edad cuando necesitamos los productos cosméticos de calidad para mejorar nuestro aspecto exterior y no cuando tenía veinte años y hacía anuncios de antiarrugas; es ridículo pretender engañar a la gente si no tienes ni una arruga. No existía el Photoshop, pero ¿para qué lo quería si no hacía falta retocar absolutamente nada? ¿Cómo nos dejábamos engañar los consumidores?

Cuando no soy la modelo y soy Judit, solo Judit, también soy consumidora y quiero que las campañas sean auténticas, así como que la prescriptora que me los está explicando y vendiendo sea lo más afín a mí. Eso es lo que está pasando en todos los sectores: que las firmas cada vez buscan más esa autenticidad.

Sí, sigo trabajando de modelo a los cincuenta y cinco años. Muchas veces se refieren a mí como «la exmodelo» y yo pienso: «Que digan lo que quieran», porque nunca en la vida lo hubiera dicho, pero sigo viviendo de este trabajo que, además, he sabido aprovechar en otros ámbitos.

Soy comunicadora desde muy joven. Me encanta hablar, aprender de la gente de radio y televisión. Estoy en varios espacios radiofónicos y hago programas semanales en televisión, y me gusta estar activa en esos ámbitos porque me olvido a ratos de que soy modelo y no pienso si estoy más arrugada o menos. Como mujer tengo muchas cosas que contar y sé cómo contarlas. No es que yo sepa de todo, pero puedo opinar sobre algunas cosas. Por eso me

gusta tocar otros sectores, porque disfruto mucho y aprendo, y eso es bien distinto a que mi trabajo como modelo haya dejado de serlo.

Verónica Blume



Como pez
fuera del agua

ETÉREA

Si tuviese que utilizar una palabra para definir a Verónica Blume tras conocerla, «etérea» me parece la más adecuada. Tiene una fuerza arrolladora, que es el claro recuerdo de aquellos años en los que Nueva York, París y cualquier capital europea cayeron rendidas a sus pies. Su exótica belleza, resultado de la mezcla de culturas (alemana y uruguaya), la llevó a las pasarelas internacionales siendo muy joven, un mundo del que no se sentía partícipe porque no veía que fuese con ella tanto foco, discotecas y fiestas nocturnas. Su apariencia única combina rasgos europeos con una sensualidad y un misterio que todavía capturan la atención de quienes la ven hoy en día. Su piel luminosa, ojos expresivos y labios sensuales son algunos de los rasgos que la hacen inolvidable en el mundo de la moda y más allá.

Una de las cosas que más pena me dio cuando me propuse escribir este libro fue que Verónica, Judit y Martina no vivieran en Madrid para ir a visitarlas. Pero eso no me impidió conocer a una de las componentes de aquella foto de Gorka Postigo para David Delfín. La distancia ya es, tan solo, una excusa para no verse.

Un buen día, Verónica apareció a través de mi pantalla en el salón. Pasó antes de la entrevista con Judit. La visita de Verónica podríamos decir que fue como la de esa amiga que viene a verte, que está en paz con ella misma y con su entorno, y eso permite que la charla se desarrolle. Me transmitía confianza, quiso saber de

mí y por qué me interesaban las supermodelos, sonrió cuando le conté la anécdota de mi tropezón con las fotos de la colección de David Delfín.

Además de por su exótica belleza, vi en nuestra charla que Verónica Blume también se caracteriza por su elegancia natural. Su figura es esbelta y grácil, y adoptó una postura que denotaba confianza en lo que decía y sofisticación en las palabras que colocaba una tras otra, con mucho trabajo tras esa confianza. Su cabello brillante enmarcaba su rostro de manera armoniosa, y su sonrisa sincera ilumina cualquier lugar al que entra, incluso una habitación a la que llega por la pantalla de una tablet. En resumen, Verónica Blume personificaba la belleza atemporal y la autenticidad.

Pienso en ella y llego a la idea de esa paz esperada. Verónica transmite esa tranquilidad causada por el yoga que practica cada día, sola o acompañada, en su casa o en los retiros que crea para quienes desean aprender de lo que es capaz el poder sanador del yoga. Eso sí le importa. «¿Tú sabes qué paz me da mirar a la calle y ver el campo?», me dijo durante una videollamada en la que estuvimos hablando horas tras enseñarme lo que se veía por su ventana: un campo precioso catalán. Ahora no vive en la ciudad, pero sí cerca de Barcelona. Su Barcelona, a la que siempre ha vuelto y considera su hogar, pero que ve desde la distancia, entre las flores. Porque Verónica, nuestra Vero, se fusiona bien con la tierra, el agua, el cielo. Ella es etérea, divaga por el éter, ese quinto elemento más puro y brillante que el aire, y a la vez la región que ocupa por encima del cielo pero por debajo del firmamento. Es la personificación de la luminosidad y el brillo.

Verónica es un ejemplo de autenticidad, y pasa de las luces y los destellos de la pasarela a la serenidad del yoga y la espiritualidad, que a la vez no están tan lejos ni son tan distintos. El yoga fue su puerta de entrada a la meditación y su camino de regreso a sí misma, con asanas y chakras como hilos conductores. Pero con hilos, siempre pendiente de los hilos. Tejiendo y destejiendo su historia. Una historia eterna y atemporal por su capacidad para trascender las tendencias y

mantener una presencia relevante a lo largo del tiempo. Su enfoque en la espiritualidad, el yoga y la meditación le ha permitido conectar con una audiencia que valora la autenticidad y la búsqueda interior. Además, su estilo de vida saludable y su compromiso con el bienestar físico y mental contribuyen a su atemporalidad.

Tras nuestra charla, Verónica me envió un mensaje. «Le he hablado a mi hijo de ti y todo lo que haces. ¡Eres increíble! ¡Gracias por este viaje y tu generosidad!», pude leer en la pantalla de mi móvil. Sonreí. Solo podía ser Verónica. Ese nombre solo podía ir acompañado del apellido Blume. Yo ya la quería tras nuestra charla, porque creo que es imposible no hacerlo, pero tras aquello se generó en mí una ternura desorbitada.

***

Para mí es una realidad que Laura [Ponte] y yo éramos unos bichos raros en un mundo que, por supuesto, disfrutábamos, pero no tanto como otras. Sentíamos que estábamos fuera del huevo. No lo vivíamos como tal. Laura y yo siempre fuimos las típicas que nos dábamos la mano, nos íbamos para atrás y no nos peleábamos por ser las protagonistas de la foto. Creo que, de verdad, soy la que menos lo ha flipado dentro del mundo de la moda.

Si tengo que remontarme al principio y hacer memoria, siempre han dicho de mí «la modelo española» o «la modelo catalana», y no tengo ni una gotita de sangre de esos dos sitios. Creo que de ahí me viene el sentirme como un pez fuera del agua dentro del mundo en general, no solo del de la moda. Como si no encajara en muchos lugares.

Yo nací en la Selva Negra. Mis padres vivían en Uruguay, se conocieron cuando ambos estaban casados con sus respectivas parejas, y de repente yo estaba en camino. Y mi madre decidió ir a tenerme a la Selva Negra, en casa de unos amigos de mi padre. Los dos tenían hijos con sus anteriores parejas y mi nacimiento supuso la unión de dos familias, formando una familia grande, complicada y muy compleja. Y vivimos en Uruguay hasta que yo tuve cuatro años. Entonces nos fuimos a un pueblo de vacas de Austria donde yo iba a coger la leche con una jarra todas las mañanas. Era una Heidi. Eso me caló mucho y me doy cuenta ahora, que llevo tres años viviendo en un pueblo catalán en el que, si miro por la ventana, veo bosque y montañas. He vuelto a la raíz. Al principio. Ya no me apetecen las aglomeraciones ni nada por el estilo. Me gusta la vida tranquila, en paz. No encajo en todo eso de las avenidas llenas de gente ni en sitios masificados. Necesito y busco la paz desde hace mucho tiempo y creo que ya la necesitaba cuando era jovencita, pero no lo sabía.

Vivimos en ese pueblo hasta que yo tuve nueve años, que fue cuando nos vinimos a Barcelona. Yo no hablaba nada de castellano porque las primeras palabras que había escuchado cuando empecé a ser consciente no eran españolas, por lo que solo hablaba alemán. Y, claro, seguí con la experiencia esa de ser un poco el bicho raro. Éramos los alemanes, los medio uruguayos… siempre los raros en todos los lados. A Barcelona y alrededores le cogí especial cariño con el tiempo. La considero mi hogar, es donde siempre he vuelto por muy lejos que me haya ido.

Cuando tenía quince años, no sé exactamente cómo ni dónde, mi padre conoció a alguien que le habló de un concurso de modelos de una agencia que se llamaba Ford y le hizo ilusión que me

presentara. Yo no era una niña que quisiera dedicarme a eso, me pillaba muy de lejos. Sí que es cierto que he encontrado algún archivo de fotos muy lamentables en las que aparezco con mi hermana y nos poníamos bandanas, crop tops así muy naífs y posábamos tratando de hacer lo que hacen dos hermanas aburridas en casa: divertirse. Era como una sesión de fotos muy nuestra.

Veo necesario decir que participé en aquel concurso muy impulsada por mi padre. Le apetecía ver cómo su niña se comía el mundo. Y yo no quería ser modelo. Yo con quince años tenía mi primer novio, mi grupito de amigos, empezaba a salir, bebía mucha cerveza y fumaba Fortuna mentolado. Estaba en la flor de la vida y quería ser una gamberra. De hecho, en eso tengo que darle las gracias al mundo de la moda, porque si no hubiera sido por la moda no sé cómo habría terminado. Al revés de lo que se piensa, que nos metemos en este mundo y nos perdemos, conmigo sucedió al revés. Yo empecé a trabajar y me puse firme.

Cuando quise darme cuenta, me vi envuelta en aquel concurso. En España lo organizaba la revista *Elle*. Me enseñaron a caminar con tacones, a posar… Yo no tenía ni idea de qué hacer. Me parecía divertido y creo que por eso ponía interés, pero para nada pensaba en lo que vendría después. Gané la final de España y gané la final internacional en Estados Unidos. Y esa noche en la que gané, la agencia que lo llevaba en Estados Unidos, la agencia Ford, había organizado una fiesta por todo lo alto con gente conocidísima de la Gran Manzana en todo el centro de Nueva York y se suponía que yo estaba viviendo el sueño de la Cenicienta, pero me la pasé llorando al teléfono con mis padres porque lo único que quería era volverme a casa. No quería estar allí. Me sentía sola, triste y completamente

incomprendida por todos aquellos desconocidos que me miraban y tampoco entendían por qué estaba tan triste.

De la mano de ganar el concurso había un contrato que me obligaba a quedarme en Nueva York un año, y lo pasé fatal. Porque era una niña que se estaba iniciando en todo y por aquello de adiós novio en Barcelona, adiós experiencias adolescentes, adiós a muchas amistades. Tras aquello dije adiós a ser una adolescente.

Y es que yo era muy niña, muy bruta, muy ingenua. Y estuve muy impulsada por mis padres. Lo curioso era que todo el mundo lo veía como si me hubiera tocado la lotería y para mí era lo peor.

Me medían y me pesaban a diario cuando me fui a vivir a casa de Eileen Ford, la dueña de la agencia. Aquella mujer era una institución. Tenía un piso en el Uptown Manhattan donde se habían quedado Christy Turlington y casi todas las modelos del momento. Yo dormía en una pequeña habitación con dos camitas de muñeca y en la cama de al lado cada semana o cada mes aparecía una niñita diferente.

Por las mañanas llegaba Eileen con su camisón color carne y su metro en la mano y en el baño había un papel colgado en el que anotaba las medidas y cómo iban cambiando. Comenzaron a controlarme qué comer y qué no. Ahí empecé a esconder comida, a desarrollar una bulimia que era más grande que yo y a fumar como un carretero. Y cuando todo parecía estupendo y yo hacía Guess, desfiles, nacía la supermodelo como la conocéis y la gente pensaba que yo disfrutaba, pero me estaba metiendo en un agujero de autodestrucción que duró diez años. Los trastornos alimentarios quedan para siempre y el arte de quienes los hemos padecido es la mentira. De cara al exterior mi vida era estupenda y cuando estaba

sola era todo lo contrario, pero tuve experiencias fantásticas, conocí a gente a la que siempre había admirado y viví en ciudades como Londres o París, aunque la mayor parte la pasé en Nueva York. Y, claro, adiós al noviete que tenía en Barcelona, amigos y demás, todo se fue al garete.

Pienso que si aquello me hubiese tocado ahora todo sería diferente. El dinero que ganábamos en los noventa era desorbitado, lo guay que era Nueva York… y yo lo viví muy solitaria y antisocial. No tenía un grupito, tampoco nos dejaban porque nos llevaban de aquí para allá, y yo me limitaba a estar sola. Salía muy poco y no vi la oportunidad que tenía delante. Hoy en día no me importaría nada volver a vivir en Nueva York si me prometieran que todo sería igual, pero con la idea del mundo que tengo ahora. No digo cinco años como la otra vez, pero un año… Además, al Nueva York del 93 y el 94, que era muy distinto al de ahora. Aquello era rock and roll. Estaba latiendo algo en las calles que no sabíamos explicar, pero lo sentíamos y la gente iba latiendo con ese sentimiento. Estaba en las tiendas, en los bares, en los parques; lo llevaban las mujeres y los hombres, los niños…

Había tantos planes para hacer en la ciudad que, a pesar de estar sola, nunca me aburría. Iba a locales de jazz de madrugada, me movía en bicicleta, escuchaba mi discman, hacía miles de castings y me llamaban de muchos sitios. Descubrí en Nueva York que me gustaba mucho trabajar y que era muy alemana con las cuestiones profesionales. Lo quería todo ordenado, y cuando llegaba a casa disfrutaba lavándome la cara y sacándome el personaje en el que me había transformado por la mañana. Ahí era yo de nuevo, a pesar de estar perdida. Así estuve muchos años.

Igual que digo que me sentía muy a gusto en Nueva York, puedo decir que pasé poco tiempo en Europa. Las ciudades y su moda me parecían más violentas a nivel de trabajo. París, por ejemplo, era insoportable. A veces se nos olvida que estamos haciendo moda y no buscando la cura contra el cáncer. Se lo tomaban con un rigor… Y a mí me gusta la humildad y pasarlo bien. De verdad, lo que hacemos no es que sea tan importante. En Nueva York era más así. Eso parecía que lo tenían claro y se lo pasaban pipa trabajando.

Tengo que decir que nos lo pasábamos bien porque fue una época en la que el Moët & Chandon corría a las diez de la mañana. Es surrealista, y a quien se lo cuentes no se lo creería si solo lo contara una, pero era así. Hubo momentos para no olvidar. Por ejemplo, una vez me encontraba en una limusina con Jack Nicholson, el actor que luego dirigió y con el que me topé varias veces en sitios en los que coincidíamos, bajando por Broadway con una borrachera descomunal y vomitando por la ventanilla mientras la limusina avanzaba. Y yo era una cría. Fiestas y caras hiperfamosas que luego piensas: «¿Los conocí o me lo he inventado?». A veces es como si no lograra distinguir la realidad de la ficción porque todo parece un sueño. Pasas de ser una Heidi a vivir en Barcelona, y de ahí, sin comerlo ni beberlo, aterrizas en Nueva York y empiezas a vivir una locura. Pues si lo piensas bien, parece un sueño.

Cuando gané el concurso, justo después de instalarme en Estados Unidos, lo primero que hice fue en Miami para los productos de cabello Wella. Eran, y creo que todavía son, bastante buenos. Reparaban, nutrían, protegían del sol… Claro, hay que tener en cuenta que veníamos de una época en la que había laca, champú y poco más.

Las fotos las hizo Marino Parisotto. Él era muy sofisticado y sabía transmitir la emoción del momento. Su estilo visual destacaba por la iluminación cuidadosa, los colores ricos y el juego de sombras que aportan profundidad a sus fotografías. En su obra había mucho énfasis en la sensualidad y el glamour, lo que lo convierte en un favorito dentro del mundo de la moda y la belleza, y el formato libro le dio un toque especial a su trabajo. Nos vistieron de ángeles blancos y negros y éramos todas las finalistas del concurso, unas crías. Fue muy bonito. Hay una foto mía en la que salgo desnuda con unas alas de ángel enormes detrás y una cruz ardiendo en medio del agua. Un megadespliegue, todo en blanco y negro… Yo flipé. Porque esa idea de montar un mundo paralelo a mí siempre me ha encantado. Y por eso siempre he disfrutado más las sesiones de fotos que los desfiles. Es maravilloso cuando un pequeño equipo crea algo increíble. Sobre todo en aquella época, que era la magia de lo analógico. Otro carrete más, una bolsita que se iba llenando y solo cuatro polaroids para ver qué iba a salir de ahí…

Después de aquello llegó ya Guess, y me fui a hacerlo a Santa Bárbara, en California. Éramos dos tiarrones y yo. Nadie más. Ellos iban de vaqueros guais y eran guapos a morir. Yo por aquel entonces era virgen, inocente, y no entendía nada. De repente me vi vestida de vaquera y sentada sobre las piernas de aquellos tíos y mi mente pensaba: «¿Cómo encajas esto, Vero?». Y se hizo una campaña de Guess en la que había paneles enteros en Nueva York. A mí Guess me parecía lo más. ¡Lo hacía Claudia Schiffer! ¿Qué pintaba yo allí con lo poquita cosa que me veía? Y, claro, Guess, con lo americana que era, lo hacía todo a lo grande.

Uno de los tantos eventos de aquella campaña fue la inauguración de una tienda Guess en Punta del Este, en Uruguay. Nos llevaron allí, yo con diecisiete años, a mí y a la que había hecho la campaña el año anterior, Naomi Campbell. Hay que decir que en aquel momento Naomi ya era Naomi. Una diva. Habían traído también a muchas niñas modelos argentinas para los eventos y nos instalaron a todas en una casa enorme.

Casoplón. La planta de arriba con sus suites, jacuzzi y todo lo que nos podamos imaginar. ¿Quién lo ocupaba? Naomi y su séquito, por supuesto. Además, en esa época salía con el cantante de U2 y estaban los dos en el candelero. Eran la pareja del momento. Y en la planta de abajo había dos habitaciones con literas —habitaciones de servicio, vaya—, en las que acabé yo con las argentinas. Una de las suites de arriba era para mí, pero no quise pelearme, Naomi me daba pánico. Era una belleza, una pantera… Si yo era toda suavecita y blandita, que me ponía roja si me miraban, ella era todo lo contrario: la diosa de ébano era poco a su lado. Esas piernas, que andaba por casa como en la pasarela… pero una mala hostia que se gastaba la tía… Yo no he conocido a persona más excéntrica ni explosiva en mi vida, y mira que he viajado por el mundo.

Puede ser que ella viviese en otro mundo, porque si mi vida era una fantasía, la suya tenía que serlo mucho más; tal vez se sintiese la princesa Disney.

Recuerdo que en la casa había un maquillador con nosotras, un uruguayo que la maquillaba como podía con mano temblorosa porque debía de imponerle tanto como a mí, y yo vi un tacón con plataforma volar por el salón y estamparse contra el espejo tras

esquivarlo el maquillador. Increíble. Todo porque no debió de gustarle cómo la había maquillado para ir a donde tuviésemos que ir.

Un día de aquellos fuimos a la tienda de Guess y nos dijeron que podíamos elegir las prendas que quisiéramos para nosotras. Yo me cogí unos pantalones y una camiseta y pensé: «Menuda diva soy». Total, Naomi y su amiga —porque se había traído a una amiga a la aventura uruguaya— iban arrasando percheros y después se encerraron en el probador. Cuando salieron se habían costumizado todo: habían cortado mangas, deshilachado pantalones… supercool, ¿eh? Pero en realidad aquello fue un poco falta de respeto hacia la firma que nos había llevado.

Estuvimos muchas noches juntas en aquella casa, pero no hablamos casi nada. Sin duda, hay un momento que no se me borra de la cabeza de aquel viaje. He de decir que nunca me atrevía a mirarla, me daba miedo. Una noche, tenía sed y fui a la cocina. Y me encontré a Naomi de cara. Estaba sentada en un taburete. Solo llevaba unas bragas, ni la peluca. La cabeza al descubierto, un cráneo hermoso. Delgada como ella sola y fumando. Era como si se hubiera quitado la máscara de la fiera y debajo hubiese una niña, como yo, sola en mitad de la noche fumando en bragas en la cocina. Me fui sin beber agua, pero se me ha quedado esa imagen grabada en la memoria. Tras desprenderse del personaje, como hacía yo cuando llegaba a casa y disfrutaba desmaquillándome, aparecía la real. La que debía de ser, supongo.

Más tarde me salieron Tommy, Calvin y muchísimos editoriales. Había muy buenos editoriales en aquella época. Que si el drama, que lo dotaba de esa aura de magia y excentricidad; que si el grunge y su rollo tan de Seattle como despreocupado, Nirvana y la

evolución del punk… Pero en aquel viaje a Santa Bárbara para Guess tuve un despertar sexual. Sentía cosas muy raras con aquellos hombres que no había sentido antes. Yo era muy jovencita y ellos parecían bajados del Olimpo. Y también fue importante por lo que vino luego.

Después de volver de Uruguay hice Calvin Klein. Veo necesario decir que aquella fue su era, Calvin Klein revolucionaba Nueva York. Recuerdo que en el primer desfile que hice para él estaba Kate Moss. Kate siempre ha sido un poco la antimodelo, pero había muchas más, aunque no tuvieran ese nombre. Ella era pequeñita, con curvas, la carita de niña… nada que ver con lo que la industria tenía estipulado como «una modelo», pero lo petó muchísimo desde que John Galliano, el polémico Galliano, que ha devorado la moda con ese estilo que tan locos vuelve a todos, incluso a la firma Dior, la descubrió para su desfile final en Saint Martins. En aquel momento ella acababa de hacer esa campaña para Calvin y parecía un ángel. Qué persona más guapa y qué rollo tenía. Era amiga de todas. Yo estaba allí calladita en una esquina, vino y me dijo que se moría de hambre y que si la acompañaba al McDonald's. Faltaba una hora para el desfile. No nos conocíamos de nada, pero yo creo que pensó en pillar a la más perdida y llevársela. Así que fuimos a un McDonald's de Times Square y se pidió la hamburguesa más grande que había, vació el paquete de patatas fritas en la bandeja y las devoró. En un momento me dijo: «Ya está, vamos arriba». Y desde aquel día, siempre que nos veíamos teníamos buen rollo. Pero con Naomi, siempre que me la encontraba me hacía lo mismo, me tendía la mano y me decía: «*Nice to meet you*». Como si no nos conociéramos de nada, y eso que habíamos pasado semanas juntas,

viéndonos las caras. Fantástica ella. Un par de huevos bien puestos, la tía.

Los noventa fueron la época sobre todo de ese grunge desaliñado que iba asentándose. Surgió a finales de los años ochenta en Seattle, y se caracterizó por su sonido crudo y distorsionado, y por letras que reflejaban el desencanto y la apatía de la juventud del momento. Bandas icónicas como Nirvana fueron los principales exponentes del grunge. Gracias a este movimiento, el mundo de las supermodelos abrió las puertas a nuevas estéticas que hasta entonces hubiera sido imposible verlas sobre la pasarela. Y por eso Kate Moss se convirtió en un icono de la moda en los años noventa, en parte gracias al auge del estilo grunge y en parte a John Galliano, un diseñador inconformista y muy mediático, como hemos podido ver en los últimos años, que se formaba en Saint Martins —una de las escuelas de diseño más respetadas del mundo con sede en Londres— y, posteriormente, a Alexander McQueen, otro niño malo. Este movimiento, con su estética desenfadada y rebelde, encajaba perfectamente con la imagen de Moss: su delgadez, su look desaliñado y su actitud despreocupada, así como unas medidas que no hubiesen encajado nunca en otro registro si hablamos de modelos.

Antes de Moss, las supermodelos solían tener una apariencia más glamurosa y atlética, como Naomi Campbell o Claudia Schiffer. Sin embargo, el grunge abrió las puertas a una estética que valoraba la autenticidad y la imperfección, lo que permitió a Moss destacar y redefinir los estándares de belleza en la industria de la moda.

Esa era la época del auge de las supermodelos. Algunas eran mayores que yo, sobre todo las más míticas, que llevaban ya varios

años en el candelero. Recuerdo que a mí me encantaba Christy Turlington, pero coincidíamos de pasada y muy de lejos. Si pensamos en el fenómeno supermodelo, pensamos en Christy, junto con Elle, Naomi, Claudia y Linda. Con el tiempo hemos resultado ser las dos muy adictas al yoga y me hace gracia esa conexión, a pesar de que jamás he hablado con ella. Nos cruzábamos, pero todas estábamos perdidas, viajando y sin saber dónde nos despertábamos. Creo que la palabra que mejor nos definía es esa: «perdidas». Había días que me despertaba por la mañana y me preguntaba: «¿Dónde estoy?». Es que era muy fuerte, porque un día te enviaban a Londres a hacer algo y, de allí, al día siguiente, a Los Ángeles porque había salido una campaña de cuatro días.

Aprendes a no contar con nada. Yo siempre decía que quería hacer un curso de interpretación o de cerámica, pero era imposible. Podía matricularme y empezar, aunque no me aseguraban que pudiese asistir a las clases. Además, la gente también aprende a no contar contigo, lo cual es triste y doloroso. Por un lado, te protege, porque siempre te puedes escaquear de cualquier plan, pero por otro te quedas sola y perdida. Muy colgada. Te sientes terriblemente sola.

Fueron años de Chanel en Nueva York, Calvin Klein… y todos los españoles los hacía, aunque mi fuerte no eran los desfiles. Me gustaban, pero yo no era una modelo de pasarela estilo Nieves, que era una máquina y se los hacía todos en todos los países. El desfile en sí me parecía intenso y muy agotador. Yo prefería las campañas, porque te dejaban más tiempo para saber qué querías expresar, cómo hacerlo, entender el juego en el que te estabas metiendo…

Con Tommy Hilfiger también hice mucho. En Nueva York estaban a la cabeza junto con Calvin, eran el puro y duro *made in the USA*, pero mi primera colaboración con ellos fue muy lamentable porque fue cuando empezaron a hacer mujer, antes hacían solo hombre. En aquella campaña eran como ocho tiarrones en calzoncillos y yo en el centro con un bóxer y las manos cubriéndome el pecho. Me dijeron que iban a poner un cartel en Times Square y yo buscaba el cartel cada mañana cuando pasaba y no lo encontraba. Todos los días iba a Times Square, y cuando descubrí el cartel… Para no pagar a los modelos nos habían cortado a todos por la cintura y se nos veían solo las piernas. Luego hice campañas en las que se me reconocía y desfiles, pero es que tengo muy mala memoria.

Iban saliendo cosas porque nunca estaba quieta. Una tras otra. Hice un biopic para *Vogue* USA, pero ahí entendí que yo no era una chica *Vogue*. Nunca me llamaban. Yo era muy *Elle*. Sanota, con carota de pan y rubia a rabiar. Llevaba las cejas extrafinas porque nos las depilaban muchísimo. Tenía curvas, pecho… Era muy *Elle*, muy *Marie Claire*, pero *Vogue* era una cosa que se me atravesó siempre, y yo quería hacer *Vogue*. Quería hacer cosas y no ser la rubita mona eternamente. Yo quería ser cool. Por eso mismo, cuando me volví a Barcelona en el año 98, me dejé el pelo cortísimo y me lo teñí de negro, me puse más delgada que nunca y me flipó. Y ahí empecé a hacer más editoriales interesantes porque la niña buena desapareció y me llamaron para otras cosas. Es curioso cómo el color de pelo podía definir el trabajo que hacía. Pasé de una niña buena a una rebelde. Con o sin causa, eso no importa.

En Nueva York viví en casa de Eileen un año o así, pero aquello me marcó tanto que cuando viajaba o cambiaba de ciudad nunca

quise compartir piso. Hay historias chulísimas de si Martina compartía piso con Vanesa, de si Nieves con no sé quién… Yo era la antisocial. Me gastaba el dinero y muy bien, somos todas supercolegas, pero por la noche estaba sola en mi casa y a mi bola. Y no es porque Eileen fuera mala; al revés, era una mujer maravillosa. Formó a muchas grandes, pero por otro lado de esa casa saqué muchos traumas. A mi padre le colgaban el teléfono cuando me llamaba porque no podía recibir llamadas de hombres, o un domingo por la mañana me levantaba y me enfundaba mis tejanos y una camiseta blanca y me decían que no, que aunque fuese domingo podía encontrarme con un cliente y tenía que ir monísima, que aquello era Nueva York. No era como ahora, que ir en chándal puede ser superguay.

Después de aquel año, definitivamente, tuve mi piso en el Greenwich Village en Manhattan, al lado del río. Era diminuto, un estudio, pero yo tenía diecisiete años y era independiente. Parece que fue el otro día, pero luego veo que tengo un hijo de veinte años y me digo: «¿Voy para los cincuenta? ¿Cómo puede ser esto?». Pues porque era otra época y aquello no va a volver.

Las modelos cobrábamos barbaridades. Era una época de ostentación sin tapujos. Luego se hacían editoriales estilo «catálogo alemán» y te ibas una semana a las Bahamas. Llegabas allí y te decían que ibas a trabajar dos días, pero que tenías que estar la semana entera. Te pagaban por cada día que pasabas allí y te sacaban a cenar, a comer, al resort… Trabajabas cuatro horas esos dos días y ya está. Había una abundancia increíble.

Era gracioso, porque todas estábamos desperdigadas como cables pelados por el mundo y de repente nos encontrábamos. Encontrarse

con las españolas era increíble. En Madrid y Barcelona nos reuníamos siempre para la Semana de la Moda, pero en algunos editoriales coincidíamos en cualquier lugar. Y ahí era como tomar tierra. Yo podía intentar contarle a mis amigas y hermanas cómo era lo que estaba viviendo y ellas trataban de entenderme, pero las que realmente hablábamos el mismo idioma éramos las que estábamos pasando por lo mismo, que era muy surrealista. Y en esas semanas nos nutríamos unas de otras, aunque ya he dicho que yo era la antisocial. Era muy rara, me costaba mucho. Era muy insegura, muy tímida. Las veía a ellas tan guapas, tan altas, tan seguras; y yo me veía la máxima impostora. Aunque eso con la edad lo he ido relativizando.

Ha pasado tanto tiempo que las cosas se confunden. ¿Qué fue real? ¿Qué me imaginé? Un día me dijeron que había fallado una modelo que tenía que ir al estudio de Richard Avedon a hacer unas pruebas para el calendario Pirelli. Eso sí que fue muy real.

Era una de las publicaciones más prestigiosas en el mundo de la moda y la fotografía. La respaldaba la compañía italiana de neumáticos Pirelli y el calendario había ido ganado notoriedad no solo por sus imágenes impactantes, sino también por su carácter exclusivo, ya que no estaba disponible para la venta al público, sino que se distribuía a un grupo selecto de clientes, celebridades y personas influyentes del momento. Era un método de marketing innovador, porque en lugar de los típicos calendarios, Pirelli decidió hacer algo artístico y exclusivo, un escaparate que relacionaba la feminidad, la moda, el poder y sus neumáticos.

Aquello era muy fuerte para mí como modelo, aunque fuese una prueba, porque Avedon fue, con el tiempo, catalogado como uno de

los fotógrafos más importantes del siglo xx. Tenía mucha sensibilidad. Era un artista. Y esa sensibilidad también la tenía con quienes trabajábamos con él. Y allá que me fui yo. Aparecí en el estudio de aquel señor, que era encantador. Y sé que me repito, pero es que me parece algo que debo destacar: era una estrella de la fotografía y, aun así, tan humano…

Flipé en aquel estudio, y mira que yo no soy mucho del fenómeno *celebrity*, pero había retratos inmensos de Marilyn y de cualquier famoso que nos podamos imaginar. Y él era exquisito. Recuerdo que me dijo que me iban a desnudar y me iban a poner unas rastas hasta los pies, y que probarían unas turbinas de viento para ver cómo volaban las rastas. Me pasé todo el día en pelota picada y embadurnada de una cosa superbrillante, haciendo ver que estoy corriendo con las rastas aquellas en la cabeza, que un poco más y me la arrancan.

Salieron unas fotos espectaculares que no se usaron porque aquello eran solo pruebas para el calendario, y lo que más me gustó fue que cuando terminamos me dijo que si quería podía subir a su casa, que estaba encima del estudio, y darme una ducha allí. Aquella casa era preciosa. Me dejó un albornoz y me duché. Quizá aquella sesión no sirvió para nada porque no ha quedado una huella, pero la experiencia me la llevé.

Era un gran maestro. Tenía un equipo de asistentes que se encargaban de todo y él no aparecía hasta que lo llamaban, cogía el cable disparador mientras te decía que hicieras un gesto y ya lo tenía.

Después de Nueva York me marché a París, donde también estuve mucho tiempo. Allí me pasó algo curioso porque me fui a Karin, una

agencia muy respetada. El dueño era Jean-Luc Brunel y tenía un piso enorme cerca del Arco del Triunfo. Yo tenía una habitación, pero había mucho trasiego de gente, chicas, fiesta y movimientos extraños… Y me di cuenta de que me sentía muy incómoda con él en esa casa. El miedo que tengo siempre me ha salvado de muchas cosas. De hecho, mi vida en París se acortó un poco por el mal rollo que tenía con él.

No he tenido dramas que lamentar después. Sí que ha habido hombres babosos, por supuesto, pero en el caso de Brunel no me molaba su moneda de cambio por quedarte en su casa o el control que ejercía sobre tus movimientos… Luego me di cuenta de que iba al cine y me veía tres películas para no tener que volver. Recientemente he visto que fue inculpado en el caso Epstein y se hablaba de abusos en el mundo del modelaje, y que se suicidó estando en la cárcel. Ahí me metí un poco en la boca del lobo.

París me fascinaba porque es una ciudad alucinante, pero no me gusta cuando se creen que están inventando la pólvora. Me desagrada la falta de humanidad. No querían ver a las modelos, solo su book y el nombre del fotógrafo. No hacía falta que te entrevistaras con nadie. Y después había modelos esperando durante horas tiradas en el suelo para un casting… Es espantoso.

Después estaba Milán, que me hacía mucha gracia porque los italianos son muy divertidos y trabajé bastante allí. Iba por el mundo. En Milán hice mucho *Harper's Bazaar*, Armani, *Elle* Italia… Me relacioné con mucha gente que era lo más en Italia. Cuando conocí a Armani yo llevaba un maillot de color carne y una americana negra que me enfundaron, que es como ellos hacían el casting para el desfile, después de llevar horas tirada en un pasillo.

Esa era la segunda prueba. Te ponían eso y unos tacones para desfilar por una pasarela en la que al final estaba sentado Armani. También te ponían un numerito. Y él nos elegía por el número antes de acercarse a mirarnos con lupa. Y yo lo conocí en ese contexto. Nunca más allá, como Eugenia Silva, que tienen algo más personal que igual se llama amistad. Yo no, era un desfile más.

Nunca hice los desfiles bestias. Hice Chanel, pero solo joyería. También bastante de Ungaro, Lolita Lempicka… Yo era muy de firmas de los noventa, nada de diosa de las pasarelas, que me estresaban mogollón. Hasta que decidí volver a causa de todo ese estrés.

En el 98 regresé definitivamente a España y me compré un piso en Barcelona. En ese momento dejé un poco de lado todo este mundo de la moda que me llevaba arrastrando desde que era una niña y empecé a viajar más por placer y a hacer cosas que me movían. A disfrutar de la estabilidad, que llevaba mucho tiempo soñando con eso. Yo quería dejar ese mundo porque me sentía muy perdida. Era todo muy guay, pero no sabía cómo salirme de ese engranaje que ya estaba montado y del que yo formaba parte. El irme era algo que me rondaba desde muy jovencita, pero no sabía cómo hacerlo porque siempre había algo que fotografiar, alguien para quien desfilar, una campaña que daba mucha pasta… Hasta que a los veintitrés o veinticuatro años me fui a Tailandia con mi hermana. Ahí podría decirse que cambió mi vida. Ya había cambiado cuando a los quince me vi en Nueva York y gané el concurso, pero en Tailandia fue cuando el cambio me gustó de verdad y sentí que encontraba un lugar.

En Tailandia conocí al instructor de buceo más hippy de todos los hippies que había por la zona, un tipo que iba en sandalias y vivía en lo alto de una montaña, y le dije: «Tú vas a ser el padre de mis hijos». Y así fue, a los nueve meses estaba embarazada de mi hijo y tenía una relación con este hombre.

Nos mudamos a Ibiza y el yoga llegó a mi vida porque saqué tiempo y empecé a trabajar menos. En el yoga encontré la paz. Luego me convertí en mamá y al año me di cuenta de que el hippy estupendo de Tailandia —que no era tailandés, sino belga— no era para mí. Nos habíamos apresurado y al final nos separamos, aunque hoy en día nos adoramos y somos familia, y lo seremos siempre porque tenemos un hijo en común. Me convertí en madre soltera con veintiséis años. Y mi hijo me ancló muchísimo en el buen sentido, porque me dio un sentido de vivir que antes no había tenido. La cosa empezó a volcarse hacia lo que hago ahora: retiros, clases de yoga, charlas… Me interesa mucho eso porque es un mundo muy diferente del que yo venía. Aquí hay paz y allí solo había prisa.

Sí que es verdad que cuando volví hice muchas cosas en España, a pesar de que había dejado mi carrera a nivel internacional. Las sigo haciendo. Hubo una colaboración maravillosa con David Delfín que fue prácticamente de esos primeros reencuentros de nuestra generación. Hace muchísimo. Estaba Bimba Bosé también, que tenía esa forma de posar con su estilo tan andrógino y sus andares de príncipe florentino cuando desfilaba. Yo la admiraba porque ella era como «aquí estoy yo y yo soy así», y su carrera tuvo un sentido por eso, porque reivindicó que tenía un cuerpo diferente, una estética

distinta y una forma de hacer muy auténtica. Ahora he llegado a esa idea, pero de joven no…

Me interesa eso, los recuerdos que se quedan. Nos lo pasamos bomba en esa sesión y salieron cosas muy bonitas porque había cariño entre todo el equipo. Fue un día muy especial. Hemos hecho varias cositas de reencuentro y se nota que lo disfrutamos. Ahí había pasión por lo que se hacía.

En España, como no lo dejé —y tampoco cuando seguía fuera—, si en época de desfiles había quince, yo podía estar en trece. Hice todo lo que pude y encontré bastante afinidad con muchos diseñadores: Victorio & Lucchino, Jesús del Pozo… Pero la conexión mágica la tuve y la sigo teniendo con Josep Font. Es un gran maestro y alguien con quien me identifico a nivel personal porque él también es como «¿qué hago yo aquí?». Josep es un genio, pero no se lo cree.

Josep le daba sentido a algo que yo no se lo veía del todo. A mí el rollo de «camina adelante y atrás y cómete el mundo, hiperguapa» me aburría. Él te contaba una historia de una señora que vivía en un altillo en París y se dedicaba a coser por las noches, te metía en un mundo que no era solo esa idea de los diseñadores cuando entran en una máquina de escupir colecciones cada seis meses. Me emocionaba en las pasarelas de Josep. Hay vestidos suyos que te los pones y te colocan de una forma. A mí se me han caído las lágrimas desfilando para él.

También me acuerdo de los desfiles de Victorio & Lucchino en la etapa premóviles, con la gente de pie aplaudiendo y todas las chicas Almodóvar allí sentadas en primera fila, empezando media hora

tarde, la gente loca… un espectáculo. Eso era así. Hacíamos moda y a la vez montábamos el show, dábamos entretenimiento…

En España fuimos unas afortunadas porque nació algo que no sabemos definir. Fuimos una generación de privilegiadas y vivimos una época en la que el mundo de la moda nadaba en la abundancia también en nuestro país. Ahora vas a los desfiles de Madrid y no es lo mismo. Aquello, en aquel momento, era una fiesta. La Semana de la Moda era como si hubiesen proclamado fiesta nacional y se gastaba muchísimo. El Moët empezaba a circular a partir de las diez de la mañana. Éramos todos compañeros y lo seguimos siendo. Hace poco hicimos un desfile de Juan Duyos, que nos ha visto crecer y lleva toda la vida en la moda, en el que estábamos casi todas y todavía se respira mucho cariño entre los que estuvimos antes: diseñadores, maquilladores, estilistas, modelos… Son treinta años ya, y cuando nos reunimos hay mucha complicidad. Hemos pasado de ser todas unas niñatas desubicadas a ser mujeres adultas, madres de niños pequeños y algunos no tanto, y es como: «Oye, ¿la menopausia qué? La tenemos casi aquí, ¿no?». Y nos reímos mucho porque con los años las cosas en nuestros cuerpos van cambiando.

A mí me parece maravilloso que cada uno haga lo que quiera para estar bien consigo mismo. Yo vengo de una familia en la que maquillamos un día a mi madre y nos reímos todos tanto que tuvimos que lavarle la cara rápido. Ella nunca se maquilló, ni se tiñó… todo natural. Y a mí eso me ha influido mucho. Me gusta cuando la cara cuenta historias. Sí que es cierto que a veces me miro en el espejo y me digo: «¿Qué pasa aquí? Se está viniendo todo abajo». Pero cuenta mi historia, la historia de mi vida. Dos meses en París, tres en Milán, unas semanas en Londres… siempre

con la casa a cuestas. Y lo acepto porque es lo que viene y no sé qué vendrá con la moda. Solo sé lo que veo cada mañana en el espejo que me va pasando.

La moda está presente en mi vida. Me ha dado muchísimas cosas y he hecho las paces con una profesión con la que estuve muy peleada porque no me identificaba con ella y sentía que estaba representando un papel contra mi voluntad, cuando no era así. Nadie me puso una pistola en la cabeza y me dijo que fuera modelo. Aprendí mucho y sigo aprendiendo de ella. Me abre puertas y hay gente que viene a mis retiros de yoga porque se acuerdan de aquella niña y ahora les puedo mostrar otra parte diferente de mí. Y me encanta recibirlos con la cara lavada, los pies descalzos, unas mallas y ponernos a hacer yoga. Me proponen cosas de vez en cuando y lo disfruto más que nunca. Me dicen que hay un desfile y me lo paso genial. Camino con más seguridad. Nunca pensé que a mis cuarenta y seis años me iba a sentir mejor que cuando era una niña. Ahora veo aquellas fotos y pienso: «Tía, tendrías que haber ido en bolas todos los días por la calle, qué buenorra estabas», pero era una cría acomplejada. Ahora he aceptado quién soy y cómo soy.

El mundo de la moda invita a soñar. En aquella época no había redes sociales y las modelos éramos como misteriosas, por eso quedaba espacio para soñar con ese glamour, pero cuando nos bajas a la realidad dices: «Su vida es muy parecida a la mía». Las modelos españolas somos todas mujeres con los pies en la tierra y poco divismo, aunque hay de todo, como en todos los sitios. Seguimos siendo aquellas niñas que iban Madrid-Londres-Los Ángeles y un poco donde las llevara la vida y el trabajo, quizá ahora con la paz que dan los años y el recuerdo del pasado.

Nieves Álvarez



«Yo puedo»

ROSEWOOD VILLA MAGNA, 13.00

En Madrid todo está «aquí al lado» en boca de los madrileños y a casi media hora para los que no somos de allí. Llegué tarde a nuestra cita. Nos habíamos visto antes, hacía meses. Bueno, la había visto yo.

Me esperaba al fondo del restaurante del hotel Rosewood Villa Magna del paseo de la Castellana, sentada como si realmente no estuviera allí. Esa elegancia discreta que tiene Nieves y que la ha llevado por la vida. Pasando desapercibida, pero a la vez estando presente porque en cuanto entras es a la primera que ves. Será la elegancia, será la percha, serán muchas cosas, pero cuando empiezas a hablar con ella te quedas escuchándola embobado. Fue de las primeras en acceder al proyecto y, con precisión de reloj, estaba frente a mí contándome su vida.

La había visto antes. Nieves y yo habíamos coincidido en septiembre de 2023 en un desfile de The Extreme Collection, una firma nacida en Madrid que bebe de la inspiración de la casaca militar para realizar su prenda clave: las chaquetas blazers, a través de las cuales han logrado hacerse un hueco en el mundo de la moda. En aquel desfile ella actuaba de madrina en el hotel Wellington de la calle Velázquez y yo, al final, estaba sentado por la parte de atrás. No tuve ocasión de decirle nada. Luego me tropecé con ella por la calle. Recuerdo hasta lo que llevaba porque me impresionó: un traje negro y unas gafas de sol Ray-Ban de pasta negra

que, con su media melena, hacían un juego en el que se barajaba la elegancia. Caminaba por la calle Velázquez como en la pasarela, tras más de media vida haciéndolo.

Se lo comenté, nos reímos los dos. «Me hubieras dicho algo, a mí me encanta hablar con la gente», me confesó divertida. La atmósfera del hotel Rosewood Villa Magna estaba cargada de expectación. Las luces tenues creaban sombras en las paredes, y el murmullo de las conversaciones se mezclaba con el suave tintineo de las copas, los llantos de un niño que estaba cerca y la música instrumental de fondo.

En su estilo personal, Nieves combinaba la sofisticación clásica con toques vanguardistas. Sus elecciones de moda eran un equilibrio perfecto entre la tradición y la audacia, ya fuese con un vestido de alta costura o con unos vaqueros y una camiseta de rayas marineras, como el día de nuestra charla. Irradiaba confianza y autenticidad. Y esas dos son las mejores lecciones de estilo que ella nos puede dar y que la han acompañado toda la vida.

Aquella mañana con Nieves Álvarez fue mucho más que estar con una supermodelo, porque ella, en sí misma, es una mujer que personifica la elegancia, la pasión y la autenticidad. Una madre decidida y una mujer valiente que ha estipulado su vida bajo el lema del «yo puedo». Porque Nieves puede. «Disculpa que te haya aplazado la reunión, he tenido que ir al colegio de mi hijo», me confesó cuando me vio aparecer por la puerta. Su historia, al final, me recordó que la belleza verdadera iba más allá de la apariencia física y residía en la profundidad del alma, la delicadeza de las palabras y la valentía de los actos.

Al salir de allí, enfiló calle arriba con una determinación propia. Se desvaneció entre la gente, supongo que con ese paso que la caracterizaba: atrevido, echado hacia adelante. Porque ella puede.

***

Yo soy una percha, una maniquí. Creo que ese es el poder de las modelos: saber mostrar que podemos vender el producto de ese diseñador que nos llama, y por eso nos llama. Tanto en pasarela como en fotografía. Recuerdo una vez que Agatha Ruiz de la Prada me puso como un pico para abrir el desfile y me dijo: «Ábrelo como si estuvieras haciendo Yves Saint Laurent», y yo cortocircuité porque me vi con el pico… pensando en Saint Laurent.

Es lo que tiene ser modelo, que te pueden vestir de todo. A Judit la vistieron una vez de mesa camilla. Y tienes que tirar para adelante, y la timidez que yo tenía al principio era inseguridad, por lo que no ayudaba. La gente te puede decir que eres guapa, pero es que guapos como tú habrá miles. Y te vas a un casting porque te ha llamado uno que quiere que desfiles con él y tú vas pensando que eres la única, pero al llegar ves una fila de trescientas modelos con el maillot y la americana que nos ponía Armani… Es difícil destacar o que se fijen en ti porque es un mundo muy competitivo. Ser única, mantener tu personalidad y ser fiel a ella es, a mi parecer, más importante que ser guapo, porque es lo que te vuelve diferente.

Yo no quería ser modelo. Es raro empezar diciendo eso cuando llevo media vida dedicada a ello, pero es la verdad. Al menos esta era mi verdad, porque ese mundo sonaba muy lejano de mi entorno. No tenía ningún interés por el mundo de la moda ni sabía lo que era un diseñador, y tampoco tenía referentes de modelos o fotógrafos. Nada de nada. Jamás se me había pasado por la cabeza.

El otro día estaba viendo una exposición en Lisboa porque me encanta el arte y vi un dibujo que me hizo reflexionar sobre este inicio. Quizá sí me gustaba la moda y no lo sabía porque yo no

dibujo muy bien, solo sabía hacer habitaciones y una mujer que siempre iba muy bien combinada, vestida a juego. Muy estético todo. Pero no era mi intención todo lo que vino después, ni destacaba por belleza en el colegio ni nada.

Yo era una niña muy normal. Vivía de forma normal. Sí que puedo decir que en aquel momento me llamaba la atención la moda por los vídeos de Robert Palmer. Me encantaba. En «Simply Irresistible», que era todo un hit entre las niñas de mi época, salían tres chicas que parecían clones con el pelo hacia atrás y tres vestidos rojos a juego con los labios, y yo decía: «Jo, quiero ser así». Pero era una petición de esas que tienen muchas veces los niños. Un deseo. Algo platónico que sabes que no va a pasar.

Jamás pensé que podía dedicarme al mundo de la moda hasta que me pararon por la calle a la salida del colegio. Supongo que eso fue posible porque vivía en Madrid y estudiaba en el colegio Blanca de Castilla, en Rubén Darío, y debía de tener unos diecisiete años cuando pasó. Quieras o no, estar en Madrid creo que condicionó mucho que yo me topara con aquella mujer.

Estaba en COU, y era tan ajena a la moda que en ese curso ya nos dejaban ir sin el uniforme y yo seguía llevándolo. Duré vestida de calle una semana a principio de curso, porque me horrorizaba tanto tener que pensar qué iba a ponerme al día siguiente que decidí volver al uniforme. Además me suponía mucho estrés el comentario de alguna amiga de por qué no llevaba el Levi's etiqueta roja o el Privata del momento. Tampoco tenía muchísima ropa. Era una niña normal que vivía en una casa normal. Y fui la primera en ponerme el uniforme de nuevo, aunque después se me unieron unas cuantas más.

Fue a la salida del colegio, una tarde. Pasó una mujer y me dijo: «Tú podrías ser modelo». Me quedé a cuadros y mis amigas se empezaron a reír, pero bueno, creo mucho en el destino, en las señales y en que todo sucede por algo. Llegué a casa y, como nadie se dedicaba al mundo del arte, mis padres se quedaron un poco flasheados ante aquello. Y justo aquel fin de semana, en el suplemento del *ABC*, salía Judit en la portada. La llevaban en una moto y ella con una cazadora de cuero negro… tengo la imagen grabada. Y debajo un titular: «Cómo llegar a ser *top model*». Había un artículo sobre la historia de las *tops*, cuáles eran las mejores agencias de España… y justo entre ellas estaba la de la mujer que me había parado a la salida del colegio. En ese punto fue cuando empezamos a pensar que quizá aquello podría ser serio.

Unos días después, cuando salí de clase, me fui a casa de un fotógrafo amigo de mis padres que tenía el estudio muy cerca de donde ellos trabajaban. Yo con mi uniforme, claro. Él se encargó de todo. Me lo quité, me puse un vestido de su novia, me pintaron los labios rojos y me hicieron mis primeras fotos en blanco y negro. Todavía las guardo. Con esas fotos me fui a ver a la agente que me había contactado. Y resultó que me cogieron. En un día ya estaba dentro de la agencia. Y ahí empezó mi historia.

Mi primer test como modelo me lo hizo Eugenio Recuenco. Ya en aquella época estaba superloco, en el buen sentido de la palabra. Estaba pirado. Buscaba dar imágenes que pareciesen sacadas de un set de película o de una pintura barroca. Su trabajo incluía elementos de fantasía, surrealismo y referencias a movimientos artísticos que a él le encantaban, como el romanticismo o la época del Renacimiento, y gracias a eso se distinguió en el mundo de la

moda y la publicidad. Tenía la capacidad de contar historias complejas a través de una sola imagen. Sus fotografías estaban llenas de detalles que invitaban al espectador a explorar cada rincón de la composición, como si estuvieran desentrañando los capítulos de una historia, pero visual.

Eugenio me llevó a un hangar a las afueras de Madrid y me puso una especie de chal de Jesús del Pozo, con todo el pelo pegado y una fogata detrás. Era el universo Recuenco. Y esas fotos, mi agencia se las enseñó a la revista *Telva*, que era una de las cabeceras de referencia en España, y lo sigue siendo, cuando hablamos de moda. En aquel entonces, *Telva* tenía en plantilla a Peter Nguyen.

Peter era maquillador, pero quería ser fotógrafo. Y las primeras fotos que firmó y le publicaron fueron las mías. Él fue el que le dijo a *Telva*: «Coge a esta niña y hazle unas fotos, si salen bien las publicamos». Y nos metieron ocho páginas enteras en *Telva*. De ahí salió Peter y lo hizo conmigo. Y los dos con nuestra personalidad, porque sus fotos tuvieron desde el principio el toque Nguyen. Le gustaba la simplicidad, pero no era simple; movía las luces para buscar la personalidad del modelo, resaltaba algo, ocultaba otras cosas en sombras. Se notaba mucho que le gustaba Richard Avedon, pero lo hacía a su estilo por mucho que fuese su referente. Sacaba el lado íntimo a su manera. Y de allí salimos los dos disparados.

Las cosas se fueron encadenando porque después me presenté al Look of the Year de la agencia Elite y yo ya llevaba un *Telva* publicado con ocho páginas y unas fotos de *Vogue* España, que me llamó para hacer un publirreportaje de El Corte Inglés con ellos. Era ropa de El Corte Inglés pero para *Vogue*. Entonces, claro, yo ya tenía

dos trabajos muy importantes detrás. En mi concurso, en esa misma edición, estaban Esther Cañadas, Eugenia Silva y muchas más que no me acuerdo.

En España ganamos Eugenia y yo, y después quedé la tercera a nivel internacional en Nueva York. Y ahí nació mi relación laboral con John Casablancas, fundador de la agencia Elite, que me decía que yo era la Christy Turlington que no pudo tener porque a ella siempre la había llevado otra agencia. Me cogió de su mano y les dijo a mis padres que me quedaba allí, en Nueva York, tras la gala. Y allí me quedé a los dieciocho años. Me dio tiempo a terminar el COU y hacer la Selectividad ya metida en esta vorágine y me matriculé en Ciencias Políticas, pero vi que para mí era muy difícil compaginarlo porque soy muy perfeccionista. Si hago algo, quiero hacerlo muy bien. Por lo que tuve que elegir: la moda o la política. Así que decidí darme un tiempo de prueba con la moda porque yo ya veía que era un mundo complicado. Y en Nueva York estuve.

En aquella época compartía un piso con ocho modelos, estaba en la Ochenta y cuatro con la Tercera Avenida. Era un apartamento de la agencia en el que entrabas y se abrían dos puertas: en una vivíamos nosotras, y en la otra, un agente que era el que nos controlaba. Se encargaba de que todo estuviera bien, pero ni nos medía ni nos pesaba ni nada. Sé que se cuentan barbaridades sobre medidas y pesos, pero yo no las viví. Era más como un referente, si nos pasaba algo podíamos acudir a él porque éramos niñas y en aquella ciudad tan grande podía pasar cualquier cosa.

Yo había tenido un problema de alimentación, tuve anorexia, pero fue mucho antes de dedicarme a la moda. Fue por problemas que

un montón de adolescentes tenemos en la cabeza y no sabemos cómo gestionar, pero nada que ver ni con la estética ni con nada.

Para mí era un poco contradictorio lo que me pasaba en Nueva York porque, cuando yo estaba en mi agencia de Madrid, todavía tenía la piel así como de terciopelo o melocotón, y estaba muy delgadita… y me decían que tenía que estar delgada pero sana. Y me hacían comer. Y luego me metí en una profesión donde llegabas a la Alta Costura y te medían. Era muy contradictorio porque había salido de un mundo en el que yo me controlaba muchísimo y ahora me iban a controlar a mí. Salí del «come, que tienes que estar sana» a que me midieran la cadera, la cintura, el pecho buscando unas medidas, pero no buscaban unas medidas específicas.

Durante aquella época existía ese prototipo creado por las supermodelos de finales de los ochenta y los noventa del 90-60-90 y nadie tenía ese cuerpo. Lo tendrían dos. Y lo importante era saber eso, que cada una tenemos una fisonomía, un físico… y es lo que nos hacía únicas. Ni siquiera las primeras como Yasmeen Ghauri, la canadiense de ascendencia alemana y paquistaní, que destacó en los noventa por su apariencia exótica y elegante, una de las figuras más importantes del mundo de la moda, tenían ese cuerpo. Ninguna tenía nada que ver con otra. Tenían cuerpazos, parecían supermujeres, pero ninguna era igual a otra.

Sí que es cierto que nunca sufrí mucho el momento metro, y conforme fui creciendo y pillando confianza con los diseñadores todavía menos. Llegaba al taller y me decían que iban a medirme, y yo les contestaba: «Qué pesado, tú ponme el traje y ya te digo yo si me entra o no». Aunque me daba igual, es verdad que a veces te miden, por ejemplo, a mí, que participo en la Semana de la Alta

Costura de París, porque el traje tiene que quedarte como un guante. Es un mundo muy exigente y el traje va a tu medida, pero no porque tengas que cumplir nada o encajar en un estándar…

Al final creo que nos exigían los cánones que requería la profesión. Si eres futbolista, se requerirán otros, como tener las piernas fuertes quizá para aguantar, no sé, pero si eres modelo eran estos. Yo nunca los he sufrido porque, más o menos, siempre he tenido la misma constitución, pero sí que he visto a modelos que de repente se pasaban el día comiendo mandarinas. Y es normal. Te ves sola en una nueva ciudad, eres muy joven y debes tener la cabeza muy bien amueblada. Ahora es diferente, estamos muy conectados con nuestra realidad, pero antes yo bajaba a la cabina a llamar a mis padres todas las noches. Y lo mismo con las agencias. Llamabas y le preguntabas a tu agente: «¿Hoy dónde voy?». No había agendas hiperconectadas. Te mandaban un fax cada noche con los castings y después lo que iba surgiendo a lo largo del día. Cargabas con un book con todas las fotos y se lo enseñabas a los directores de casting. Ahora será diferente porque lo enviarán los agentes y ellas irán solo a que las conozcan. O irán con una tablet, no lo sé, pero todo ha cambiado muchísimo.

Para alguien que nunca había salido de España, verse sola en el centro de Nueva York y compartiendo piso con todas esas modelos fue un shock. En aquel momento yo hablaba muy poquito inglés, solo lo que había aprendido en el colegio. Y si miro hacia atrás pienso: «Nieves, qué valiente fuiste».

Me vi en una ciudad en la que me sentía muy indefensa, a pesar de que John Casablancas me trataba siempre como a una hija, pero yo no trabajaba nada. Hace un tiempo, un amigo me mandó un

recorte de periódico con la ganadora del Look of the Year y decía que el premio era de unos setenta y cinco mil dólares, creo. Me quedé a cuadros porque yo nunca vi ese dinero. Si hubiese sido ahora lo reclamaría, pero entonces era una niña y mis padres tampoco sabían cómo era este mundo. Nunca vi un duro de ese premio y lo que fui viendo me lo iba ganando. Las casas de modelos no son hoteles a gastos pagados. Tú pagas hasta el último céntimo de lo que consumes y usas allí. El resto te lo dan porque te lo has ganado, pero tienes que pagar tu estancia.

Nueva York no era para mí. Al cabo de seis meses de vivir en Manhattan, solo hice una cosita para una revista que se llamaba *Modern Bright*, y ya está. Hacía algunos test de moda, iba a todos los castings, pero no trabajé nada. Salía mucho, eso sí, y me lo pasaba genial, entonces John me dijo: «Creo que te estás divirtiendo demasiado, así que mejor te vas a París». Me dio pena porque de verdad que en Nueva York, a pesar de no trabajar nada, yo estaba bien una vez le cogí el tranquillo. Pero se acabó.

John me mandó a una agencia de París más pequeñita que se llamaba Viva. El propietario era, y sigue siendo, Cyril Brulé, nos convertimos en grandes amigos y me cogió de su brazo. Y empecé a vivir en París en otro apartamento de la agencia en el que iban rotando chicas. Allí conocí a mi querida Cristina Piaget, que para mí era un supernombre porque era madrileña como yo y ya llevaba unos años dedicada al sector; debe de tener la edad de Judit, y empezaron algunos años antes porque les tocaba.

Los inicios no fueron fáciles en Europa tampoco, para nada, pero fue porque llegué a París con muchas expectativas de que allí me caería el trabajo del cielo tras mi paso por Nueva York. Yo no me

había ido sin nada a París. Tenía opciones para *Vogue*, *Elle*… Pero cuando me conocían en persona se me caían. Eso me causaba mucho agobio. Era un shock para alguien tan joven porque no entendía qué pasaba. Por aquel entonces no sabía vestirme para causar buena impresión, era una niña en un mundo desconocido. Sin saber qué hacer. Estaba perdida y no tenía a quién pedirle consejo porque ninguno de los amigos que iba haciendo se dedicaba a la moda. Que si un pintor, que si un camarero… Yo hablaba con todo el mundo, pero ninguno era de mi sector.

Sabía que me gustaba posar, pero no me salía nada. Estaba cómoda frente al objetivo, pero no me llegaba la oportunidad para decir: «Esto es lo tuyo, Nieves», y en España, por ejemplo, sí que trabajaba mucho y siempre tenía algún viaje para hacer una sesión o un desfile. Por eso era tan shock fuera, porque no hacía nada y aquí siempre tenía algo entre manos.

Al llegar a París, una de las primeras cosas que me salió fue un catálogo para unos japoneses. Fue la primera vez que trabajé con Mario Testino. Unas fotos preciosas en el Mercado de las Pulgas junto con otra modelo cubana. Para mí era todo un «Guau». Estábamos en 1993, yo era muy joven. Pero con Mario todo resultaba muy fácil, él sabía buscar la belleza con su objetivo. Con él todo era teatralidad y minimalismo, entre el arte y la moda, términos que parecen antagónicos pero que se unen irremisiblemente en la obra de Mario. Muchos dicen de él que es el «mejor fotógrafo de moda vivo», y razones no les faltan. Pero eso fue todo hasta que de repente, sin darme cuenta, sucedió.

Tras meses de parón allí y sin dejar de intentarlo, llegó la temporada de desfiles del 93-94. Y ahí me llamaron. Desfilé para

Sonia Rykiel, Lolita Lempicka y Balenciaga.

El desfile de Balenciaga fue el primero. Para mí era un sueño como española. Había escuchado hablar mucho de él, creo que era uno de los pocos referentes que tenía cuando empecé en este mundillo. Recuerdo que en aquel desfile había un fondo amarillo y me pusieron un traje de gasa y seda gris, con todo el pelo hacia atrás, pero tengo un flash y ahora no sé si fue ya con Stéphane Rolland o con otro diseñador, no me acuerdo, pero para mí como española era Balenciaga. Podría ser Stéphane, porque él empezó a trabajar prontísimo para la maison Balenciaga. Tenía tan solo veintiún años cuando se convirtió en el director creativo de hombre para la casa, pero yo no recuerdo si aquel fue de su época ya en Balenciaga para mujer o qué. La cuestión es: ¿podía haber algo mejor para mí que hacer Balenciaga? Creo que era uno de los pocos nombres que me sonaban de pequeña. Y en aquella época no era de lo más *trendy*. No era Saint Laurent o Sonia Rykiel, pero para mí era importante.

Sonia Rykiel en aquel momento era muy *top*. Medio rumana, medio rusa, empezó en la moda cuando heredó el negocio del padre de su marido, que tenía una boutique de moda en París. Entre sus primeras clientas se encontraban Brigitte Bardot, Catherine Deneuve y Audrey Hepburn. Es más, Audrey adoraba tanto lo de Rykiel que compró un mismo jersey en catorce colores. Conocida como la «reina del punto», Sonia fue la primera diseñadora que introdujo eslóganes en sus prendas y también la primera que filmó uno de sus desfiles, concretamente el de 1975. Por eso era tan vanguardista y a la vez moderna. Siempre iba por delante.

Y fue en el desfile de Lempicka cuando se fijó en mí la directora de *Glamour* USA. Yo ya la había visto antes en mi vorágine neoyorquina, aunque nunca conseguí hacer nada con ella. Y mira que lo había intentado, pero no cuajó. No sería el momento, porque después de verme desfilar llegó mi primera portada. Para *Glamour* USA.

Hay que decir que una revista en Estados Unidos tiene unas tiradas increíbles. Se vendían, por aquel entonces, miles y miles de ejemplares. Hoy en día no lo sé, pero en aquel momento te convertía en una estrella. Una chica de portada era algo comparable a una estrella del rock. Las niñas se forraban las carpetas, tenían pósteres tuyos en su habitación. Y a partir de ahí las cosas fueron rodando.

Pero me costó muchísimo porque antes de París había hecho una pequeña escala en Milán para ver si surgía algo y desde que bajé del avión no paré de llorar. Llegué a una residencia que se llamaba La Dársena, toda oscura, era la soledad en persona. Recuerdo que llamé a mi madre y me dijo: «¿Tú no has querido eso? Ahí te quedas», y me colgó el teléfono. Ahora me muero de la risa, pero en ese momento fue como: «Ay, dónde me he metido».

En Milán solo hice unas fotos vestida de Versace para la revista *Gioia*. Versace estaba en lo más alto. Gianni se encontraba al frente y la firma tenía un rollo muy noventero. Una combinación de la cultura post-pop con un diseño sexy y atrevido. Todo rematado por la Medusa, que indirectamente es ese empoderamiento femenino que tan bien representa la firma con la historia de que todos los que la miraban y se enamoraban quedaban petrificados. La Medusa sella todos los diseños de la casa y le da ese toque del pasado, de cómo

la encontró Gianni entre las ruinas de Reggio di Calabria. Y a mí me encantaba ese rollo, pero los italianos no me querían.

Fue después, tras esa portada americana, cuando las cosas empezaron a rodar y marcaron mi destino hasta el día de hoy.

En Italia, por ejemplo, hice muchísimas portadas a partir de aquello con una estilista que se llamaba Rita para *Amica*, una revista muy importante en aquel momento que publicaba cosas guais. Y ella fue la que me llevó con Gianfranco Ferré para hacer la campaña de su perfume unisex, que resultó ser el primero que salía al mercado. Fue la primera vez que vi que mi agencia en Milán, que era Elite, se sentía orgullosa de mí. Gianfranco era impulsor de un lujo siempre contenido y sustancial. Junto con Armani, Versace y Cavalli, formó un escuadrón imbatible que llevó el *made in Italy* a lo más alto de la moda mundial. Sus camisas blancas en mil y una versiones y sus trajes pantalón de corte masculino lo auparon al olimpo de los grandes maestros. Él fue quien sustituyó a Marc Bohan en Dior y le había devuelto la ilusión a la firma sin perder su lujo, pero lo acababa de dejar y estaba centrado en su firma homónima.

En aquellos años un contrato de una campaña de perfumes movía muchísimo dinero. Me vi muy jovencita ganando cantidades desorbitadas, pero tuve suerte y nunca se me fue la cabeza. Para mí era mi profesión y disfrutaba de ella, pero lo personal lo dejaba de lado. No me arrepiento de nada de lo que hice ni de cómo lo hice.

Volviendo la vista atrás, solo cambiaría mi timidez. No era tanta como en el caso de Laura [Ponte], pero me costaba mucho. Vero también era tímida, pero se defendía. Laura era más tímida en la pasarela. Cruzarte con ella era un horror porque cuando tú ibas de cara a los fotógrafos, ella volvía poniendo caras. Yo creo que se

sentía indefensa, ahí eres el centro de atención. En cambio, era y es camaleónica para las fotos. Por eso, esa timidez en algunos casos nos habrá ayudado y en otros nos habrá perjudicado.

Tengo cosas que me han marcado y me han hecho pensar que soy una afortunada. Al llegar a París, tras los desfiles, otro de mis trabajos fue con Alaïa. Él había estado con todos los grandes. Había sido sastre de Christian Dior, había trabajado varias temporadas con Guy Laroche y un tiempo con Thierry Mugler. Había bebido de todos y, sobre todo, de su gran ídolo: Cristóbal Balenciaga. A Balenciaga lo había estudiado de memoria. A mediados de los años noventa, tras la muerte de su hermana, que fue de quien heredó esa pasión por la alta costura, Alaïa prácticamente desapareció de la escena de la moda, sin embargo continuó atendiendo a una clientela privada y mantenía con éxito sus líneas prêt-à-porter. Presentaba sus colecciones en su propio espacio, en el corazón del Marais, en París, donde reunió su taller creativo, boutique y sala de exposición bajo el mismo techo.

No eran grandes desfiles, éramos muy poquitas modelos, unas ocho o nueve. Y yo era la más joven. Estaban Yasmin Le Bon, Naomi Campbell, Karen Mulder… Ellas eran *tops* y llevaban ya un gran recorrido. Hay una foto mítica donde sale Alaïa rodeado por todas nosotras, y yo estoy en una esquinita sacando la cabeza porque me había quitado de la foto y la fotógrafa de *Vogue* USA me hizo volver a entrar. Me veía fuera de todas aquellas bestias del modelaje.

Alaïa era encantador. Me trataba de cine. Desprendía un cariño que a veces parece que se nos olvida que es necesario. Él era el único diseñador que no nos pagaba con dinero, nos pagaba con ropa. Después del desfile, tu agencia pedía una cita y tú ibas a ver

qué te llevabas. Yo coincidí con él y con Naomi allí. «Coge lo que tú quieras», me dijo al llegar. Y yo me pillé un vestidito negro hiperajustado y le di las gracias veinte veces. Insistió en que cogiera más, mientras Naomi tenía ya una especie de burro lleno de ropa. Naomi era como su hija, podía hacerlo. Yo cogí un abrigo y me volvió a decir que cogiera algo más. Al final fueron tres cosas y las tengo guardadas como oro en paño, pero era él el que decía: «No, más, coge más». Tan agradable, achuchable, así como tan pequeño.

Es cierto que en París, viviendo en el meollo, hice grandes contactos. Otro que me pareció maravilloso era Christian Lacroix. Él amaba España, por lo que creo que ser española ya era un plus con él. Fue mi primera vez en la Alta Costura de París. Con él y con Saint Laurent. Entré por la puerta grande aquel invierno 94-95 porque había empezado con el prêt-à-porter y después llegó la Alta Costura.

Cada vez que entraba en uno de estos talleres me volvía loca ver las telas, observar de cerca las *toiles* mientras los maestros cortaban los trajes o hacían los patrones. Me volvía loca. Yo no quería ir a probarme el traje y ya está, yo quería verlo, sentirlo todo. Después me iba a ver cómo se hacía el patrón… Y ellos lo apreciaban. Vivía mucho la moda y se daban cuenta. Haber tenido la posibilidad de trabajar con Emanuel Ungaro, Lacroix o Saint Laurent es algo que no llega todos los días. Fueron maestros y esa escuela es algo impagable. Luego estaban las manías de cada uno. Ungaro, que también amaba lo español, no quería que pusiéramos las manos así en la cintura, las quería en jarra. Y descubrí de todos ellos que eran genios porque eran exigentes. Ahí aprendí que si querías llegar arriba no te podías conformar con cualquier cosa. Si a la manga le

falta un centímetro, la arranco y la vuelvo a hacer. El maestro de eso era Yves, tan atormentado con la perfección…

La relación que me llevo para siempre es la que tuve con monsieur Saint Laurent. Pasé muchísimo tiempo con él. Todo empezó un día que recibí una llamada urgente: en Saint Laurent querían verme, pero no Yves, en Saint Laurent. La mujer que había sido modelo para él, Nicole Dorier, era la directora de cabina, que era un casting. Ella te recibía, le enseñabas tu book de fotos, caminabas frente a ella y si le gustabas te hacía pasar a la cabina, donde te vestía con un jersey negro, una falda negra de tubo y unas medias de cristal negras con el zapato de salón. Te ponían el pelo hacia atrás y te pintaban los labios rojos. Y ahí, solo ahí, una vez transformada como decían ellos, veías al señor Saint Laurent. Lo único que pude decir antes de desfilar fue «Bonjour» y después, a los diez minutos, me confirmaron para el próximo show.

Estuve trabajando con él desde 1994 hasta 2012, en su último desfile, y jamás me vio el señor Saint Laurent sin el rojo en los labios y el pelo repeinado hacia atrás. Eso lo puedo decir. No te veía si no estabas preparada. Siempre había un equipo de maquillaje y peluquería para el *fitting* en el taller o donde quisiera que estuviéramos. En ningún otro sitio era lo habitual. Yo llegaba a Ungaro y me probaban sin nada, con un moñete como mucho. Yves no. Tú llegabas, ibas a tu cabina, te arreglaban, cuando tenías puestas las medias de cristal te daban tu bata y ya estabas lista para las pruebas de *fitting*.

En esos *fittings* estaban Madame Muñoz, Clara, Loulou de la Falaise, Pierre Bergé y el director de cabina, que podía ser desde el director de sastrería al de vestidos. Era su equipo de confianza. Y de

repente venía Pierre, su pareja y el que mejor lo conocía, y te decía entre bambalinas: «Nieves, enamórale, que Yves no está muy seguro de este vestido, lúcelo muy bien». Y salías al salón donde te esperaban sentados, tú dabas vueltas y más vueltas, y monsieur Saint Laurent miraba a Loulou y le decía «Sombrero» o «Bisutería», y ella te iba poniendo los complementos que creía oportunos. Y cuando el look ya era el que él pensaba, decía «Foto» y ya te marchabas y te hacían la polaroid para el desfile.

A mí él me fascinaba. Veía esas temporadas en las que le sentía pletórico y después en las que estaba atormentado y luchando contra sus propios demonios… Eso era Saint Laurent. Él mismo. Recuerdo una de las veces que llegué a París después de hacer un trabajo quién sabe dónde y querían verme inmediatamente porque en nada era el desfile y Saint Laurent no paraba de preguntar por mí. Él decidió, en ese momento, que yo fuera la imagen de la campaña del Mundial de Fútbol del 98.

Yo le debo mucho. Era el maestro del todo. Una elegancia, un respeto se respiraba en esa casa de la avenue Marceau que no he vuelto a ver en ningún sitio. Ahí no había nadie mal vestido o con los labios rojos. Era, como yo lo llamo, la religión Saint Laurent. En todo, hasta en la hora y el día para hacer el desfile.

El desfile de Saint Laurent siempre empezaba a su hora. Daba igual si estaba Anna Wintour o no. Llegaba Pierre Bergé y decía: «El desfile va a comenzar». Si se había fijado para las nueve, a las nueve y cinco empezaba. Era algo suntuoso ver salir a Laetitia Casta o a Naomi. Era otro rollo. Una elegancia…

La única vez que no desfilé para él fue una temporada en la que quería que todas las modelos fuesen negras, pero me acuerdo de

llamar a mi agencia y decir que yo, por hacer Saint Laurent, me pintaba, que me daba igual. Era especial para mí. Llegó a haber diseñadores que no me confirmaban porque yo era «demasiado Saint Laurent», y aquello me parecía el mayor cumplido posible.

Yo le trataba con muchísimo respeto, me imponía, pero Carla Bruni le gastaba bromas y todo. Ella llegaba cantando un hit que iba a sacar o algo y le cogía de las manos como para empezar a bailar. Mi timidez no me dejaba hacer eso, pero una vez, en uno de esos *fittings*, le pregunté a Nicole si podía decirle algo a Yves. Y tartamudeando le dije: «Monsieur, quería darle las gracias por dejarme estar siempre a su lado y porque todo lo que soy en España también es gracias a usted». Y me miró con una ternura… No quiero ni he querido nunca que pasara el tiempo sin agradecer a la gente que me ha traído hasta aquí. Es importante.

Miro atrás y pienso en la suerte, claro. He llorado mucho, también es verdad. Muchísimo. He llorado de forma infinita por la soledad, porque a veces no entendía alguna cosa, porque me cancelaban la noche de antes y no sabía por qué… cosas de este mundo que fui aceptando. Pero hay mucho trabajo detrás, mucho esfuerzo, muchas horas, muchos aviones. No es tan fácil como la gente cree. Esto no es llegar, ponerse el traje y desfilar. Para nada.

Llevo treinta y dos años siendo modelo. Ahora las carreras de las modelos son más efímeras. Judit lleva más tiempo. Naty Abascal lleva una vida entera en la moda, primero de modelo y ahora hasta de estilista. Nos hemos convertido, cada una con nuestro estilo, en referentes. Los cánones de belleza decían dónde íbamos a triunfar cada una, pero todas fuimos aprendiendo en qué sitio sí y en qué

sitio no. A mí, por ejemplo, en Londres tampoco me querían. Me pasaba algo como en Milán.

Estuve una vez en Londres y solo me dejaron hacer un desfile. Y después fui a hacer *Harpers & Queen*, porque el fotógrafo que estaba detrás era Quim Not, a quien yo le encantaba e iba a veces a trabajar con él. También hubo un *Elle* UK con David Bailey. Ya por aquel entonces estaba considerado uno de los fotógrafos más importantes y respetados del Reino Unido por su forma tan abierta de hacer fotos. Le gustaba la naturalidad. He de decir que yo no sabía quién era, pero mi agencia insistió muchísimo en que fuera. Al abrirme la puerta, me dijo: «Guau, pensaba que eras más alta». Y luego vi que me llamaba «Nervous». Y, claro, yo pensaba: «Pero si no estoy nerviosa», hasta que caí en que era su forma de decir mi nombre.

En aquella sesión estuvo conmigo una modelo alemana. David solo quería que yo posara de perfil y a la otra chica no le hizo ni caso en toda la mañana. Ni una sola foto. Yo veía aquello, me ponía en su lugar y me sentía fatal. Salí con todo un reportaje y ella sin nada. Recuerdo que mi agente me llamó a mediodía para saber qué tal iba y yo le respondí que ese tío era un poco raro porque solo quería que posara de perfil. «Mira a tu alrededor, Nieves», me dijo mi agente. Cuando miré, vi fotos de los Rolling, de Catherine Deneuve y algunos más. «Estás trabajando con todo un hito de la moda», añadió antes de colgar. Y fue el primero que me fotografió en digital. Yo ni había oído hablar de eso, y al terminar la sesión hicimos cuatro o cinco fotos en digital.

Nunca más volví a Londres a trabajar, pero fue allí donde me corté el pelo porque empezaba la moda del grunge y en todos los sitios a

los que iba me decían que era demasiado guapa. No entendía nada, porque había pasado de ser «guapa» a ser «demasiado guapa». Y me corté el pelo. Justo una semana antes de la Semana de la Alta Costura de París. Aquello fue gracioso, de verdad.

Al llegar a París para los desfiles de Alta Costura me dijeron que qué me había hecho. Mi agente, ante aquello, decidió que no era suficiente y me mandaron a una peluquería en la que me raparon todavía más. Casualidades de la vida, ¿no? Gracias a ese pelo corto, alguien me vio en los desfiles y me salió la campaña que hice para Hermès, una portada para *Elle* Francia… Sí, gracias al pelo corto. Y eso que, sin exagerar, había estado yendo semana sí, semana también a ver a la directora de casting de *Elle* Francia sin ningún éxito. Nunca me cogía.

Me acuerdo de que las oficinas estaban lejísimos y me daba muchísima pereza, pero me había puesto en opción y había que ir a verla. De eso me quedo con que la vida son momentos, no tener miedo, insistir en algo hasta que sale… Cyril, mi agente en París, me lo dijo una vez: «Nieves, el tren pasa una vez; súbete y ya luego te preparas». Y yo creo mucho en las intuiciones. Y en las relaciones que vamos estableciendo a lo largo de nuestra vida.

Hay personas que piensan que las modelos somos juguetes, que lo aceptamos todo por trabajar y que lo nuestro es «quiero ser famosa». Pero no. Esto es una profesión. Cuando dicen que las modelos hacemos todo lo que nos piden por obligación, solo diré algo: jamás. Si he posado desnuda ha sido porque me ha dado la gana, si me he cortado el pelo igual… A mí ha habido peluqueros que antes de cortarme el pelo me han dicho que llamara a mi agencia. Como si mi pelo fuera suyo. Una modelo me lo dejó claro

un día cuando yo era muy jovencita: «Recuerda que tu agencia trabaja para ti y no tú para tu agencia». Y eso es importantísimo. Yo nunca he querido ser un número en una pared, siempre he querido ser Nieves. He querido aprender, mejorar, y también crear lazos con quienes me han llevado… A mí esta profesión me ha dado mucho bueno.

Jamás me he visto en situaciones incómodas. Sí que me he visto en situaciones más de tristeza por la mala educación. Me ha dolido cómo se nos trata en algunos castings, tras cuatro horas tirada en el suelo para decirme que no. Me sentía un trapo y lo llevaba mal porque la mala educación no la concibo. A veces vives esa arrogancia que dan determinadas posiciones de poder y tú, que eres muy joven, no sabes reaccionar. Ahora voy a trabajar y sé cómo gestionarlo todo. El otro día fui a un estudio y pensé: «¿De verdad?». Yo era la más mayor de todo el grupo. Todos se reían porque me di cuenta y el fotógrafo era un niño, la asistente una niña… Me río, claro, pero sí que he visto ese esnobismo famoso de la moda del que se suele hablar, y se sigue viendo porque hay mucha gente que hace una cosa y se le va la cabeza. O compañeras que de pronto tienen suerte, pegan el pelotazo y ya te dicen que ellas no comparten portadas. Eso, con Verónica, Laura y las demás no lo he tenido porque nos conocemos desde que éramos niñas. Hemos crecido con la sororidad entre nosotras, siempre apoyándonos y nunca poniéndonos la zancadilla. Somos y éramos compañeras.

Yo iba por París y veía a mi Laurita [Ponte] y menuda alegría. Por París o por Milán, porque hubo un momento en que Laura Ponte invadió el mundo. Tú abrías un *Marie Claire* y ahí estaba ella en todas las páginas. O un *Telva*. Y Laura te veía y jamás dejaba de

darte un abrazo, y luego compartíamos juntas lo que nos había pasado en el tiempo que no nos habíamos visto. Era siempre Laura. Y todavía lo es.

Nos invitaron hace poco a la gala del Personaje del Año de *Vanity Fair* España y necesité que me arreglaran el vestido en el último momento ya en el hotel. Llamé a Laura y vino tal como es ella, ni se había maquillado ni peinado ni nada. Le dije a Ramón, mi peluquero, que por favor le hiciera la coleta bien y que al menos le cambiara la goma rosa que llevaba por una negra. «Anda ya, a mí qué más me da», me dijo Laura. A ella le daba igual antes y se lo da ahora. Aun siendo Laura Ponte, que era la que más trabajaba del universo. Jamás fue altiva. No sé por qué, pero es una realidad que esta profesión hace que los divismos creen personajes que son inalcanzables y dan mucha pereza.

Yo con Laura siempre me acuerdo de esos momentos en París o Nueva York en los que de pronto me decía: «Acompáñame de mercadillos». A mí me encantaba su estilo, pero yo era lo opuesto. Ella era muy *belle époque* y yo no. Recuerdo en Nueva York comprarme un bolso bordado de estilo londinense y que al llegar a casa pensé: «¿Qué hago yo con este bolso de vieja?». Y en París, en una tienda vintage, me hizo probarme un vestido negro de principios del siglo xx, tenía el cuello cerrado por un babero y era espantoso. Me dijo que estaba guapísima y yo me lo llevé, pero al llegar a casa parecía la tristeza en persona. «Es ideal», me dijo por teléfono cuando la llamé para decirle que era un horror. No sé por qué le hice caso. Pero nos divertíamos muchísimo.

Ella y yo somos el yin y el yang. Yo comía sanísimo y Laura era un desastre. Ella llegaba de comprar el pan y unos cruasanes, se hacía

unas croquetas. Era la antítesis de cualquier modelo. De pronto se hinchaba, se deshinchaba… le daba igual todo. Y no ha cambiado. Y eso es la autenticidad de cada una. Yo soy la alemana, todo perfecto, siguiendo ritmos; ella es lo contrario. Y Vero por ejemplo es la espiritual, nuestro espíritu libre que transmite paz. A mí me bajan las revoluciones al verla. Eso es lo bonito, porque con los años todas hemos sabido permanecer unidas a la moda, pero de otra forma. Hacemos algo que nos gusta en relación con la moda. Laura con sus novias y buscando el vestido perfecto, yo presentando televisión… pero vinculadas a un mundo que, nos haya tratado mejor o peor, nos ha dado mucho. No sé si somos supermodelos o supercurrantas, en un tiempo en el que eso era posible. Hoy todo es muy diferente.

En aquella época había unas fiestas increíbles. Nos codeábamos todos con todos. Si ahora viesen lo que hacíamos antes… Nosotros empezábamos los desfiles con un vasito de champán y decíamos: «¡Mucha mierda!». Eso podía ser a las nueve de la mañana, porque Lacroix siempre lo hacía a esa hora. Que no íbamos borrachas, pero ahora lo máximo que encuentras es agua y café, si eso… Luego íbamos a esas fiestas y estábamos todos revueltos: fotógrafos, editores, diseñadores, modelos… Era un mundo muy glamuroso con un ambiente muy mágico y libre.

Lo único que echo de menos es eso: la magia. Antes la magia ocurría trabajando. Ahora es como «ya te retocaré esto con Photoshop, ya te cambiaré aquello»… Yo tengo un libro de polaroids de todos los desfiles y trabajos firmadas por cada fotógrafo, con la fecha y la campaña que es. Era un grupo de gente muy artística. Que quizá si preguntamos a quienes vivieron la moda desde dentro

en su momento, resulta que están viviendo lo mismo. Pero yo, que lo veo desde otra posición, cuando vi la colección de los arlequines de John Galliano en la Alta Costura de París de hace unos años, me dije: «Por fin». Con ese desfile volvían el sueño, el arte, el espectáculo… Eso era la Alta Costura. Y también lo que la rodeaba.

Cuando yo empecé, el que luego se convirtió en mi marido era fotógrafo de desfiles y hacía todos los shows para *Telva*, *Vogue* Italia… Yo me colaba con él para ver desfilar a Helena Barquilla, por ejemplo, que era española como yo y tenía una forma de andar que se comía el mundo, y como no tenía invitación me metía con el palo del trípode de mi pareja sin saber mover aquello. Pero quería verlo. Era otro mundo, de verdad. Cuando escucho cosas como que había muchas drogas, pues quizá. Yo nunca las he visto, pero supongo que las hubo y las habrá, claro.

Pasaban cosas de esas que no creo que vuelvan a pasar. Era una época y un tiempo, no creo que se repita. Una vez en Milán empezamos el desfile una hora más tarde porque Naomi no aparecía. Recuerdo que, en mi ignorancia, pregunté: «¿No podemos empezar sin ella?». La respuesta no dejó lugar a dudas: NO.

Ella es una pantera. Sigue haciendo no sé cuántos desfiles en París, es arrolladora. Yo desfilaba con ella en Saint Laurent, en algunos sitios en Milán, pero solo coincidíamos en lo profesional. Nunca he tenido ningún problema con ella. Es más, recuerdo que, en el último desfile de Saint Laurent, cuando fui al casting me tocó el abrigo verde que desfiló luego ella y que fue un look de los más míticos. Y, claro, el día del desfile llegué y le pregunté a Nicole que dónde estaba mi abrigo. «No tienes nada que hacer, lo quiere llevar Naomi», me respondió. Me rendí. Se encaprichó de él. No iba a

entrar en guerra por un abrigo, ¡pero lo iba a llevar yo! ¡Aquel look era mío!

Como buenos amantes de España, con los que trabajé mucho fue con Óscar de la Renta y con Carolina Herrera en Nueva York. Pero no he mentido. Cuando llegué a Nueva York no trabajé con ellos, me llamaron tras aquella portada de *Glamour* y de haberme visto desfilar con los grandes en París y en Milán. Ya llevaba el pelo corto, el grunge ya había llegado.

Con De la Renta desfilaba en Nueva York, nunca en la Alta Costura de París porque su desfile era entre los dos que hacía Saint Laurent. No me daba tiempo, creo que ninguna lo hacíamos. O eras de De la Renta o de Saint Laurent. Creo que Carla Bruni lo hizo alguna vez, pero es que era inviable.

Carolina y Óscar derrochaban elegancia con su forma de ser… Óscar era un señorazo: su exquisitez, su belleza, su trato… Carolina, en cambio, es más extrovertida en su mundo. La primera vez que fui a sus oficinas de Nueva York me impactó muchísimo ver el Andy Warhol que tenía en el recibidor con su retrato. Estuve esperando allí un rato y ella, lo recuerdo perfectamente, vino con su camisa blanca, perfecta, sin una arruga, y me dijo: «¿Qué pasa por España?». Me hizo mucha gracia porque luego empezó a preguntarme cómo estaba uno y el otro. Me apasionaba esa elegancia que transmitía Óscar y que Carolina sigue teniendo, sin pelos en la lengua.

He tenido muchos *matches* en el mundo de la moda, como con Saint Laurent o Laura, pero si con alguien me encantó tenerlo fue con Helmut Newton. Era tan transgresor. Había nacido en 1920 y, tras pasar por la Escuela Americana de Berlín, comenzó a trabajar como aprendiz para la fotógrafa de moda Yva hasta que la amenaza

de las SS le obligó a exiliarse, primero a Singapur y después a Australia, donde residió durante diecisiete años. Allí sirvió durante un tiempo en la Armada australiana. Después trabajó para la edición australiana de *Vogue*. Y creó ese estilo suyo que jugaba entre lo sexual y lo transgresor que tanto le caracteriza.

Él se enamoró de mí. Vio unas fotos y me llamó para hacer una campaña de Wolford. Total, fui al casting en París. En el baño me puse una falda así como transparente y mis Jimmy Choo de taconazo, y enfilé el pasillo del hotel en el que me había citado sintiéndome muy sexy. Llegué y vi a aquel hombre que era mi icono y me quedé flipada. Me presenté y solo me dijo: «Estás demasiado delgada». Me pidió que me probara unas medias y era cierto, estaba demasiado delgada para ser chica Newton. Salí de allí con mi nivel de sexyness por los suelos, pero cuando vi a la modelo que cogieron lo entendí todo. Aquella mujer no era mi rival, estábamos en mundos distintos. Así que nunca fui chica Newton, pero me llevé la experiencia.

A mí me gustaba hacer clásico y luego algo más vanguardista. Pasar de un Saint Laurent a un Vivienne Westwood. Ella era la reina del punk. Se presentó sin bragas ante la reina Isabel II cuando la hizo dama porque, según ella, no tenía ningunas para la ocasión.

La primera vez que hice Westwood fue cuando Vivienne normalizó más su colección y yo solo quería que volviera a radicalizarse, me parecía divertidísima. Luego hice otro en un palacete de París y ya volvió el mundo de Vivienne. Ella era un personaje hecho a sí mismo. Y su hijo, que siempre estaba por allí, igual. Me fascinaban esos personajes tan excéntricos, que se hacían mayores y seguían con su esencia pero actualizándose. Tenía un carisma… Me gustaba

el contraste de hacer un Saint Laurent o un Lacroix y verme guapísima al pasar a un Westwood o un Romeo Gili, que me encantaban, pero te llevaban al lado contrario. O un Karl Lagerfeld… Él era el káiser de la moda y me convertí en su modelo de cabina.

Creo que Karl fue toda una autoridad en la moda. Aunque ya falleció, vemos una silueta de una coleta y unas gafas e, indirectamente, sabemos que hace referencia a su figura. Siempre con su traje y su camisa blanca.

Desfilaba con él para Chloé y Fendi en Milán, pero nunca me quiso para Chanel porque decía que tenía el cuello corto. Yo no lo entendía, pero me hacía mis conjeturas basadas en nada. Yo pensaba que como era chica Saint Laurent, ¿cómo me iba a coger Lagerfeld para Chanel? La rivalidad era muy alta entre ambos, pero esto eran cosas mías porque había chicas que hacían a los dos, como Natalia Vodiánova. Nos parecíamos mucho, pero ella debía de tener el cuello Chanel. Una vez, en el diario *El Mundo*, aquí en España, sacaron: «Nieves Álvarez cierra el desfile de Chanel», pero era un error porque yo no tenía el cuello tan largo.

Lagerfeld era un maestro al igual que Yves. La maestría con la que diseñaban un boceto… eso no lo he visto en nadie más. En menos de un minuto tenían un diseño que arrugaban porque no les gustaba y hacían otro. Eran genios por algo, y de hecho han marcado a las nuevas generaciones y siguen siendo maestros, aunque pasen los años.

A mí me gustaba y me gusta desfilar. Solo lo hago de manera puntual, pero disfruto todavía. Me transformo al vestirme de Stéphane Rolland, llevamos toda la vida coincidiendo y nos tenemos un cariño… Me siento distinta vestida de él para la Alta Costura, me

transformo. Llevo muchos años de su mano y se nos mezcla la amistad con la pasión por la moda, el amor por las creaciones y cómo nacen las relaciones en la moda. Eso es la moda. Hay gente que dice que esos trajes son imponibles, pero si tú lo quisieras comprar te lo harían ponible. A mí me encanta ver en una pasarela todo lo que se puede imaginar y hacer. Todo eso lo he aprendido por estos mundos, viviendo.

Desde que me fui a los dieciocho estuve viviendo fuera hasta que nació mi primer hijo. Solo volvía a Madrid para ver a mi familia y por trabajos puntuales. En España seguía trabajando mucho para El Corte Inglés y para revistas españolas que hoy en día me siguen abriendo sus páginas. Hacía mucho Pedro del Hierro, Massimo Dutti, hice tanto Roberto Verino que me he convertido en la modelo española que más ha trabajado para él… Las campañas de Roberto Verino eran arte. Las fotografiaba Javier Salas y hacíamos pasadas. Ese toque minimalista de Roberto con el objetivo de Javier se convertía en algo esencial para la moda, todo tan minimalista, tan gallego…

Otra cita que no me perdía jamás era la Pasarela Cibeles. Había temporadas que me hacía todos los desfiles. Recuerdo una vez que por motivos de agenda pensaba que no podía ir y me dijeron que si no asistía no volvería a desfilar en Madrid. Creo que nunca he llorado tanto como ese día. ¿Cómo no iba a volver a mi casa? Yo había empezado desfilando en Cibeles. Mis primeros diseñadores habían sido Pedro del Hierro, Devota & Lomba y Jesús del Pozo. Yo aún no sabía desfilar y ya estaba con ellos y compartiendo pasarela con Judit o Celia Forner —que la habían considerado la Mejor Modelo del Mundo en el 87—. Lo hacía todo porque mi filosofía de vida era y

es «Yo puedo». Creo que es lo que me ha traído hasta aquí. He llegado a estar, en una misma semana, el lunes en París, el martes en Nueva York, el jueves volverme a París y el viernes volar a Milán. Todo porque yo puedo.

Judit lo negará hasta la saciedad, pero en el primer desfile que hice para Pedro del Hierro había que hacer una coreografía: salías, te dabas la vuelta con tres, girabas… y alguien se equivocó. Cuando entramos al *backstage*, Judit me echó la bronca a mí. Y yo con los años pensé que seguramente se equivocaron todas ellas, que como ya eran supermodelos no prestarían atención y me cargaron el muerto. Claro, imagínate que te echa la bronca Judit Mascó, que ya era la Mascó. Me traumatizó y siempre se lo digo.

Judit era una bestia de la pasarela. No había Pasarela Cibeles en la que no la encontraras en la portada del *ABC* de perfil. Lo que llaman ahora «el posado Pataky», perdonad que os diga que eso lo inventó Judit Mascó. Y no admito que me lo rebatan.

Cuando yo empezaba en la pasarela, me llamaban «manzanita» y «cebollita» porque tenía la cara muy redonda y me aconsejaban que me quitara las muelas del juicio para tener pómulo. Fue Celia Forner justamente, que es muy sabia, la que me dijo que no me tocara nada porque los pómulos los daba la edad. Nunca me quité nada. A veces me dicen que no tengo la misma cara. Claro que no, son los años. Yo miro ahora a mi hija y tiene la misma cara que yo a su edad. Las facciones van cambiando.

Digo esto porque en el mundo de la moda se construyen grandes relaciones, pero sí que es verdad que en el de la moda española siempre ha habido una conexión especial entre todas nosotras, y también con los diseñadores.

Yo quería mucho, por ejemplo, a David Delfín, y un día me llamó para hacer una campaña de una colección cápsula con mis compañeras. Fue de los primeros que nos reencontró. No me lo tenía ni que pedir. ¡Iba a hacerlo! Y creo que ninguna dudó en aceptar el proyecto. Me encantaba la forma que David tenía de provocar, en el buen sentido de la palabra. Fue muy bonito estar todas juntas con Bimba y Gorka de fotógrafo. Si algo sabíamos allí, en aquella sesión, era reírnos de nosotras mismas. Recuerdo a David diciendo: «No, no, no, el body es para la Álvarez». Nadie se quería poner el body porque había que enseñar las piernas. Creo que fue de las sesiones más enriquecedoras que he hecho. Es complicadísimo trabajar en equipo y ahí no lo fue. Las fotos fluían. Terminamos aquel día y dijimos: «Esto es un regalo que nos ha hecho el Delfín». Mi manera de ser y de entender la vida muchas veces va al revés que la tontería que en ocasiones genera este mundo, pero sí que es cierto que me apasiona la moda y he vivido situaciones, como ese día, que ojalá se produjeran todos los días de mi vida. Luego me encuentro a diario con tontunas que no me aportan nada y no me interesan, y ni me planteo hacerlas. Admiro este mundo, me encanta y sigo disfrutando cuando voy a un taller y estoy con un joven diseñador español… El otro día descubrí a un chico que se llama Arturo Obegero, asturiano, ha hecho el traje de Harry Styles para no sé qué videoclip y ha trabajado con Beyoncé. Tiene treinta años, vive en París… Y yo veo esas cosas y me sigo emocionando y todo toma sentido, porque para mí la moda es un arte que permite estudiar la sociedad en la que vivimos. Este chico, en París, haciendo esa ropa tan especial que ha conquistado a Beyoncé, me parece increíble. Leí que había hecho cosas con

cortinas de teatros cerrados durante la pandemia. A mí eso me mueve.

Me siento muy orgullosa de lo que he hecho. Me siento orgullosa hasta de esos momentos en los que no podía más porque no entendía nada. Y lo que me ha dado esta profesión, aunque parezca contradictorio, es mucha fortaleza mental. Para dedicarse a esto hay que ser fuerte, y todas mis compañeras y yo, aunque tengamos nuestros demonios, somos fuertes. A nosotras se nos juzga por nuestra fachada. Ahora soy conocida y se me puede juzgar por algo más, pero cuando tienes dieciocho años y nadie sabe quién eres y nadie sabe pronunciar tu nombre, se juzga tu envoltorio. Nadie se fija en el contenido, solo en si eres guapa o no eres guapa. Y o trabajas mucho tu mente o estás perdida, porque no es que no sirvas, sino que no es lo que esa persona está buscando en ese momento. Y luego hay una guerra perpetua con la edad.

Llevo mintiendo con la edad desde que empecé, porque cuando hice el Look of the Year ya me dijeron que no comentara que tenía dieciocho porque iba a parecer mayor. Dije que tenía diecisiete y antes de comenzar el concurso me hicieron firmar un contrato y ponía que si era menor de edad debían firmarlo mis padres. ¿Qué hacía? En aquel momento la directora de la revista *Ragazza* era Susana Martínez Vidal y fui a decirle que no tenía diecisiete, y me sentí culpable por tener dieciocho, con miedo a no ganar el concurso. Cuando nos fuimos a Nueva York, yo era de las mayores. Había una israelí guapísima que se llamaba Amit que tenía catorce años. ¿Qué hacía una niña en un mundo de adultos? No llego a entenderlo.

Hoy en día todo está más regulado. Hay una ley en Francia que no te permite desfilar si no tienes más de dieciséis años, pero en aquel entonces había crías viviendo solas en el centro de Nueva York. No estás preparada para desenvolverte en un mundo en el que hay gente muy mayor. Y si te piden hacerte una foto sexy, ¿qué vas a saber tú que es sexy? Cosas que no eran acordes a esas edades. Más te valía tener una mente muy bien amueblada, o una familia como la mía que te mantenía los pies en la tierra, porque era fácil echar a volar, perderte, desviarte… Yo nunca he tenido que hacer nada para pagar el apartamento, pero en París tenía una compañera que trabajaba en un bar por la noche porque no tenía para comer. Esta profesión te puede dar mucho o te puede quitar mucho. Cuando alguien me dice que quiere ser modelo, yo soy clara: «Lo puedes hacer como un capricho para ver si te pagas tus estudios, tu ropa o tus cosas, pero no lo dejes todo para ser modelo porque hay veces que no surge y es un mundo complicado». Yo por eso siempre lo tuve claro: si me iba bien, fenomenal, y si veía que no, me volvía a mi casa.

Los años me han dado madurez, experiencia, saber qué quiero hacer, y si algo he perdido es paciencia. Antes tenía mucha paciencia, aguantaba muchas cosas, y ahora ya hay cosas que no quiero aguantar. Nunca he pasado por el aro de nada en lo que no creía, pero aguantaba faltas de respeto o situaciones que ya no tolero. A veces me he sentido como si fuera ganado y ahora ya no consiento ese trato. No pido nada, solo respeto y educación. He recorrido mucho camino y ya no dejo que me vendan la moto ni me cuenten historias, me gusta la honestidad y ayudarnos todos con todos. Es importantísimo apoyar aquello en lo que creemos. La

experiencia te da el decir que ya lo has hecho y que no tienes que demostrarle nada a nadie.

El camino lo he hecho. Estoy orgullosa de él. Ahora quiero seguir aprendiendo, porque siempre se puede aprender. Me gusta mucho una frase de Linda Evangelista que me contó alguien que había trabajado con ella: «Si no tienes ya la foto, no la vas a tener». He perdido la paciencia para estar ocho horas frente a la cámara. La foto tiene que salir. Fluye. Si tras un par de horas no la tienen, no la van a tener.

Laura Ponte


ERHANYER

A su manera

UNA MALETA PERDIDA

«Hoy me he levantado diciendo: "¿Dónde están las maletas?". Y no era la única que preguntaba. Ya me conocen. Tenía un mensaje de Moisés preguntando lo mismo», me contaba Laura la mañana del 20 de diciembre de 2022, entre risas, y cuando empiezas a hablar con ella te das cuenta de que son muy habituales entre sus palabras.

Todo empezó con el relato de la noche anterior, en la que había estado en un evento de promoción de maletas —desconozco la firma, pero tampoco es relevante para el desarrollo de la historia—. Le regalaron dos maletas que recibió contentísima. «Si hasta le escribí a mi hija Laura para contárselo, que ya teníamos maletas». La noche siguió y una cosa llevó a la otra. Las maletas por las calles mojadas de Madrid, el pequeño Broadway que es la Gran Vía un martes por la noche. «Yo es que lo pierdo todo. Tengo que salir de casa con lo puesto. Siempre pregunto: "¿Dónde dejé mi bufanda?". Y alguien la tiene, sorprendentemente. Y las maletas se las regalé al taxista que me llevó a casa». Así es Laura Ponte.

No hablo en vano cuando digo que es un icono de la moda que ha cruzado fronteras y barreras hasta convertirse en una *top model*. Tampoco cuando resalto su talento para camuflarse con los diseños de los creadores más reputados del panorama. Es casi «camaleónica», como afirman en la web de su agencia de

modelos, a la que me reconoció con toda la sinceridad del mundo que no había entrado nunca.

A «la Ponte», como la llamamos, la envuelve el misterio, creando un aura a su alrededor que la hace enigmática y hechiza por su propia belleza, por su sincericidio y su manera de hablar, tan natural y espontánea que a muchos nos dan ganas de quedarnos escuchándola durante horas.

El día que me reuní por primera vez con Laura para realizar estas memorias descubrí que los prejuicios que tenemos sobre la gente son tan solo ideas preconcebidas que nos hacemos: quiénes somos, qué parecemos, dónde salimos. Siempre vi en Laura esa idea de icono que suele traer consigo una sensación de distante, de estar a otro nivel, de ser inalcanzable. Y ella, tras dar un sorbo a su taza de café con la bandera británica, me dijo: «Realmente, se es un icono por las personas con las que te juntas: este se junta con este, que a su vez es amigo de aquel y previamente lo fue de ella. Así se forman las alianzas de "poder", y la gente asocia círculos: ha trabajado con aquel, que es todo un símbolo, por lo que ella también. Y la verdad es que somos una industria efímera, quizá esa sea nuestra belleza, que la fama aquí es algo que tiene fecha de caducidad». Al finalizar mi charla con Laura llegué a la conclusión de que es una *top model* que, realmente, encaja con lo que conocemos como una «antimodelo», porque el título de *top* jamás fue su objetivo.

Nunca le gustó la pasarela, esa distancia que se establece entre público y modelo y la seriedad que conlleva ese trabajo. «A mí no me pasa como a muchas de mis compañeras, ellas disfrutan en la pasarela. Yo siempre he sido muy tímida». Ser modelo fue su pretexto para introducirse en la industria, pues siempre le gustó indagar entre las costuras de las prendas, buscar los planos perfectos, la luz ideal.

Fue una de las grandes de la pasarela y de vez en cuando se pasea por el mundo de la moda de manera activa, especialmente cuando sus amigos

diseñadores se lo piden o, como ella misma afirmó, «buscando esos nuevos talentos que siempre se están formando». Es creativa, desde pequeña, y según sus palabras, «un poco caótica». La que fue considerada una de las tres modelos mejor pagadas del año 96 vive entre telas y encajes en su piso-taller y es una firme defensora de la diferencia, opina que la belleza está en la emoción, la proporción y la intención, «eso que te hace girarte por la calle para poder ver, aunque sea un segundo más, a alguien no necesariamente espectacular, pero sí único. Todos somos bellos y tenemos mucho para demostrar».

Cuando aquella mañana le planteé la escritura de este texto, me dijo:

—Pero, Luis, si yo tengo memoria de Dory —refiriéndose a la amiga de Nemo, una pececita cirujano real—. A veces me mandan fotografías preguntándome si soy yo la que está en ese pase y ni me acuerdo. Pero si eres capaz de sacar información organizada de esta cabecita para componer algo…

Y así fue como Laura Ponte empezó a narrar: a su manera.

***

Nací el 9 de junio de 1973 en Vigo, pero me bautizaron en Asturias. No es que recuerde mucho de esa época. Nadie recuerda cómo es de niño, pero tampoco he preguntado. Seguramente, si mi hermano estuviera aquí diría: «Sí, porque papá y mamá…», y tendría la explicación de todo. Yo no tengo ni idea. Eran periodistas los dos, eso sí. Y la mudanza no sé si fue por mi madre o por mi padre. No sé quién se fue antes a Asturias. Ellos están separados desde que tengo uso de razón. Mi padre luego se fue al diario *La Nueva España* como redactor jefe, pero tampoco sé si fue ahí o más tarde.

Mi madre escribía para *Interviú* y para alguna revista así más política, y después fue jefa de prensa del Principado de Asturias. Eso fue durante un tiempo y luego ya se vino a Madrid.

La cosa es que acabé el colegio y me fui a Inglaterra porque tenía un novio que estaba estudiando allí Ingeniería Agrónoma. Mi madre me había apuntado a la UNED. Por mi cuenta, yo había mirado diversas carreras aquí. Las típicas como Periodismo, que mis padres me dijeron que no la hiciera porque era una chorrada, a pesar de que los dos eran periodistas. El resumen es que yo no sabía qué hacer. Nunca he sabido qué hacer. Tampoco hoy. Pero, bueno, mi madre me había matriculado en Ciencias Políticas. Aunque pensaba que tampoco valía para nada. Porque nada vale para nada en sí, ¿no? Pero ayuda y te da una base de dónde poner el centro de atención. Por así decirlo: cosas que debes saber para entender el mundo en el que vives. Y, claro, eso te despierta la curiosidad. Todos deberíamos saber un poquito de todo: algo de economía, algo de no sé qué, un mínimo de historia, otro poco de no sé cuántos.

También me matriculé en Bellas Artes porque dibujaba, pero sin afán de nada. Nunca he sentido especial interés por nada. Yo me entretenía, pero no he tenido una vocación clarísima en ningún campo en el que me he movido. Tampoco en el mundo del modelaje. Me gustaba la moda, eso sí. Mi abuelo era sastre y la pasión por los tejidos la había mamado desde casa, pero para nada lo veía como algo vocacional de «me voy a dedicar a esto». Yo admiro a la gente como mi hijo, que dijo que quería ser científico desde pequeño. Pero no es mi caso.

Y al final, sin saber nada de nada, terminé en la UNED y, aprovechando que tenía a mi novio estudiando en Inglaterra, mi

madre me dijo que era una buena opción irme para allá, mejorar mi inglés y abrirme al mundo. Y allí que fui yo. Con mi maletita.

Este chico estudiaba en Essex. Vivíamos en un pueblecito perdido de por allí. Yo seguía mis estudios y me examinaba en Londres, y me parecía terrible porque los exámenes semestrales se hacían en solo una semana, mientras que en España se hacían en dos o tres y había una semana en medio de descanso.

En resumen: no estudié nada. Yo me dedicaba a hacer los proyectos de dibujo que tenía mi novio de su ingeniería y a dibujar vestidos y casas. Imaginaos, yo, que soy muy dispersa, saltaba de una cosa a la otra. No me acuerdo ni de las que aprobé, pero llegué a coger alguna de segundo, creo. Es que no me acuerdo, ¿os lo podéis creer?

Y no es que no tenga interés, porque el interés lo pongo en el momento, ¿sabéis? Pero se me olvidan las cosas y luego no me acuerdo.

La cuestión es que cuando estaba en Inglaterra mi madre me llamó y me contó que tenía dos oportunidades geniales para cambiar de trabajo. Una era llevar algo relacionado con las Casas de Asturias por el mundo —en todos los sitios hay una Casa de Asturias— y la otra era ser directora de la oficina de Asturias en Madrid. Al final eligió Madrid. Mi madre pensó que para mi hermano y para mí sería más fácil movernos de un lado para otro que desde el Principado. Y yo me volví a Madrid porque me apetecía vivir la vida de la ciudad, la verdad. Era algo que tenía dentro.

Recién llegada fue cuando surgió la oportunidad de «ser modelo». Pasó en una fiesta que daba una amiga de mi tía que era fotógrafa. Mi tía Rosa, una hermana de mi madre, lleva viviendo aquí toda la

vida. Ella es médico, pero su amiga Kiu tenía un estudio en el que hizo una fiesta y me dijo que fuese porque iría Jorge Johnson, que era un amigo suyo también colombiano que trabajaba en París en una empresa de diseño. Él se convirtió en el no va más de la moda y en París le iba muy bien. No sé de qué se conocerían todos, pero eran amigos, vaya.

En esa época yo tenía una carpeta roja llena de dibujos de ropa. Pensé que podía ser buena idea, claro, pero mi madre me insistía en que estudiara. Que tuviera alguna base de algo y después ya que hiciera diseño o lo que quisiera, pero por lo menos que me abriera cuatro vértices. No estudiar por estudiar, sino prepararme, debía conocer el mundo en el que vivía y lo que me rodeaba.

Lo pensé mucho, y al final fui a la fiesta. ¿Cómo no iba a ir? Me vine ese fin de semana a Madrid con mi novio de entonces; su madre era a la vez muy amiga de mi tía porque ellos vivían mitad en Madrid, mitad en el Reino Unido. Y en esa fiesta fue cuando conocí al fotógrafo que reventó un poco mi destino. Mis primeras fotos me las hizo Jorge Johnson.

En aquella época siempre iba vestida de negro con cortes muy *belle époque*. Ese día llevaba un Laura Ashley, lo recuerdo porque cuando me arreglaba me gustaba ir como antigua. Adoraba las figuras lánguidas y los zapatitos al aire. Y Ashley en eso era muy buena porque se caracteriza por diseños ingleses románticos, inspirados en el estilo rural británico del siglo XIX y el uso de tejidos naturales.

No hay que olvidar que yo era supertímida desde bien pequeña. Y a los catorce o quince años, cuando me cambiaron de colegio, me volví una enferma de la timidez. Eso fue en el despertar adolescente

y me derivó en ello. No por nada, sino por lo que nos pasa a todos, que empiezas a conectar una cosa con otra. El cambio de colegio me costó porque yo venía de uno en el que nadie sabía quién era nadie ni nada, allí podías ir con unos o con otros y daba igual, pero en este tenías que elegir. Si eras de unos no podías ser de otros. Y ahí ya fue todo. Empecé a conocer el mundo y le puse palabras a las situaciones que me empezaron a pasar, a las emociones que sentía allí, y a mí eso me sentó mal. Me volví tan tímida que me llamaban «la mudita».

La cosa es que cuando Johnson vio la carpeta me dijo que la mejor forma de empezar en el mundo de la moda era siendo modelo, y que por qué yo no lo era todavía con mi altura. Nunca me lo había planteado, no me gusta ser el centro de atención. Me pone nerviosa cuando el foco gira hacia mí. Pero siempre me había gustado disfrazarme, eso sí. Ese punto sí que lo tenía. El disfraz era mi escape. Mi madre dice que también era así de pequeña, que me encantaba inventar personajes y situaciones.

Después de esto, daba la casualidad de que la madre de mi novio también era muy amiga de Carlos Mundy, que tenía una de las pocas agencias de modelos que había en Madrid, y me lo presentó. Me dijo que era una buena forma de ganar dinero.

Yo por aquel entonces pensaba que ibas allí, hacías el personaje que querían ver y ya ganabas dinero. Es más, cuando fui a la agencia, lo primero que me dijeron fue: «¿Tú quieres ser modelo?». Mi respuesta fue un no rotundo, por lo que muchos se preguntarían qué hacía allí realmente.

Yo decía que no quería ser modelo porque ese mundo me parecía el antitodo. Veía en él la avaricia, la vanidad, la chulería, la

prepotencia, el sentirse más guapa que otros… Era todo de lo que yo huía. El día que superara mis inseguridades y mis miedos, no quería verme convertida en eso que nunca me gustó. Además me sentía todo lo contrario y veía lo que se sufría en las calles siendo todo lo contrario —y en mi propia piel—, y lo que eso generaba en la sociedad. Esa belleza hacía mucho daño a gente como yo, chicas llenas de complejos. Era como que yo no quería ser un eslabón más de esa cadena.

Tampoco me reconocía ni en el físico ni en la belleza de las que se dedicaban al modelaje en mi momento. Sí es verdad que tenía un doble sentimiento, porque que yo, una persona completamente normal, pudiese acceder al mundo de la moda como modelo decía que la sociedad estaba cambiando, porque yo era una tía normal, y que otras me vieran ahí quizá las ayudase a entender que también podían llegar. Todos tenemos un punto dulce, algo bonito, un toque de hermosura por el que te reclaman para contar algo bello o para decir algo. Me da igual para qué, siempre habrá alguien que te necesite para contar una historia, bien por cómo te mueves o por cómo eres, o puede que hasta por cómo no eres. No quiero entrar en eso porque me parece ya manido, pero hay algo más que un ser perfecto. Las supermodelos no son perfectas. Cada una tiene su parte que la hace única. Por eso han sido y serán únicas. Se crearon en un momento dado, porque antes de ellas estaban las maniquíes. Pero en los noventa se generó esa idea de supermodelo, como una *superwoman* que, bueno, estaban Linda, Claudia… Eran como supermujeres, cada una con su estilo y personalidad, pero todas con ese toque. Ya no de mujer fatal, pero sí recibían demasiado foco de atención. Y con la superioridad y los egos elevados, mucho. No

todas, hay algunas muy simpáticas y que son lo más, aunque después te encuentras con cada caso…

He podido ver en mis años de modelo cosas increíbles. Miradas mortales. Pero ¿qué esperar? Si es que te fabrican, como digo yo. Primero los padres, porque todos venimos al mundo buenos y cariñosos, pero luego no paran de manipularnos y no tenemos libertad ninguna. Y no pasa nada por decirlo.

Pobres padres. Yo soy madre y trato de evitarlo, pero es imposible. Venimos condicionados desde que nacemos. Porque nadie elige dónde lo hace, ni el carácter de sus padres. Nadie elige nada. Nada. Y quieras o no, porque los padres no lo hacemos con ninguna intención e incluso intentamos ser lo más neutros posible, es inevitable. Te afecta. También es verdad que cada uno lo hace de una forma distinta porque cada uno tiene un mundo dentro.

¿Cómo no van a estar muchas *tops* endiosadas cuando es la propia gente la que las encumbra? No es uno mismo, son todos los demás. Cuando con veinte años tienes a todo el mundo bebiendo de tu mano, te maleducan. Pero yo siempre he tenido los pies tocando tierra, porque la verdad es que he estado muy bien rodeada y siempre con el «Laura, que no se te suba». Que tampoco creo que se me hubiera subido. Mi carácter es así. Desde que empecé. Desde aquella primera vez.

Mis comienzos fueron con booking. Y había que hacerse test de fotos, era la única forma de tener material y de que te vieran, claro. Recuerdo que la primera sesión ya profesional, para mi portfolio, me la hizo Peter Nguyen. No me acuerdo de si es coreano o japonés, pero me hizo unas fotos así como muy de diva.

Con esas fotos había que ir a visitar a los clientes. Y yo, vestida a mi manera y con mi timidez, no sacaba ni un trabajo. Llegaba con mi book y mis fotos y me preguntaban, tan panchos: «Esta no eres tú, ¿no?». Yo no soy una diva, soy una mujer normal que ha vivido siempre de forma normal. Nadie me ha regalado nada, he trabajado muchísimo, pero no soy la que venden en las fotografías. Y, claro, veían a aquella diva sobre el papel y a mí en físico y se quedaban a cuadros. Se pensaban que las fotos eran de otra. Es que resulta muy fácil mentir sobre el papel.

Hice muchos castings, pero en España empecé con Javier Vallhonrat en una campaña para Pomellato. La hice con Rosana y otra chica, que si os digo la verdad no me acuerdo de quién era. Si no sabía ni quién era Pomellato, que es toda una referencia en el mundo de la joyería y el lujo italiano, ¿de qué me iba a sonar a mí aquella chiquilla que me habían puesto al lado?

Al que sí que conocía era a Vallhonrat. Era el mejor fotógrafo de España y está considerado uno de los mejores del mundo. Una sensibilidad exquisita y un conocimiento maestro de la luz. Él nunca se ha dejado consumir por el mundo de la moda. Es muy respetuoso con lo que hace. Y hace lo que quiere siempre. Es un tío muy especial. Y este trabajo con él fue de lo poco que hice así más de moda y joyería al principio.

La agencia solo me ponía desfiles de peluquería. No vayáis a pensar que había mucha cosa en España en ese momento. Estaban los desfiles de Telecinco, el canal de televisión. Decían que el tema era Chanel y se hacía un desfile de Chanel a lo Telecinco, con las Mama Chicho y eso. Sí, sí, muy fuerte. Era un cachondeo porque mezclaban todo lo que tenían y lo sacaban. De repente, «Mama

Chicho me toca, me toca cada vez más», y por el otro lado salíamos con los productos de una marca como Chanel que era todo un bombazo. Ahora lo pienso y me quedo flipando.

También había mucho trabajo para la Expo de Sevilla del 92, pero no me acuerdo de si estuve solo de paso. Se que fui dos veces con mi novio, el que vivía en Inglaterra, pero no sé si trabajé. Es que no me acuerdo de nada.

Había cosas, pero no grandes eventos, y mientras yo seguía a lo mío: que si estudiaba, que si no… Lo típico. El día antes del examen iba y le decía a mi madre que no me había dado tiempo a estudiármelo, y ella me contestaba: «Bueno, hija, no te preocupes, sigue yendo a jugar a las cartas los viernes por la noche». Nunca me daba caña con eso porque sabe que para mí los exámenes son misión imposible. Siempre me han agobiado muchísimo. Yo, todo lo que no conlleve examinarse me parece genial, pero si hay prueba final ya ni lo hago. No va conmigo. Bueno, sé que no va con nadie, pero conmigo no.

A mí me gusta aprender, sin notas. Y eso en mi casa nunca ha sido un problema. Hay gente a la que le dan mucha caña con ese tema. En mi caso no. Y le doy las gracias a mi madre porque nunca ha estado muy pendiente de mí en ese sentido. A lo mejor porque veía que me quedaba mucho tiempo y que algo encontraría que hacer en la vida. No me preguntéis por qué, pero yo llegué a decir que quería dedicarme a pintar muebles. Casi la veo más agobiada conmigo hoy que antes.

Mi madre era muy liberal, pero por otro lado quizá no tanto. Siempre era como un «qué haces», «cómo te vistes»… Un poco controladora, pero en el buen sentido de la palabra. No creo que eso

sea malo si se explica como lo estoy haciendo yo. Por ejemplo, el otro día fui con ella a tomar un café y me agaché para recoger un gorro de lana que se le había caído a un niño, y me dijo: «¿Por qué coges eso? Está lleno de microbios». Yo quería dárselo al camarero porque igual alguien iba después a buscarlo, y ella solo gritaba: «¡Laura, por Dios!». Ella no tiene nada que ver conmigo. Somos muy distintas.

Volviendo a la moda, la cosa es que me salían cosas de campañas y algún desfile así de peluquería, pero estuve como dos años que me presentaban a concursos de modelos que yo no sabía bien qué pintaba ahí. El primero fue en Madrid, se llamaba Look of the Year. Y después me fui a Miami y allí me lo pasé genial porque significaba salir de casa. Visitar otros países me servía para abrir siete agujeros en mi velo y era como mi pequeña aventura. Mentía muchísimo. Le decía a mi madre que iba a un sitio y terminaba en otro completamente distinto. Dicen que la curiosidad mató al gato y yo creo que a mí me ha ayudado a construirme en mi vida.

Pasaba poco tiempo en algunos sitios y mucho en ninguna parte, pero coincidí en España con un *scouter* que iba buscando gente por la calle para ver si valían para el mundo del modelaje. Recuerdo que esa semana tenía una boda en Lugo, porque mi antigua suegra era medio de allí, y me comentó que este hombre venía de Francia y me quería ver. De eso me acuerdo a la perfección, porque después de hacerme unas fotos y vídeos me llamaron en julio para que fuese a París.

Aquello me hizo muchísima ilusión porque resultó que mi amiga de toda la vida, Anita, se iba también a París a hacer un curso en la Sorbona y pensé que sería genial porque iríamos juntas. Si hubiese

tenido que ir yo sola me lo habría pensado, porque soy una cagona. Y luego estaba mi timidez, aunque después me han pasado cosas raras por su culpa. Es como que a causa de esa timidez que yo he ido arrastrando, podía acabar en cualquier lado. Porque con la timidez venía la curiosidad. Iban las dos de la mano. Estaban ahí. De entrada, caminaba todo recto, pero a la mínima que el mundo y la vida me dejaban ver un poco más allá, echaba a correr. A donde pudiera. Y allí que me fui: a París.

La agencia que me llamó terminó siendo de las mejores a nivel mundial: Marilyn Gaultier. Era muy pequeña, pero allí no era como en Elite, que siempre eras una cara entre cuatro mil modelos para elegir. No, para nada. Si te quedabas es porque pensaban que llegarías alto; si no, ni te cogían. De todo esto me enteré con el paso de los años, porque yo no sabía dónde me metía. Yo tiraba para delante sin tener ni idea.

En esta estancia en París hice dos test de fotos con unos fotógrafos, que para qué decir que recuerdo algo si estaría mintiendo, y me volví a España. De repente, después del verano, en septiembre creo, me llamaron para hacer un booking directo. Esto significaba que te ibas a un sitio, hacías el trabajo que te pedían y te volvías a tu casa. Lo querían para una revista de estas modernas que nacían en Francia, ni idea del nombre. Y ese mismo día, cuando terminó la sesión de fotos, me di cuenta de que aquello no era para mí. Me sentía muy rara y estaba muy agobiada, pero me dijeron que Mario Testino quería conocerme. Era uno de los grandes fotógrafos de moda a nivel internacional ya por aquel entonces, pero regresé a España. Tal cual. La maleta y yo nos fuimos para el aeropuerto sin ver a Mario.

Yo pensaba que Mario Testino era el novio de Kate Moss, pero no era él, sino Mario Sorrenti. Por cierto, la madre de Sorrenti era fotógrafa y trabajé con toda la familia, incluso con su hermano Davide, que el pobre ya murió y también era un excelente profesional. De todo eso me enteré después, pero, no sé por qué, Testino me imponía mucho. No sé si tenía que ver con Kate Moss, que me daba cosa conocerla, o con el propio Testino… pero me piré.

A las dos semanas me tocó volver a París para hacer otro editorial en la misma revista. Tanto me suplicaron en la agencia que fuera a hablar con Testino que tuve que tragarme mi ataque de pánico. Esa misma tarde, después de trabajar, conocí a Mario. Encantador. Me dijo que quería trabajar conmigo y me hizo muchísima ilusión. Era Testino.

Total, que de las dos pruebas de fotos que hice en julio en París me salieron trabajos con Avedon. Yo no conocía a nadie. Avedon me sonaba porque tenía un mínimo de cultura de moda, pero no sabía dónde me estaba metiendo. Tras la guerra, a finales de los años cuarenta, la revista *Harper's Bazaar* reclamó sus servicios y estuvo ahí mucho tiempo, hasta que tras dos décadas trabajando para la revista americana, en 1960, se convirtió en fotógrafo de *Vogue* USA. Y era un supernombre. Trabajar con él me iba a dar a mí también una trayectoria. Pero no pudo ser, porque cuando tenía opciones para editoriales y me salían campañas, la agencia elegía las campañas porque daban más dinero y fama. Te convertía en chica de la firma y te daba desfiles y futuros editoriales. Había gente que entraba por editoriales y en cuanto veían campañas iban a por ellas como locos. Se movía muchísimo dinero en ellas. Era increíble.

Ese año hice muchísimas campañas. Ni me acuerdo. Hay veces que veo cosas y desbloqueo el recuerdo, pero ni idea. De ahí debió de salir lo de «la modelo mejor pagada del año 96», porque fue un año en el que de ocho campañas en una revista yo podía estar en cuatro o cinco. Era una burrada para una tía que nunca había hecho un editorial. Y todo esto llegó a raíz de conocer a Testino, que me cogió para Trussardi Jeans. Era una buena firma de vaqueros y con Mario salieron unas fotazas para promocionar. Ese mismo día fue cuando conocí al maquillador que trabajaba con Juergen Teller. Sus imágenes eran la réplica perfecta al artificio de las fotografías publicadas en la prensa rosa y los editoriales de moda; suelen contener desnudos, poses imposibles, arrugas y cicatrices. Me dijeron que fuera a conocer a Juergen, y no pude porque había una huelga y me pilló tratando de atravesar París en medio de una manifestación. Menuda locura, los franceses manifestándose.

La cosa es que la gente iba hablando de mí y mi nombre corría de aquí para allá porque había trabajado con Mario. Y con ayuda de todo el mundo, fui accediendo, pero de forma completamente casual, porque llegaba a los trabajos, me sentaba en producción y, cuando llegaba el cliente, preguntaba por la modelo porque no sabía quién era yo. No me reconocían fuera de las fotos. Iba de un sitio a otro con un book de polaroids, porque aún no había salido nada y yo ya había trabajado con muchísima gente, pero todavía tenían que salir las campañas…

Y en ese momento decidí mudarme a París, porque era imposible seguir ese ritmo de trabajo, pero decir que estaba en París es minimizar muchísimo la historia. A lo mejor cogía un avión a Nueva York y durante un mes estaba en un hotel allí, porque de ahí me iba

a Miami y después a Londres, y luego volvía otra semana a Nueva York. Entonces dejaba mis cosas en el hotel. Empecé a trabajar muchísimo en Nueva York, Londres, Milán… ¡Y qué trabajos!

La primera campaña de todas las que hice para Valentino fue en Nueva York. Recuerdo que nos quedábamos en el hotel Gramercy y la sesión se hizo en una casa a las afueras de la ciudad. Worth, que era un peluquero de moda en aquel momento, me rapó media cabeza. Había trabajado ya bastante en moda. Luego sacó los productos estos que se llamaban Bumble and Bumble. Se hicieron muy famosos. Con él empezó la nueva cosmética en la que los peluqueros hacían cosas guais con texturas para los peinados, porque antes había laca y poco más. Fue cuando empezaron a poner lo de «testado en modelos y no en animales» en los botes.

El tío me rapó media cabeza, pero eso ya me había pasado. La primera vez me lo hizo Juan Gatti con cera para una campaña de Jesús del Pozo, cuando todavía no me había ido a París. Me arrancó las patillas y parte de los laterales del pelo, pero a mí me daba igual. El pelo crece.

Gatti fue de los primeros que creyó en mí junto a Vallhonrat, que ayudaba a Juan en esa época. Era muy gracioso porque Juan llamaba a Vallhonrat para preguntarle qué luz pondría en esa foto. Formaban un buen equipo. Con él hice una cosa para Dior Perfumes, fotografías para alguna firma… No me acuerdo de más, pero mi carrera y la de Gatti se han cruzado varias veces, pero solo en temas laborales. Igual que con Testino. No los conozco en lo personal y tampoco he querido. Jamás. Una cosa es lo personal y otra lo profesional. A mí no me interesaba hacer amigos, la timidez tampoco me lo permitía. Quería currar, ganar dinero, tirar para delante…

Con Vallhonrat también hice una cosa preciosa para L'Oréal París y un libro que solo publicaban en *Vogue*. Era maravilloso, todas las ediciones. Muy artístico. Lo hice con Fred Farrugia, que era un maquillador que luego estuvo en Lancôme muchísimos años, y era increíble porque primero te hacía un toro y después un pez, para acabar siendo una sirena. Todo con maquillaje. Esto fue en Mallorca. Precioso, de verdad. Uno de los trabajos más bonitos de mi carrera. Han sido muchos, pero algunos los recuerdo más y otros, directamente, los he olvidado.

De lo que sí he disfrutado es de los momentos. De cada flash, de los equipos, pero no he ido mucho a fiestas de trabajo ni nada por el estilo. No me interesaba en absoluto ese rollo. Solo fui a una porque a mi compañero de piso de aquel momento le hacía especial ilusión. Ha sido todo más tardío, en Madrid, con gente que sé que sí se movía en aquellos ambientes. Pero a mí aquello no me entusiasmaba.

La cosa es que trabajé con Valentino, pero, como yo era así, nunca lo conocí. Me lo pidió un par de veces, pero es que no tenía tiempo —o quizá ni me apetecía—. A muy poca gente he ido a ver yo. Yo llegaba, curraba y me piraba. Mi sitio era París y me movía de un sitio a otro, corriendo como vivía, claro. El booking directo, de toda la vida. Sí que es verdad que si estaba en Londres y salía una oportunidad allí, pues si querían verme me podía acercar, pero de esas hubo pocas. Yo era trabajo, trabajo y más trabajo. Desde que empecé fue una cosa tras otra. Nunca fui a un sitio a ver si tenían algo para mí.

Después de aquello me cogieron para Ralph —o Lauren, no me acuerdo—. Que sí, que es lo mismo, pero dependiendo del tipo de

ropa tienen distintos precios. El caso es que era una de las primeras grandes campañas que yo hacía, porque había estado con Valentino en el Gramercy, pero era todo como más underground y durante dos días. Y en esa ocasión fue todo diferente y por eso me quedé más tiempo en Estados Unidos en aquel momento.

Aquello de Ralph era una americanada en su estado más puro y duro. Te cogían para una semana y no sabías ni los días que ibas a trabajar. Tú te presentabas allí y a lo mejor había otros veinte modelos. Sabías que un día, mínimo, te tocaba. Y ya conforme salían las fotos iban decidiendo si hacías más días o menos. Sobre la marcha.

Al final trabajé muchísimo esa semana, me cogieron para hacer el lookbook y me fui directa a Nueva York. La campaña había sido con Bruce Weber y el lookbook ni me acuerdo, fue todo tan deprisa… Puede que lo hiciera también Bruce. Tras el vuelo, tan solo tuve un día de relax y ya vino todo de golpe… fue una absoluta locura con el nombre de la moda por bandera.

Con Bruce se trabajaba muy bien. Era un currante, con un objetivo bonito. Su carrera ha sido y es meteórica, creo que hasta produce cine, pero sí que es verdad que captaba mejor la belleza masculina. Él era más de musos que de musas, y eran tan bellos los que elegía… bellezas universales. Chicos con unos cuerpos despampanantes y unas caras que podían hablar desde la inocencia hasta temas que te podías encontrar en la vida misma. Él podía ponerle un pijama y un peluche a un chico guapísimo y hablar de esa etapa más infantil, o darle a DiCaprio unos labios de colchoneta y que pareciese un niño. No sé explicarlo, pero era su universo. Creo que nosotras no encajábamos allí.

También en esa época hice mi primera portada para *Vogue* España. Por eso fui la modelo mejor pagada del 96, porque no paraba de trabajar. Me hizo especial ilusión ese proyecto porque hasta aquel momento yo solo había trabajado fuera de España y no sabía si se me conocía en mi país, aunque también es cierto que no sabía muy bien si terminaría siendo portada o no hasta que me vi en el quiosco. También es verdad que la foto me la hicieron en Nueva York. Me la hizo Kelly Klein, que era encantadora. Tenía una luz que sabía reflejar a través del objetivo. Y yo era jovencísima, con aquella melenita corta negra que acompañaba al *little black dress* que me pusieron. Era para la portada de junio del 96. Trabajé bastante con Kelly y con su marido, Calvin Klein. Eran estupendos, pero Kelly tenía un talento innato para calar la personalidad de la gente a través del objetivo. Supo encontrar mi carácter frente a la cámara para aquella portada de *Vogue*. Y su marido Calvin, ¿qué decir de él? Es que era gente que sabía lo que hacía. Zapatero a tus zapatos, dicen, ¿no?

Hice cosas para la familia *Vogue* en muchas ocasiones, como la portada del 96, pero en el estadounidense nunca he estado. He estado en el *Vogue* inglés y en el italiano. En este último me fotografió Mario Sorrenti y las fotos eran tan heavies que yo pensaba que no iban a salir. Ahora se hace mucho, pero en aquel momento eso era muy bestia. No me malinterpretéis, me refiero a heavies en cuanto a looks y dureza de las expresiones en una época en la que todo era más tierno. Encima llovía a cántaros y con todo el maquillaje corrido me fotografiaba más. Mario hacía unas cosas tan bonitas y tan fuera de lo habitual… porque mientras que Meisel torcía la boca y buscaba la belleza, a Mario le daba completamente igual. Era un provocador y me flipó que eso lo hiciera para *Vogue*

Italia, porque lo bestia no vendía en aquel momento. Y no eran fotos sexuales, sino duras de las buenas. Y me veía genial en ellas.

Es cierto que no he hecho muchas portadas porque a mí se me da fatal posar mirando a la cámara, pero sí que he hecho las pruebas. Yo, al ver un objetivo, siempre he desviado la mirada hacia un lado u otro. A no ser que estuviera fea. Si me querían sacar fea sí miraba, pero en plan guapa no. Nunca me ha salido eso de mirar a cámara como si fuese la mujer más guapa del mundo. No soy despampanante, se me da fatal intentarlo. Sin embargo, gano cuando toca mirar hacia los lados, de perfil o poner caras. Porque soy así, no sé fingir.

Hay modelos que las ves y dices: «Eso es fingido». Porque las miras y no se mueven, entonces la expresión es fingida. Yo soy todo lo contrario. Soy una máscara. Cuando hablo me muevo muchísimo. Mis facciones son muy moldeables. Soy puro plástico y sé poner todas las caras del mundo.

Es cierto que hay gente que es tan guapa que no necesita ser expresiva. La puedes poner de enfadada, pero ¿para qué? Si esa persona no se enfada en la vida.

Cada uno es como es, e igual que hay gente poco expresiva, a mí me cuesta parecer un busto ante la cámara, pero la portada del 96 para *Vogue* salió. Porque yo, en pose de tres cuartos, gano. Me funciona muy bien esa pose, porque estoy un poquito más escondida, así como de lado. Muy natural. Me gusta lo natural. Cada uno funciona bien a su manera y debe ir entendiéndose con los años. Y respetándose, eso es más que esencial.

Nunca me ha gustado el maquillaje en exceso por eso mismo, porque me gusto natural y, justamente, cuando me han sacado

natural ha sido cuando mejor me he visto. Es gracioso, pero la primera vez que trabajé para Hugo Boss, que ya era por aquel entonces lo que todos conocemos y movía mucho dinero, llegué y mi equipo de ese día eran Tom Pecheux y Juergen Teller. Dos nombrazos. Uno en el maquillaje y el otro con la foto. Flipé, recién aterrizada en Río de Janeiro y que tu equipo fueran esas personas, no era para menos. Fue buenísimo, porque lo único que tenían era un lápiz marrón para maquillarme y una goma del pelo. Me hicieron así y así y nada más. Y salieron unas fotos preciosas. Sencillísimas, como me gustan a mí. Me sentí muy representada en ellas, y eso que a mí siempre me sacan muy diferente a como soy en la realidad. No soy seria, pero me hacen aparentarlo.

Luego volví a Río a trabajar, pero ese viaje resultó más caótico. No recuerdo para quién fui la segunda vez a Río, pero sí que el ayudante del fotógrafo se rompió el brazo y la sesión se aplazó a la semana siguiente. Total, que yo tenía que irme a Londres a algo de *Vogue* para una portada y me pidieron que si les ayudaba a ir a Miami con el material. Y como éramos tan equipo y a mí me daba igual todo, allá que me fui yo a Miami con el palo del trípode; es broma, ya no sé ni qué me dieron.

Pero nunca llegué a Londres. Y empezaron a buscarme porque había desaparecido en Río, y como por aquel entonces no había móviles… Todo el mundo se temía lo peor. Y yo estaba pasándomelo teta porque estaba con gente, relacionándome… Hasta que de repente se me acercó el fotógrafo y me dijo: «Oye, que te están buscando desesperados». Y tan desesperados, como que aún tengo los carteles de «Desaparecida». Es que lo cuento así como medio en risa, pero a mis padres los tenía contentos…

La cosa es que en la primera sesión que hice en Río me morí de vergüenza porque el modelo que la hacía conmigo era guapísimo. ¡Qué vergüenza pasé! Encima no paraba de decirme: «¡Qué jovencita eres!», y yo cada vez más nerviosa. No sé ni cómo pude posar. Tenía veintidós años, la cara redondita, flaca como un palo… Fue increíble.

Aquellas fotos me marcaron mucho porque me las hicieron con apenas nada… No les hacía falta más. Otras veces me ha ocurrido que he posado para un fotógrafo importantísimo para la industria y alguien venía y me preguntaba: «¿A que nunca te habías visto tan guapa?». Y yo pensaba: «¿Qué tiene esa foto?». A lo mejor no tenía nada, pero como la firmaba una persona con un nombre y le habían pagado una pasta, ya era perfecta. Y ni estaba guapa, ni me parecía bonita la foto, ni me transmitía absolutamente nada. No digo que detrás de un gran artista no haya un trabajo importante, nadie está donde está por casualidad. Pero algunas veces no sé si nos toman por ignorantes o algo, pero te hacen una foto mala y se piensan que tú crees que es lo más. Hay muchísima gente por ahí que dice: «He trabajado con X y me ha hecho esta foto». Y sí, muy bien, pero es una foto de mierda que no dice nada. Y ya no hablo de estar guapa o fea, ¿eh? A mí eso me ha dado igual toda la vida. No me ha importado nada, pero así es como nacen los iconos. Y mucha gente trabaja por el dinero y nada más. No pienso decir nombres, pero a mí me han dicho que por una sesión horrorosa ya habían cubierto el año laboral. Eso lo he escuchado.

Y mi pregunta es: ¿os dicen algo todas las fotos? Sed responsables con vuestra respuesta y justos, desnudad a las

personas de su nombre y apellidos y juzgad su trabajo con igualdad al de los otros. Yo eso lo hice una vez.

Fui jurado durante varias ediciones de un certamen que se llamaba Madrid Fashion Film y al principio nos daban muchísimos vídeos —después empezaron a filtrarlos un poco y desde aquí le doy las gracias al que se le ocurrió—. Yo veía esa burrada de vídeos y estuvo a punto de volverme loca, porque tenía que valorarlos.

Lo que hice un año fue invitar a muchos amigos y puse los vídeos en el proyector a ver qué les parecían, y luego yo decidiría a partir de sus reacciones. Les di una libreta a cada uno y las valoraciones eran tan divertidas…. Yo ya los había visto con antelación, pero quería conocer su opinión. Sabía de quién eran los vídeos, pero ellos no.

Había de todo, desde superproducciones hasta otros muy flojitos. En algunos incluso se veía de quién era. Me acuerdo de un anuncio de Cartier en el que se veía la pantera por todos los lados. Pero la mayoría no se distinguían y cuando leí las libretas me lo pasé pipa porque pensé que si mis amigos hubieran sabido de quiénes eran los vídeos, no los hubieran valorado igual. Si les hubiera puesto de nuevo el vídeo y les hubiera dicho quién lo firmaba, me habrían dado mil razones de por qué era increíble y no una mierda como habían escrito. Estamos muy condicionados por todo eso y, aun no queriendo, nos pasa.

Somos críticos, pero no de verdad. Mirad la prensa, su trabajo es informar de forma neutral, pero se nota de lejos que no lo hacen. E igual que hay críticos para el cine, se necesitan para la moda. Que no me digan a mí que todo lo que se presenta en las semanas de la moda es bonito y te transporta a algún sitio, porque no me lo creo.

Con el cine muchas veces van a cuchillo, pero ¿y la moda, señores? ¿Tenemos que poner a esta persona todos los años en la cumbre cuando no es real? ¿Os reís en mi cara? ¿Con quién queréis quedar bien? Porque esa es otra. Vivimos con miedo todo el rato a decir la verdad… No pasa nada porque no nos guste alguien o su trabajo, o porque me gusta aquella y a ti no. A veces leo cosas y no me lo puedo creer. Me he subido a muchísimas pasarelas y nunca han dicho nada malo en ellas.

El otro día me mandaron una foto de un desfile que ni recordaba haber hecho. Era para Alexander McQueen, en el 96. Me acuerdo de que cuando estaba empezando era un caos y salí en un desfile suyo con mi propio reloj porque él no tenía en cuenta todos los detalles de otras firmas que te quitaban protagonismo. Después ya lo contrataron para Givenchy, creo. Y en aquel momento él estaba en el subidón de su carrera profesional.

Era muy gracioso, porque había diversos tipos de desfiles. Estaban los desfiles a la americana, inspirados en Nueva York. En uno de esos desfilé para Marc Jacobs. Era todo muy tranquilo, acorde con su estilo tan marcado por la sensibilidad sutil y un gusto por la belleza alternativa. Una única salida por persona, y estudiaban tu personalidad y que se adaptara a lo que te ponían. En Europa la cosa cambiaba. Aquí era una locura, y si te ibas a McQueen, Galliano o Versace, ya flipabas. Varias salidas por modelo, todo corriendo. Era una ostentación sin tapujos la que se respiraba en Europa en comparación con la sobriedad americana. Pero a mí aquello no me gustaba en ninguna parte del mundo.

Siempre he preferido hacer fotografía, porque puedo jugar. En el desfile es salir y a lo tuyo. Nunca he disfrutado en los desfiles. Me

horroriza la idea de todos esos ojos mirándome. Tengo pánico escénico y tanta seriedad me abruma. Lo pasaba fatal.

También es verdad que soy un poco caótica y en las fotos eso lo disimulaba más. Una vez me fui de viaje a África, me corté el pelo allí, volví morenísima y con un tatuaje enorme de henna en media espalda. Y, claro, los que me habían contratado eligieron a una niña blanquita, con pelo largo… Y yo era otra persona en ese momento. Me cancelaron muchos desfiles porque eran justo a mi vuelta, y mis agentes, supercabreados, me pidieron que me quitara todo eso. Yo lo he hecho todo como he podido. Y como he sabido.

Por eso, cuando pude, me quité los desfiles. A mis compañeras les encantaban. Mirad a Nieves, ella disfruta en la pasarela cada vez que se sube. Le flipa. ¿Yo podría caminar mejor? Sí. ¿Podría hacerlo todo mejor? Sí. ¿Me sale? No. Me da una vergüenza horrible. No quiero hacerlo, me muero antes. Fotos, las que quieran, pero la pasarela no.

Hablando de los desfiles, me viene mucho a la mente también las manías de la gente. Había uno que ya no me acuerdo, pero me hacía poner las manos de una manera muy rara en la chaqueta. Ya os digo, cada uno quiere que desfiles según su forma de ver el mundo. Y otra gente te decía que eso de enseñar los pulgares que te lo quitaras de la cabeza. Creo que era Christian Lacroix, pero tampoco lo tengo claro. Hice un par de desfiles para él. Era un artista. Pero al que me refería puede ser Lacroix o no. Es que de eso hace muchos años.

Laura Ponte al natural es esto de ahora mismo. Lo que estoy siendo. Yo puedo vivir perfectamente en una habitación tirada en el

suelo, porque mi casa es mi memoria. No soy la mujer que sale en las fotos, pero sí la curranta que he sido desde pequeña.

Yo trabajé muchísimo en el 96-97. Y empecé a aburrirme de la moda. Ya no sabía qué hacer, dónde ponerme la mano, cómo moverme frente al objetivo para que fuese original… Me sentía haciendo cosas repetitivas. Quería cambiar. Yo necesito cambiar. Si ahora sigo con mi taller de novias es porque mi amiga Cris siempre me dice que nos demos un año más.

Entonces me puse a mirar escuelas. Quería irme a Londres, pero mi pareja me decía que no le gustaba nada. Yo había vivido en Londres y me encantaba porque es como un pueblo grande. Nueva York me gustaba, pero tenía una energía que no iba conmigo. Yo era una persona que apenas salía de casa. Nueva York sentía que me comía, pero la viví en pareja en un viaje y pensé que igual no estaba tan mal. Y decidí irme allí a estudiar una temporada.

Me matriculé en Parsons, me compré todo el material que pedían y creo que fui a una clase. Aprendía en casa. Soy muy autodidacta.

Me hice con un maniquí y estaba todo el día modelando. Patronaje me horripiló, porque yo funcionaba mejor con el tejido. Tengo mucha visión espacial. Y allí que estuve dos años, y mientras tanto mi pareja, mi futuro marido, estaba en París terminando los estudios. ¿Y qué me pasó? Que empecé a decir que no al trabajo. Porque hay que centrarse en algo. Corazón o trabajo, no se puede todo a la vez. Y dejé de trabajar y me fui a Nueva York porque en teoría allí nos íbamos a ver más. Al final venía yo cada dos fines de semana a España, pero ahí era joven y rica y me compensaba. Si hasta me fui a verle a Melilla cuando estaba haciendo la mili. Nueva

York-Madrid-Málaga-Melilla. Un fin de semana y me volví a Nueva York. Y cada vez que venía me costaba más irme.

En aquella época no tenía otras preocupaciones. ¿En qué pensaba yo? En nada. Ni en que había que guardar el dinero ni nada. Tampoco he sido una tía que haya pensado mucho en el futuro, mi madre era más consciente que yo. Y me volví a España porque aquello era insostenible. Vivía en los aviones. No me importaba lo que me costaban los billetes. No era eso. Era más bien una cuestión de practicidad.

Claro, a mi vuelta era como la novedad: «Que venga Laura, que ha trabajado mucho fuera». Y por eso tuve otra carrera aquí en España. Una carrera nacional, y mientras tanto pensaba qué iba a hacer con mi vida porque pasaba de volver a trabajar fuera. Me entretenía, pero todo en España. De alguna manera no quería perder el contacto con la industria. No soy muy ambiciosa yo. Me voy aburriendo por el camino. ¿Que me daba éxito? ¿Dinero? Es que la vida es más. Y no tengo miedo a lo que me vaya a pasar, ¿eh? Asumo cada día hacia dónde voy. Soy muy responsable y consecuente con las decisiones que tomo. No hago cualquier cosa por poner mi nombre. Me niego. No quiero que el sistema funcione así. No voy a firmar nada que no pueda defender yo, lo he tenido claro desde siempre.

En España hice de todo, pero manteniendo mi idea porque hay que ser fiel a lo que una piensa. Y yo pensaba que si no me ponía un traje de baño en la playa, por qué me lo ponía para hacer unas fotos. Me replanteaba muchas cosas. Y vale, que me lo iban a retocar, pero ¿por qué todo tan falso? A veces me decían que qué más me daba hacer esa campaña. Pues sí que me importaba,

porque después la gente te mira y se cree que eres esa de las fotos, cuando la verdad es muy distinta.

Poco a poco he ido quitándome esas cosas que me molestaban y en las que no quería trabajar. Sí que es cierto que ahora tengo más poder, pero desde bien joven tuve claro qué sí y qué no. He dicho mucho que no. Pero me ha costado llegar a ese punto. Y hay trabajos a los que dije que sí y después me he arrepentido. Pero de todo se aprende… Y ahora, con mucho aprendido, decido con quién quiero trabajar.

Me gusta mucho, por ejemplo, trabajar con Moisés [Nieto] y Juan [Borgognoni]. Tienen un aura con la que me identifico… Me llevo genial con los dos y me lo ponen muy fácil. Hice una campaña de bufandas de Moisés que fue una de mis favoritas, junto con aquella de Palomo en la que yo tiraba de los chicos atados con correas de animales por el centro de Madrid. Todo el mundo se quedaba mirándonos porque llevaba a cuatro tíos sujetos con una correa de cuero y yo estaba despampanante. Vestida como lo hace siempre Palomo Spain: a lo tremendo.

Juan es de mis artistas favoritos. Tiene un lenguaje propio. Me lo encontré dos días antes de las fotos aquellas y todo ha sido una casualidad con él. Me parece un tipo que está sin pervertir. Y es tan complicado eso en el mundo en el que vivimos. Está todo hecho. Hay poca gente que te vaya a sorprender. Ya sé que el mundo es una suma de aprendizajes, legados y trozos que componen las memorias. Pero no me lo vendas como que no lo he visto nunca, porque seguramente haya visto dos más de lo que tú me propones. Es verdad que hay gente que hace las cosas con ingenio, pero hay

que tener el ojo educado. Entiendo que te guste o que no, pero no me digas que es novedoso. Borgognoni, por ejemplo, es novedoso.

Una vez, haciendo una campaña de Made in Spain, que no sé si salió, con Ellen von Unwerth, me sorprendió todo mucho. Era todo tan suyo. Y era tan respetuosa. A pesar de que sus fotografías eran tan sexis, tan bestias, tan despampanantes… nos trataba con un respeto increíble. Porque también he vivido cosas en las que no había respeto. He vivido dos situaciones en las que me he sentido como un trozo de carne. Una fue para *Elle* Francia. El fotógrafo era un borracho y no me gustó cómo me trató. Era el año 97 y me encerré en el salón de maquillaje y no me atrevía a salir. Tuvo que venir mi agente. La segunda vez que me pasó algo así fue el día en que cayeron las Torres Gemelas, el 11 de septiembre de 2001. Yo estaba en Nueva York y el fotógrafo no canceló el trabajo hasta las doce del mediodía. Veíamos cómo se caían las torres desde el estudio, que estaba a varias manzanas. Yo no podía ni secarme las lágrimas. Y me decían que siguiera trabajando. Era para unos grandes almacenes de allí y solo eran dos días de trabajo muy bien pagados. El primer día llegué un poco tarde y el fotógrafo me pegó una bronca que me dije: «Laura, mañana a menos diez». Esas cosas te pueden pasar —supongo que en cualquier ámbito profesional—, pero tú debes poner los límites. Hay cosas a las que hay que negarse. Y no, no quise nunca ir a una cena de señores de sesenta y setenta años. Pobre de la que fuera.

Sí que es cierto que empezábamos muy jóvenes. Yo había visto mundo antes de llegar ahí, y mi madre me había dado una educación. No venía de recoger tomates y de repente me encontraba en el centro de Nueva York. Porque yo sé de personas

con historias tremendas. Y muchas son muy conocidas. Y me enteraba porque a lo mejor iba a Milán y el chófer me contaba historias que eran para no dormir. Me da mucha pena porque eran casi unas niñas con señores mayores por un bolso de Fendi. Pero eso no es solo de este mundo, es de todos. Solo que en la moda es gente muy joven que se mueve en circuitos en los que hay dinero de por medio. Porque si tú vas a una fiesta de Dior, los que están lo consumen. ¿Quién consume Dior? Porque yo, como mucho, una laca de uñas.

Hay gente con mucha pasta y la tienes delante de ti. La perversión existe en todas partes, pero en este trabajo se dan circunstancias que parece que la atraen. Porque había modelos con catorce años. ¿Qué eres con catorce años? Salían de su pueblo a buscarse la vida, sin internet ni nada, y a la mínima que podían entraban en el mundillo. Fuese como fuese.

Hay un halo de fantasía alrededor de la moda que es muy tentador, que después no existe y somos la mayoría muy normales, pero lo hay. Yo me considero una tía normalísima. Nos hacemos una imagen de las personas que no es real. A mí, si me sacas una foto de diario seguro que salgo sonriendo, pero en el trabajo me sacan siempre con una cara de mala leche… No es todo real, como podéis imaginar.

Recuerdo cuando conocí a Adolfo [Domínguez] y a su mujer, mucho antes de que me hicieran Embajadora de la Moda Gallega. A raíz de ahí me acercaron a la industria y a las tripas de la moda. Conocí a la gente real de nuestro mundo. Porque esa industria era real. Yo conozco a gente que es, como yo digo, mucho don y poco din. No han pisado una fábrica textil en su vida. Tienen mucho

nombre y detrás no tienen nada. Hubo una época en la que había diseñadores que no sabían ni qué diseñaban. Solo firmaban. Me espanta eso…

Pero es que mi historia con Adolfo realmente empieza antes, cuando llegaron a Nueva York, que se quedaron a dormir en mi casa. Como todos los diseñadores, hacían esa búsqueda de tendencias para ver qué había por el mundo y se quedaron a dormir. Es que son encantadores. Muy familiares. Han picado mucha piedra para llegar donde han llegado. Como una piña. Y sus hijas igual, la mayor se fue a Nueva York y estuvo viviendo conmigo antes de volverme a España, acabó siendo la pareja de un amigo, y de ahí se fue a Los Ángeles; la mediana no tengo mucha idea, pero la pequeña ha cogido el relevo de la firma. Son unos currantes y muy *galegos*.

Adolfo Domínguez ha sabido hacerlo porque acertó con el lema «La arruga es bella», hasta el momento en el que tuvo que llegar a mucha gente y ya no pudo mantenerse. Menudas tiendas tenía por todo el mundo. En los mejores sitios. Era muy bestia. Pero entró en competencia con otras firmas que se lo comieron y él ha recuperado su esencia. Ha vuelto al origen. Y da gusto verlo porque siempre ha sido real.

La gente no cuenta la verdad. Y eso es lo que me jode del mundo de la moda. Todos dicen que les va fenomenal, que están en su mejor momento… No es verdad. ¿Para qué mentir? Lo has intentado, has estado ahí, ole tú. Mantenerse es dificilísimo. Y vienen crisis, te quedas anticuado, lo que has hecho ya fue. Un buen ejemplo de toda esta movida es el de este que estaba con Elsa Peretti, ¿cómo se llamaba?, el que puso de moda el cuello halter y hacía esos vestidos

tan fluidos. Halston, ¿no? Está muy bien contada su historia, el tío tiene un buen gusto tremendo, pero hay que fijarse en cómo te desecha este mundo. Que pasa en todos, ¿eh? Pero en este es como que necesitamos que funcione. Hemos creado un mercado que genera tanto dinero que frenar eso es imposible. Hay una cadena muy larga que vive de esto. Es mierda tras mierda, con perdón. Desde nosotras hasta la persona que cose la prenda. Y lo peor es que en esta industria lo que aparentas es el noventa por ciento de lo que eres. Y eso es tremendo a nivel psicológico y sociológico. Por no hablar del mundo que vamos a dejar a los que vienen detrás. Es algo así como no aceptar que el tiempo pase por nosotros.

Tenemos un gran problema. Hay niñas de dieciocho años poniéndose baby bótox. Esas niñas no van a querer que les cambie la cara desde ese momento, porque una vez que empiezas no te quieres ver distinta. Es igual que el pelo. ¿Qué más da? A mí de pequeña me decían que no podía ser que hablara moviendo toda la cara. Yo soy así. Gesticulo muchísimo. Mis amigos dicen que solo salgo bien en las fotos cuando me pagan, porque si me pillan hablando… No tengo una foto decente hablando. Pero me da igual. Lo mismo que me dan igual las arrugas.

No tengo ningún problema en envejecer. Me ha costado demasiado aceptarme como para complicarme ahora con eso. Yo era una tía llena de complejos y siempre he tirado para delante, así que bienvenido lo que tenga que venir. Mi vida se basa en aceptar. Todo. No solo lo físico, sino de un modo integral. A mí me encantan los rotos, por ejemplo. Mi madre no los soporta, pero a mí me encantan. Hoy llevo la camiseta de abajo rota. Ya no puedo ir así por la vida, pero yo he tenido jerséis con las mangas cosidas por un hilo. El otro

día iba con mi madre y me dijo: «¿Cómo vas con esto?». Era un plumas reversible que se me había agujereado por dos lados. Pero era un plumas. Seguía calentando. ¿Voy sucia? No. ¿Huelo? No. Pues ya está. No merece la pena encapricharnos en ciertas cosas.

A veces nos empeñamos en caer bien, y no puede ser. Yo siempre me he llevado muy bien con mis compañeras. Con las españolas genial, y con las extranjeras solo con algunas. Tenía cuatro amigas. Es que fuera nunca hice mucha vida social. No podía, si me pasaba el día trabajando… Con la que coincidía mucho era con Kate Moss, por ejemplo. No éramos amigas, pero sí que era amiga de Sophie Dahl, la nieta de Roald Dahl, el novelista que creó a Matilda. Era un cielo de tía, pero Kate la tenía frita. Siempre decía: «Pero esa gorda qué hace aquí». Y a mí eso me dejaba a cuadros. Luego Sophie se hizo grande y la otra ya se calló, pero escuché cada cosa… Supongo que era miedo a que le quitaran su sitio. Pura inseguridad. Pobres, es que estamos tan mal educados.

Había gente que me parecía encantadora. Claudia Schiffer, por ejemplo. Que no la conozco de ir a tomar copas como puedo irme un día con Moisés, pero se trabajaba muy bien con ella, creaba buen ambiente. Con Naomi también coincidí. Puedo pensar que me parece más racional o menos, o que está mejor o peor de la cabeza, pero eso ya es cosa mía. Te moldean el carácter, todos te ríen las gracias, todo el mundo está para ti… pero no puedo hablar porque yo no sé cómo es esa gente en casa. Todos jugamos un rol de cara a la galería.

Yo es que iba con los raros. Los que pensábamos que allí no pintábamos nada. Había gente maja, pero por aquel entonces yo era muy tímida. A mí me han llegado a decir a la cara que qué curioso

que yo fuese modelo. A la cara. ¿Cómo se puede ser así? Todo el mundo tiene su punto bello, su punto dulce. Sí que es verdad que hay bellezas que dices «Guau», como Nieves [Álvarez] o Eugenia [Silva]. Y no me meto en cuidarse más o menos. Pero hay bellezas universales y después bellezas. Porque la belleza está en los ojos de cada uno.

Mi camino fue tomando otras direcciones a pesar de que seguí modelando. Empecé a hacer joyas porque era una de las cosas que yo dibujaba en mi tiempo libre: casas, caras, joyas y ropa. Todo el día con la joyería, no sé. Quizá me gusta tanto porque es arquitectura a pequeña escala: volúmenes, espacios y equilibrio al final. Es todo lo mismo. Si vas a hacer una foto, necesitas también eso. Yo funciono así, me gusta la armonía. Realmente nunca sé qué voy a dibujar. Es un poco como la vida, lo pongo y ya le doy mil vueltas. Me gusta estar en casa. Que vengan a verme. Estar con los niños y no parar. Por eso empecé a dedicarme a la joyería. Por eso nació el taller de novias. Porque lo hacía desde casa. Me gustan las cosas sencillas, pero con personalidad.

Para la primera colección de joyas que saqué lo trabajé todo: diseñé las cajas, los logos… Lo hice todo a mano alzada. Antes de mi boda diseñé unos pendientes y Carmen [Palacios], de Tiempos Modernos, me dijo que le encantaban mis dibujos y que eran unos diseños preciosos. Y al poco tiempo me llamaron para una cosa de relojes Girard-Perregaux. Nunca me han interesado los relojes, pero a mi exmarido le encantaban. Esa firma era un referente en el sector, así que lo hice. Todo tan francés… Es que era una época en la que había que llevar reloj. ¿Para qué? Yo paso de llevar reloj.

Un día, hablando con el representante de la firma de relojes de que a mí lo que me gustaban eran las joyas, me dijo que él era *expertise*. Me vendió que era un gran economista. Y ahí que me vi, haciendo joyas en plena crisis de 2008.

Cuando yo le presenté los bocetos, me habló de unos números que no eran reales: según él, íbamos a facturar dos millones de euros en dos años. Y me dijo que yo me dedicara a dibujar, que él llevaría los números. Pero es que para aguantar una producción de joyas en oro rosa hay que tener mucho fuelle. Y en todos los sitios querían que lo dejáramos en depósito. Eran joyas de veinte mil euros y a la gente no le dábamos ni un diamante. Era desorbitado. Y me dejé convencer.

Soy una obsesa de la perfección si va a venderse —si es para mí me da igual—, pero no me dejó hacer bien las joyas porque *Vogue* nos prometió sacarlas si se las dábamos rápido. Y las joyas salieron. Cuidé cada detalle con la idea de que todo tuviese larga vida. Me interesa que las cosas duren, lo efímero no vale nada.

Hice varias colecciones, pero todo era muy caro y había una crisis bestial. Y empecé a ver cosas en el *expertise* que no eran normales. Al mismo tiempo conocí a mucha gente del sector que me enseñó todo lo que sé de joyería. Al final acabó pasando de todo con este hombre. Le habíamos puesto hasta un apartamento, y de un día para otro nos denunció. No tengo más que decir. Yo por aquel entonces no tenía ni tarjeta de la empresa, y me presenté en el banco a ver qué pasaba con el dinero. Y menudo ostión nos llevamos. En ese momento dejé de hacer joyas. Fueron años bonitos porque hice amigos y aprendí un oficio, pero pagué la novatada de fiarme a ciegas de alguien.

Después, cansada del tema y tras haberme dado un tiempo, me fui una temporada con Roberto Verino a hacer joyas para sus desfiles. Roberto es *galego* y yo me llevo muy bien con él, como con Adolfo [Domínguez]. Es como que esa idea de la moda lenta, de las arrugas, del tiempo, casa muy bien conmigo. Y me encargó trescientos broches, que hice como una china sentada durante doce días, pegando los broches de seis de la mañana a seis de la tarde. Con perdón de las chinas, ¿eh? Y en 2021 me llamaron para saber si me interesaba hacer otra cosa de bisutería para una casa que no me acuerdo del nombre, pero en realidad lo que querían era que llamara a Victoria Federica para no sé qué movida de influencer porque es familia de mi exmarido. Y yo no tengo su número ni lo quiero tener. Mi aventura con las joyas es agridulce.

Aunque haya gente que no se lo crea, a mí me cuesta muchísimo mi trabajo. Llevo haciendo ropa desde los quince años. Cuando empecé a hacer vestidos de novia y llegaba a los talleres, me miraban por encima del hombro. Creían que era otra más con un nombre y que sacaba provecho de algo que ni hacía. Y no me respetaban. Ahora ya saben que no es así. Son muchos años en el sector: haciendo y mirando. A veces se creen que por ser joven no puedes haber hecho esto o aquello.

Las cosas hay que hacerlas con pasión. Yo diseñaba ropa para una persona, luego hice de consultora de algunas firmas… me encanta que me pidan ayuda. Soy muy dispuesta, mi cabeza conecta cosas muy rápido. No entro en si son bonitas, feas, pasadas de moda… Y de pronto me vi en el salón de mi casa dibujando vestidos de novia al aire. Y así comenzó mi aventura nupcial.

Empecé con ideas muy revolucionarias, pero nadie se quiere casar con camisas y cosas así. Y aunque tengo libertad, aprendo de cada clienta. Y así, año tras año, sigo. Pierdo dinero, hago horas de más… pero me compensa ver a la gente guapa, segura, contenta… A veces llega alguien, pasamos un rato encantador hablando de la vida y después se va sin vestido. El que se quiera quedar va a estar a gusto. Nunca he tenido problemas con las clientas. Me gusta hablar, conocer, estar.

Somos personas y hay que hacer equipo para salir adelante. En todos los sentidos. El máster más caro de la historia ha sido el mío. Aprender, aprender y aprender. La vida me ha regalado no tener ni idea de nada porque sabía que no iba a saber hacerlo de otra manera. Y no tanto aprender a hacer cosas, sino a desprenderme de ellas. Porque lo que veo es que cada vez necesito menos. Y eso lo sé porque la vida me ha permitido verlo. La vida te da para luego quitártelo y que no tengas miedo. Porque yo sé hacer dinero, claro que sé. Yo podría hacer un estilismo diario, promocionar zapatillas o lo que sea. Pero eso no es mi vida. Todo es monetizable. El alma, las personas… Yo soy más de trueques. Y de hacerlo a mi manera.

Martina
Klein



Una vida remando

COMO UNA NIÑA CON EL PELO MOJADO

Se encendió la cámara y ahí estaba: Martina Klein, esa figura que ha desfilado por pasarelas de medio mundo y ha posado para los mejores objetivos nacionales e internacionales, también guarda un rincón especial en su corazón para su niña interior. Con el pelo mojado, sonriendo, me dijo: «¿Qué te cuento? Que ya he hablado con todas y nos vamos preguntando qué tal con Luis». Aunque la moda y las luces brillantes han sido su escenario, detrás de todo eso Martina es realista y sincera consigo misma.

En este viaje de la vida, Martina ha experimentado cambios significativos. A los Reyes Magos, como me contó, desde hace años les pide lo mismo: la normalidad, la posibilidad de reunirse con familiares y amigos más a menudo para celebrar con música y risas. La salud, por supuesto, es un deseo fundamental. El resto, según ella, ya lo tiene. «Mi carrera no ha sido por todo lo alto, pero, joder, piensas en modelos españolas para escribir un libro y me metes a mí. Ya con eso me doy por satisfecha», me confesó.

La cámara seguía grabando, pero lo que destacaba no era la figura de una supermodelo. Era la mujer real, sin artificios, despojada del glamour que tantas veces ha envuelto su vida pública. Martina Klein se mostraba accesible, cercana, con ese brillo que no proviene de los focos, sino de una autenticidad que a veces las cámaras no logran capturar.

En su sonrisa, un atisbo de nostalgia se mezclaba con la serenidad que solo los años y la experiencia pueden otorgar. Me hablaba como si nos conociéramos de toda la vida, algo que me desarmó y me hizo bajar la guardia. «Me da la risa porque siento que llevo toda una vida pidiendo lo mismo. Es como un ritual. Pero lo que más quiero es lo sencillo, lo que de verdad importa: la normalidad. Tener tiempo para mis amigos, mi familia… No hay mayor lujo que eso». Ahí no veía a la modelo que ha trabajado con las mejores marcas del mundo y ha aparecido en portadas y anuncios internacionales. Veía a una mujer que, como cualquiera de nosotros, anhela lo que de verdad importa. Martina se movía con esa mezcla de humildad y seguridad que solo tienen quienes han recorrido un largo camino.

Sentí que esa preentrevista fue mucho más que un simple intercambio de palabras. Fue una invitación a conocer a alguien con los pies en la tierra, y para mí, el comienzo de una conexión especial.

Martina Klein no tardó en abordar un tema que para ella ha sido fundamental en su carrera: la diversidad corporal. Es algo que ha defendido no solo con palabras, sino con su manera de vivir y de trabajar. Con una mirada sincera y apasionada, me contó cómo, a lo largo de los años, ha observado con frustración la imposición de unos estándares de belleza restrictivos y, a veces, inalcanzables. «Durante mucho tiempo nos dijeron que solo había una forma de ser bella. Que el éxito en este mundo dependía de encajar en esa fórmula… Pero ¿quién decide eso realmente?», preguntó, no tanto a mí sino a la industria entera.

Martina ha usado su plataforma para promover una visión más amplia, más inclusiva de lo que significa ser atractivo o exitoso en la moda. Para ella, cada cuerpo tiene una historia que contar, y esa diversidad debe reflejarse en las pasarelas, en las revistas, en las pantallas. «El poder de la belleza no debería residir en una talla o en una medida, sino en la autenticidad. Y eso es algo que he intentado defender cada vez que he tenido oportunidad. Tenemos que romper con esas cadenas», añadió, con tono firme pero lleno de esperanza.

Lejos de ser alguien que simplemente acata las reglas de la industria, Martina ha hecho de su carrera una plataforma para impulsar el cambio. Se ha convertido en una voz que lucha por una representación más honesta, por un espacio donde todas las personas se sientan vistas y celebradas. «Si solo mostramos un tipo de cuerpo, estamos enviando un mensaje muy claro a las generaciones jóvenes: que hay algo mal en ser diferente, y eso no puede ser».

Con cada una de sus palabras sentía que estaba ante una persona que, más allá de haber triunfado en un mundo tan competitivo, está comprometida a hacer de ese espacio uno más inclusivo y real. Así, podríamos decir de ella que ha sobrevivido con cuerda al modelaje y sigue explorando la vida con una mezcla de valentía y ternura. Su niña interior, ahora reflejada en su hija más pequeña, le recuerda la belleza de crecer y adaptarse a cada estación de la vida.

«Soy la última de todas que ha contestado. Voy a ver cómo te lo cuento para sorprenderte». Y yo asentí, dispuesto a escuchar una vida en la moda con sus luces y sus sombras.

Y Martina empezó a contar mientras se le secaba el pelo. Al aire.

***

Las revistas y los diseñadores siempre nos han ido reuniendo a todas. Se iluminan y dicen: «Uy, la generación de los noventa», y allá que vamos. Todas seguimos relacionadas con la moda de una forma u otra, pero en 2014 me llamó David Delfín diciendo que quería fotografiar su nueva campaña con nosotras porque era un homenaje a las modelos de los noventa y que si me unía. Yo le contesté que mis medidas no eran las de mis amigas y que lo tuviese en cuenta. David me dijo que no me preocupara. Él era tan exquisito. Sabía hacerlo y montó su universo. Después de tantos

años de que nos dejara, siempre termina apareciendo por un lado u otro, y es bonito porque todos con los que hablo tenemos buenas palabras para él.

Me lo pasé genial en esa sesión porque con mis compañeras yo siempre me lo paso genial, además de que David y su equipo eran adorables, pero una vez más me sentía muy apretada en mi traje verde y es un fastidio pasarte la vida así. Estar apretada siempre es horroroso, pero si es un continuo puede llegar a afectar mucho. Es complicado estar en la moda al lado de unas sílfides y tener otras medidas, como me ha pasado a mí toda la vida. Hay que tener en cuenta que, en aquel momento, cuando yo empezaba, no había esta inclusividad corporal en la industria que a mí me parece maravillosa.

En esa sesión estaban también Bimba, que todos la queríamos mucho y con la que era un gustazo trabajar, y Pelayo, entonces la pareja de David. Hoy en día Pelayo es toda una referencia cuando pensamos en moda. Recuerdo que aquel día me abrí una cuenta en Instagram y la primera foto que subí es una en la que salimos los dos. Él ya debía de ser influencer. Tenía un blog y hacía sus primeros pinitos en Instagram. Ese día nació Martina Klein en Instagram porque él ya lo usaba y decía que había que tenerlo, que era el futuro. Yo me resistía, pero él me animó.

Fuera de la moda coincidía y coincido poco con mis compañeras, pero dentro siempre ha sido muy intenso y bonito. Nos queremos muchísimo todas. Siempre revolotea la misma pregunta: «¿Por qué no nos vemos más?». Pues porque la vida es así y no hay tiempo. Vivimos en ciudades distintas, y la excusa de que nos maquillen y posar nos da un entorno muy plácido para estar juntas…

Con Vero, por ejemplo, es diferente. He quedado con ella y con los niños y nos hemos visto en vacaciones, pero con las demás cuesta un poco. Es como que cada una tiene su vida y de vez en cuando nos damos el regalazo de juntarnos. Esto es con las compañeras nacionales, porque con las internacionales tampoco coincido mucho, tuve una carrera exterior más corta y todo ha llegado más aquí, en España.

Coincidía con las modelos internacionales cuando venían a nuestro país para desfilar. Un año Victorio & Lucchino trajeron a Naomi, yo todavía estaba en mis primeros años. Y me acuerdo de que Naomi, desfilando, enseñó una teta. El vestido no se rompió solo, ella se sacó la teta. La prensa española se volvió loca y al día siguiente salió en todas las portadas. A Naomi le daba todo igual. Todo por un titular. Recuerdo esa fiebre tan noventera que ya no ha vuelto a pasar, ni creo que vuelva a pasar porque vivimos en otro mundo.

Otro año vino Elle Macpherson, y yo, desfilando, me tropecé y me caí. Y la que venía detrás era ella, que es una tiarrona increíble, australiana y con un cuerpo que te cagas. Me ayudó a levantarme y me sonó los mocos de «me he caído en plena pasarela», consolándome y dándome consejos para que no me volviera a pasar. Cada uno es como es, y eso se refleja en cómo reaccionamos en nuestro entorno laboral. Quizá si la que venía detrás no hubiera sido Elle sino otra, no habría estado tan encima de mí para que me tranquilizara… pero ella llevaba ya mucha experiencia y sabía lo mal que me sentía. Y para colmo me pasó con Victorio & Lucchino, que era bestial en aquel momento. Toda la prensa se pegaba por un asiento en aquel desfile; luego ya no, pero cerraron Cibeles muchos años. Eran el broche de oro. Era como que cuando Victorio &

Lucchino se ponían, que se parara todo. Sabían hacer belleza con sus trajes, y seguro que eso no ha cambiado, pero como que lo reventaron todo en los noventa y hoy, quizá, las personas buscan otro rollo… No lo sé. En Madrid tenían un poder impresionante. Y sus desfiles molaban mucho.

En Barcelona los desfiles también estaban genial porque se hacían en espacios diferentes a lo que te imaginabas para una pasarela. Buscaban, por ejemplo, la fuente del Montjuïc, y a lo mejor salíamos disfrazadas en plan la *dolce vita*. Las modelos extranjeras venían y decían: «¿Qué les pasa a estas?», porque nosotras estábamos planeando salir, hacer no sé qué sobre la pasarela, correr… Yo la parte de actuar la vivía con mucha ilusión, y cada vez que nos pedían hacer algo distinto yo era la que me entusiasmaba y las demás me frenaban un poco porque las empujaba a ponerse a actuar.

Hicimos un desfile increíble para Guillermina Baeza en la Bolsa de Barcelona, que dentro tiene un mobiliario barroco precioso, y escaleras que suben y bajan. Como ella es de ropa de baño, nos pusieron las pelucas al estilo María Antonieta, un lunar y todas pintadas de blanco, y vestidas con lencería teníamos que correr por allí con una música que era el resonar de unos pasos. Y, claro, yo salí como sacando la cabeza primero, como una niña jugando, expresando mucha curiosidad. Y el resto pensó: «¿Qué hace la Klein?». Todas tuvieron que seguirme en ese papel, y era divertidísimo exagerar porque un grupo de nosotras siempre empujábamos a otras para que fuera más dramático y divertido.

Otro desfile, también en Barcelona, lo hicimos en un gimnasio que tenía un ring de boxeo. Era un desfile de Lola Escobar, que era la

parte joven de Guillermina Baeza, e íbamos todas disfrazadas de Barbies Pin Ups. Estábamos todas. Judit, Vero… La Ponte no sé si estaba, porque si había que hacer eso ella se escondía debajo de una piedra. Donde yo me lucía, Laura Ponte quería que se la tragara la tierra. Con Laura no he coincidido mucho laboralmente, pero sí en cariño e intensidad. Ella es la cosa más buena que he conocido. Aunque tengamos caracteres tan distintos, estamos unidas por eso, porque somos distintas.

Ser de una generación que sigue en activo hace que no estemos solas. Creo que estamos donde estamos porque vamos todas en masa; si solo fuese una la que continúa trabajando no sería igual. Lo que fuimos y lo que somos nos mantiene a flote a todas a la vez. Aunque no hagamos las mismas cosas, formar parte de una generación nos hace flotar juntas. Somos mujeres, en ese sentido, estéticamente muy tranquilas. Ninguna nos hemos hecho grandes retoques y todas, a nuestra manera, vamos aceptando el paso del tiempo. No se nos ve desbocadas. Vivimos lo que nos toca.

Los cincuenta son complicados. Donde una aguanta muy bien a los cuarenta, a lo mejor a los cincuenta ya no, pero tengo la sensación de que somos un referente amable de cara al resto de mujeres y, si me apuras, también para los hombres. Ahí estamos, cumpliendo años ante las cámaras, lo cual es complicado dada la efimeridad de la moda. Pero creo que es porque tenemos sentido común.

En mi caso, he tenido un sentido común tan bestia que me he mantenido igual siempre. A todos los niveles. No voy a negar que he visto señoros revoloteando con ganas de carne fresca y a mucha niña con necesidad de salir de un círculo de miseria, con su buen

porte y belleza. Ahí se juntaban el hambre con las ganas de comer, y había que estar muy atenta a lo que pasaba alrededor, formar parte de círculos sanos y estar representada por agencias serias y con la responsabilidad de cuidarnos. Las agencias con las que he estado me han cuidado mucho, a pesar de haberme maltratado sin querer. Los cánones de belleza eran los que eran y yo no terminaba de cumplirlos, cosa que se me decía muy a menudo. Eso, hoy en día, no es precisamente tratar bien a una persona. Pero es la moda, y no encuentro la forma de decirlo de otra manera.

Estoy tratando de buscar el equilibrio para expresar que nadie es culpable de lo que me pasó por no entrar en los cánones del momento, pero había un maltrato hacia mí y hacia muchas compañeras por ese motivo, y no sabíamos que era maltrato porque todas trabajábamos en ese sector. Es como si tú trabajas en una fábrica y no cumples. Te lo dirán, te lo exigirán. A nosotras nos exigían ciertas medidas porque era necesario para formar parte de la maquinaria y que esta funcionara, pero cuando esas medidas están tan cerca de tu salud mental, eres frágil. Por eso hay tantos juguetes rotos en este mundo, que quizá ni lo saben o no lo cuentan. Y no hay un claro culpable.

Hemos amado la moda y la seguimos amando, pero creo que para muchas de nosotras ha sido una máquina de tortura disfrazada de purpurina. Y esa tortura se ha extendido también a la sociedad. Es un mundo muy difícil de seguir.

He pasado toda mi carrera luchando entre mi sentido común y las exigencias externas. La moda me pide que adelgace, no lo sé hacer; la moda me pide que cambie algo, tampoco sé hacerlo. Y no hay nada de malo en ello. Cada uno somos como somos, pero entonces

era como que yo quería que la maquinaria se disparase, aunque yo no estaba a punto. Por eso la sensación de ir remando y tirando hacia adelante sin parar de remar. Es frustrante, y no me atrevo a decirlo con la boca muy grande porque tengo una carrera detrás, pero es que yo siempre pienso que tengo una potencia que, si no hubiera sido necesario un culo de noventa centímetros y me hubieran dejado uno de cien, me habría comido el mundo. No sé si se me estará entendiendo.

Los cánones nunca me han favorecido para volcar mi energía creativa, porque cuando uno posa está exteriorizando y enseñando una parte muy íntima. Pero si te aprieta el pantalón todo el tiempo y te amenazan con que si tú no lo haces lo hará otra, porque hay ochocientas más esperando a ser fotografiadas… pues te invade la sensación de que llevas treinta años en la moda y sientes orgullo, y a la vez no sabes si estás llena después de tanta lucha. No soy como Judit, porque ella es una bestia y se lo cree, y cómo lo dice. Todas flipábamos con ella. Seguimos flipando. Quería ser la más guapa en la pasarela y lo conseguía. Yo la admiro muchísimo por eso.

Es cierto que en España hemos sido una generación muy mimada y siempre era muy divertido todo porque, si había que ir a la Expo, nos metían en un tren a todas las modelos y nos íbamos. Cuando abrieron Port Aventura, fuimos a presentar los uniformes de las empleadas del parque. La excusa era una porquería porque nos iban a poner un uniforme, pero era como «nos vamos de excursión y el parque estará cerrado para nosotras».

La cosa es que nos fuimos a Port Aventura y nos subimos al Dragon Khan porque el desfile era por la tarde y nos dejaron dar unas vueltas por allí toda la mañana. Nos vistieron de mexicanas, del

Oeste… de las diferentes zonas del parque. La pasarela era recta, una escalerita y otro tramo recto de nuevo con la prensa al final. Yo salí de mexicana con otras dos chicas, yo en el medio, y me caí bajando el último peldaño. Segunda caída de mi carrera. En la televisión se veía a tres pibones caminando y que una desaparecía de repente, y a mis dos amigas rescatándome del suelo. Todavía me duele la rodilla de esa caída. Y todavía la siguen sacando en TV3 cuando hacen un especial de caídas sobre la pasarela. Menos mal que no había redes sociales, porque hubiera sido carne de meme.

Siempre he sido muy artista y muy payasa, y de pequeña nunca se me ocurrió ser modelo. En Argentina me encantaban las clases de música y de arte dramático que teníamos en primaria, y una profesora mía de teatro, que, no sé por qué, tenía relación con ciertos castings que se hacían para anuncios, le comentó a mi madre que podía valer para hacer publicidad. Mi madre, al principio, soltó un NO rotundo, pero poco a poco fue entrando en la idea. Fuimos a un casting. Yo tendría nueve años y mi hermano cuatro, y cogieron a mi hermano, por lo que se me quedó la espinita clavada de haberlo intentado y no haberlo conseguido.

Nos vinimos a España unos años después de aquello. No vivíamos en una situación precaria, pero eran los comienzos en un país nuevo de una familia de clase media. Teníamos lo que nos habíamos traído de Argentina y poco más. Mi padre tenía trabajo y mi madre no, por lo que era un modo de vida muy sencillo. No había lujos. Y entonces me vino a la mente aquella profesora que quiso meterme en el mundo de la publicidad. En Argentina no pudo ser, pero quizá en España fuese diferente…

Yo quería ayudar a mi familia y comprarme una bicicleta, mi ropa… En aquel momento, mis padres tenían un amigo cuya hija hacía un catálogo de ropa infantil que se llamaba *Ragazzería*. Es muy gracioso porque en ese catálogo salían todas las de Barcelona que luego fueron modelos, actrices… Y ahí fue cuando empecé a flipar yo con este mundo. Allí coincidí con gente como Vanesa Lorenzo, que tenía la misma edad que yo, unos trece o catorce años, y llevaba ya bastante trayectoria detrás. Empezó muy jovencita. Tenía esas facciones tan aniñadas y una anatomía diferente a la mía.

Poco a poco mis padres se fueron informando y visitamos un par de agencias que querían que pusiéramos dinero para empezar a llevarme. Era algo un poco raro y lo dejamos correr. Sí que es verdad que fui a una agencia que más adelante me llevó, y subí las escaleras para hacerme unas fotitos y nunca me llamaron. Pero es que este mundo va así. Si lo buscas, raramente lo encuentras.

Lo que pasó fue el tiempo, y a los quince años acompañé a una amiga mía que era monísima y tenía posibilidades de trabajar de modelo. Ahí fue cuando me pararon y surgió mi oportunidad sin buscarla. «¿Y tú por qué no te apuntas? Tu vida puede cambiar», me dijo la mujer que estaba allí seleccionando a las chicas. Yo le dije que ya lo había hecho y nunca me habían llamado, pero volví a inscribirme y pasó algo. Aquel día, mientras estaba allí sentada, vi que Judit Mascó subía las escaleras para ir a cobrar. Yo tenía pósteres de Judit en la pared de mi habitación. No sé cómo explicar lo que sentí al verla. Era un icono ya por aquel entonces.

Después de aquello, mi vida cambió, sí. Tardó unos años porque empecé desde abajo, haciendo muchísimos castings, y por eso me da la sensación de que mi carrera ha ido muy despacio, lenta y sin

excesos. Hice ochocientos castings hasta que me cogieron para unos supermercados de Mallorca que se llamaban Tiburón. Un negocio horrible. También me llamaron para una figuración. ¿La que salía allí al fondo que sacaba la cabeza? Yo. O para una campaña de helados de la Generalitat o de figurante en el videoclip de Mecano de «Una rosa es una rosa». Mecano en aquel momento eran lo más, pero siempre era como que yo estaba atrás, atrás, muy atrás. ¿Que había que hacer de bulto para no sé qué? Pues me llamaban. Y yo iba.

Poco a poco fueron saliendo cosas y los castings me empezaron a funcionar. Fui a ver a Ferrater, que era un fotógrafo muy reputado aquí en Barcelona, pero no recuerdo si primero le vi a él o a Otto Muro. Tenían objetivos similares. Todo muy vanguardista, muy catalán. Diría que hasta podrían confundirse. La cosa es que si le gustabas a uno, las agencias te empezaban a mover porque le ibas a gustar al otro. En Barcelona hacían rueda porque la ciudad era un hervidero de creatividad. Y ahí empezó mi segunda etapa: te descubren los fotógrafos. Que en mi caso no fue descubrirme, porque yo estaba allí: «Hola, ¿qué tal?». Tenía quince años entonces.

En uno de esos castings fue donde conocí a Verónica. Todo eran chicas de diecisiete y dieciocho años y al fondo vi a una niña monísima que parecía más joven, y nos miramos y nos reconocimos como las pequeñas entre toda aquella masa. Y fuimos hablando, luego llegó el concurso de Supermodelo y volvimos a coincidir muchas veces, y así casi toda nuestra vida. También hemos vivido muy cerca siempre. En Barcelona ella vivía en Gracia, yo también; cuando Vero se mudó a Madrid, yo estaba currando y viviendo allí… Hemos estado, desde siempre, muy cerca. Vidas cruzadas. Y en la

actualidad nuestras carreras están relacionadas. La gente, en su imaginario, cuando piensa en Verónica Blume lo hace en Martina Klein, y al revés. Es como que seguimos estando muy unidas. Yo creo que la gente se piensa hasta que somos primas.

Conforme me iban saliendo los castings y mis primeros trabajos, mis padres me pusieron la condición de acompañarme a todas partes, que me parece genial lo que hicieron porque es cierto que hay gente muy responsable y otra muy irresponsable. Y no hablo solo de abusos. Estamos en un mundo en el que te tratan como si fueras adulto y eres una niña. La gente no tiene tacto ni en lo que dice ni en cómo lo dice.

Esa era una condición, y la otra terminar el instituto y aprobar la Selectividad para dejarme esa puerta abierta. Me pareció correcto, pero llegó un punto en el que trabajaba tanto que faltaba a clase la mitad de los días y aquello se estaba volviendo difícil de sostener. En tercero de BUP me prestaron todos los apuntes, luego tuve profesores de refuerzo, la Selectividad la preparé relativamente… Llegué a la conclusión de que si quería ser modelo, mi vida como estudiante iba a tener un tiempo corto.

Yo quería estudiar Historia del Arte, pero la nota solo de daba para entrar en Historia, que me gustaba menos. Así que me apunté en una escuela privada en Barcelona para estudiar Diseño de Interiores y estaba muy entusiasmada. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Iba a estudiar? Mi realidad era otra. Tuve que decidir y elegí trabajar, quise darme una oportunidad.

A partir de aquello viví no pocas experiencias por ahí. Londres, Milán, París… Mi agencia madre tenía otras agencias satélites. Fui a Londres a un montón de castings, no funcionó y me volví. Fui a

Milán, miles de castings, no funcionó y me volví. Ninguno. Eso me fue creando ansiedad porque mi cuerpo empezó a desarrollarse de más para lo que pedía la moda del momento. Por mi parte había muchísimo entusiasmo, pero por parte de los demás solo me encontraba una realidad: que no cumplía con la delgadez exigida. Los cánones que se pedían eran diferentes a los míos: «Eres monísima, pero no encajas».

Una situación bastante extraña que tuve fue con Gilles Bensimon, que era uno de los grandes fotógrafos de los ochenta y los noventa y trabajaba mucho para *Elle*. Me dijo que le gustaba y que quería trabajar conmigo. Me hizo una ilusión enorme que Bensimon me propusiera eso… todas las grandes habían sido fotografiadas por él. La cosa es que me citó un miércoles y mi madre y yo cogimos un avión de Barcelona a París.

En esa sesión buscaban caras nuevas y fueron los comienzos de algunas como Laetitia Casta, que se encontraba allí. Estaba acabando de nacer, tendría trece años, pero ya debía de haber hecho Jean-Paul Gaultier y esas fotos en la playa que la catapultaron, y estaría a punto de conocer a Saint Laurent.

Total, que Bensimon se torció el pie y la sesión se cambió del miércoles al viernes, y mi madre se tuvo que volver a Barcelona a trabajar y me dejó al cuidado de Valeria Maza, que era otra bebé, tenía diecisiete años, pero como era argentina mi madre se fiaba mucho de ella. Valeria luego dio el pelotazo también.

Falté dos días más a clase para que me fotografiaran una sola vez, y me vine muy triste porque Gilles Bensimon se enamoró de Laetitia Casta delante de mis narices y no paró de fotografiarla en todo el día. Como que desbloqueó a una musa y no era yo. Y la tristeza es

inevitable porque se te queda la espinita de: «¿Y por qué yo no?». Y más en esta industria, en la que tu material de trabajo eres tú misma.

Así ha ido mi carrera. No sé cómo explicarlo. No puedo quejarme porque me ha fotografiado Gilles Bensimon, pero lo mismo me pasó con Peter Lindbergh. Es un «vale, lo hice», pero nunca lo he petado muchísimo. Siempre me quedaba a medias, como cuando tú quieres seguir jugando y el otro te dice que ya no más.

En una de esas idas y vueltas decido instalarme en París, pero yo trabajaba muy bien en España y no tenía paciencia. Además, mi novio estaba en Barcelona, con el que había empezado a salir a los quince, así que me iba a París, aguantaba dos semanas haciendo mil castings, no me salía nada, me llamaba El Corte Inglés y me volvía. Siempre fue así.

Mis compañeras han tenido que volverse con un portfolio de fotos hechas en el extranjero, pero yo no. Y por eso no tenía paciencia para aguantar fuera, porque en España tenía trabajo todo el rato y allí estaba parada, yendo de arriba abajo sin conseguir nada. Y en un piso de modelos, que no es el mejor sitio para vivir.

Los pisos de modelos eran horrorosos. Yo ya tenía ahorros y ni quería ni podía aguantar las situaciones que se daban allí, y encima tan lejos de casa. Estuve una semana en Nueva York en uno de ellos y dije que nunca más. Qué triste todo. Te desaparece la ropa, te desaparece la comida… Que de repente te hagas una amiga y justo a esa la envíen a trabajar a la otra punta del mundo y ya no la vuelvas a ver… Las maletas deshechas y todo el día pendiente de qué consiguen las demás y tú no. En esos pisos reinaba una sensación de desamparo y soledad total.

Yo prefería alquilar un piso para mí, pero se me iba el dinero volando porque era una inversión absurda si no me salía nada. Y fuera yo no terminaba de cuajar. Por eso mi carrera internacional es muy suave. Sí que es cierto que apareció Peter Lindbergh y eso cambió bastante la historia.

En fin, que yo iba y volvía. Estaba una semana en Nueva York, no aguantaba y me iba a París, y de ahí a Barcelona porque no soportaba no hacer nada… Lo máximo que estuve en París fueron seis meses. Y en una de esas me llamaron de la agencia Elite para hacer un calendario de nuevas caras, y el fotógrafo era Peter Lindbergh.

Hubo una sesión de fondo blanco con camiseta negra y otra de fondo negro con camiseta blanca. Camiseta blanca con pelo recogido y camiseta blanca con el pelo suelto. Y le gusté a Lindbergh. Entonces hice unas pruebas recogiéndome el pelo para ver si podía hacer cosmética. Tenía dieciséis años y yo delgada, delgada nunca he sido. «Bueno, a lo mejor dentro de unos años puedes funcionar para cosmética», me dijeron. ¡Mierda! Podría haber sido imagen de algo de cosmética para Peter Lindbergh…

Hice dos editoriales con él para el *Vogue* Italia con otras *new faces*. Siempre corales. Uno de camisas blancas masculinas muy chulo y otro que era una cosa de Pina Bausch, una coreógrafa alemana muy conocida, y nos vistieron de bailarinas, así de negro, y teníamos que movernos frente al objetivo. También quedaron muy chulas.

Peter era divino. Era como un *tiet* al que ves de vez en cuando y te trata con cariño, un familiar bonito, grandote, amable y con una mirada muy noble. La mirada de Peter Lindbergh era celeste y

grande, preciosa. La magia es cuando trabajas con alguien y sabes que te va a sacar lo mejor, y por eso estás relajada y no tienes que hacer nada. Y él tenía mucha magia.

Ahí, en esa sesión, el estilista o alguno del equipo le dijo a mi agencia que si yo no bajaba de peso no podría seguir trabajando con Peter Lindbergh. Nunca volví a trabajar con él. Tampoco fui consciente de haber bajado de peso. Era sutil lo mío con el peso, pero esa sutileza te hace despuntar o no en este mundo. Me ha pasado más veces y fue frustrante, pero bueno, esa puerta se cierra y se abren otras. Siempre he sido de ir labrando mi carrera a través de esas cosas alternativas, con las que no esperas dar el pelotazo y luego sí que tienen relevancia.

Recuerdo, tras ese momento agridulce, que empecé a trabajar en plan intensivo con Jaume de Laiguana, un fotógrafo que en España no era muy conocido, y de repente despuntó y yo tenía muchísimas sesiones chulas que había hecho con él. Nos fuimos haciendo juntos. Él luego se puso a hacer videoclips con Shakira y Alejandro Sanz, pero al principio él era un fotógrafo que retocaba sus fotos e hicimos sesiones increíbles para *GQ* y algunas revistas así más pequeñas.

De la alternativa siempre me salían buenas oportunidades y contactos maravillosos aquí en España, pero yo quería seguir intentándolo fuera. Se me resistía y yo quería eso, quería ser una internacional, por lo que me di otra oportunidad.

Me establecí en Nueva York cuatro meses, aunque seguía volviendo a casa porque me desesperaba esa ciudad. Era demasiado jovencita, quizá. Era el año 2001. Mientras estaba allí me salió una campaña de Wonderbra que iba a fotografiar Bruce Weber. ¡Aquello era muy fuerte! ¡Bruce Weber y ese sujetador que estaba llegando

para revolucionar el mercado! Me volvían loca sus fotos y me hizo mucha ilusión.

Llegamos a hacer la campaña, pero después de dispararla atentaron contra las Torres Gemelas. Tengo fotos de Bruce Weber con las tetas por el cuello con varias chicas y chicos promocionando Wonderbra, pero nunca llegaron a salir. Claro, de qué me voy a quejar yo. La gente se estaba muriendo en las calles de Nueva York, nadie sabía qué iba a pasar, cómo iba a terminar aquello, si se iba a desatar una guerra mundial… Solo podía dar gracias de no estar en ese sitio a esa hora, pero, claro, no puedo evitar que me joda que nunca salieran esas fotos.

No me acuerdo mucho de aquella sesión porque con esos equipos solía ser todo bastante caótico, pero sí recuerdo que Bruce se rodeaba de efebos: tíos molones en calzoncillos. Nosotras éramos supercomplementarias, a pesar de que la campaña era de sujetadores. Nos había rodeado de pibones. Él fotografiaba a sus musos y a esas tipas en sujetador porque le pagaban muy bien, pero su estímulo eran ellos. Nosotras no le decíamos nada. Completábamos la foto. Pero estuve allí. Callada en un ladito.

Yo siempre he sido muy formal. Ni hice amistades en Nueva York ni salía mucho. Estaba supersola, en mi piso y currando muy poquito pese a todos los castings que hacía. Estábamos en plena era del grunge, Kate Moss triunfaba con esa altura que no llegaba a los estándares que nos habían vendido y su cuerpo tan propio. Y yo, con mis tetas, mi culo y mis piernas, no acababa de fluir ni encontraba mi lugar. Mi tiempo invertido no daba ningún resultado. Sí, algún desfile, alguna campañita, pero nada que me indicara que estaba en el lugar perfecto y en el momento adecuado para que

alguien disparara mi carrera. Más bien al contrario, tenía esa sensación de no querer más. De hecho, en ese momento lo dejé.

Le escribí una carta muy sentida a la dueña de mi agencia diciendo que nadie me valoraba por lo que era, sino por cómo era. ¿Hola? Estás trabajando de modelo, pequeña Martina, ¿ahora te das cuenta? Estaba muy frustrada, triste y con una autoestima sobre mi cuerpo muy fea. Entonces me puse a estudiar Arte Dramático, hice un curso de pintura y otro de creación literaria. Y me empezó a molar todo otra vez porque yo soy muy artista y todos los estímulos artísticos me encienden.

Perdí un poco de peso de forma involuntaria y comencé a trabajar en la TV3 con Jordi González en su programa. Era colaboradora y leía los fax que mandaban a *Las mil y una*. Hasta entonces yo no había hablado en catalán, y di el salto y decidí ponerme a hablar catalán en la tele, nada más y nada menos.

Ahí empezó otra etapa más dulce porque ya no quería encajar en lo que no iba a poder encajar. Volví a desfilar, pero ya cuando me buscaban. Me corté el pelo muy cortito y me fui seis meses a París. En España había ganado el concurso a la Mejor Modelo del Año 2000 que organizaba la Pasarela Cibeles. Tengo unos saltos mentales increíbles, no sé qué hice en esos años, pero en París trabajé bastante y me iba tirando a bien, tanto allí como aquí, hasta que en 2005 nació mi primer hijo y gané veinte kilos durante el embarazo. Eso fue un parón, claro, pero muy bien aprovechado y disfrutado.

Tras ese parón volví a desfilar y a hacer campañas chulas. Me llamaron para Olay, Pantene, Reebok… Poco a poco fui dejando la pasarela porque no me apetecía ya. Me divertía desfilar, no diré que no, pero siempre tenía la cuestión de que todas eran más altas y

más flacas y me veía muy embutida en mi cuerpo. No acababa de sentirme a gusto. Así como Laura no disfrutaba desfilando, yo muy pocas veces me he sentido feliz haciendo mi trabajo. Necesitaba un empujón de vez en cuando. Primero esa sensación de no pertenecer ni estar a la altura y, después, esa súplica de si pertenezco y estoy a la altura para este trabajo: «Dadme *feedback* de que todo está bien».

No puedo decir que me fuera mal. Es más, sigo viviendo de esto. Ya me diréis cuántas siguen viviendo de esto, pero mi impresión es que nunca ha sido nada bestia ni explosivo. Iba remando mucho, nunca he soltado los remos y me he dejado llevar por las mareas, porque a saber dónde hubiera acabado.

Durante esa época me invitaron a un cumpleaños y, no sé por qué, nos pusimos a contar chistes. Por aquel entonces Dani Écija era la pareja de Vanesa Lorenzo, a la que conocía de muchísimos años, y él es uno de los fundadores de Globomedia. La cosa es que me vio rodeada de gente de la moda contando chistes y se iluminó: ahí nació *El club del chiste*. Y otra vez volví a la tele mientras seguía haciendo campañas, por lo que tuve que mudarme a Madrid con mi pareja y mi hijo Pablo.

En Madrid me hice un grupo de amigas muy guay, vivía en un sitio precioso en unas antiguas caballerizas en el barrio de los Austrias, pero mi situación familiar no era todo lo bonita que me hubiera gustado y, aunque tenía un niño pequeño que me hacía muy feliz y mi trabajo iba rodando, todo se mezclaba con una sensación: «Esta relación debe terminar». Eso que a veces sientes de que todo va bien fuera y cuando entras en casa todo se desmorona, pues eso. Me separé y regresé a Barcelona con un hijo de cinco años. En

realidad regresé a Barcelona porque era mi ciudad y a donde siempre volvía. Sigo viviendo en Barcelona. Es mi eje. Y anclada a mi eje iba y venía, porque en lo laboral no me podía quejar. Y me lo pasaba muy bien. No voy a mentir.

Aquella era otra época, nos divertíamos, aunque a veces pasaban cosas muy raras. Nos encontrábamos sobre todo en los aeropuertos porque íbamos de aquí para allá sin parar. Una vez viajé a Portugal con Naty Abascal como estilista. Naty es divina. Tanto en su momento de modelo como en sus etapas posteriores, en las que se ha ido reinventando. Porque se le da bien todo. Tiene ojo, visión y sabe hacerlo. ¡Sigue colaborando con muchísimas publicaciones! Pero en aquella sesión contrataron a un maquillador que resultó tener un problema bastante potente con la heroína. Aquello estaba en auge, no era solo cosa del mundo de la moda. Las drogas estaban causando estragos. Aquel maquillador me dejó la cara hecha un cuadro, se quedaba dormido mientras trabajaba… y al final las fotos no pudieron salir. Fue algo dramático que nunca me había pasado. Tuvimos que rescatarlo de la habitación el día que nos íbamos de allí y todas las toallas estaban llenas de sangre. Y fue una sensación frustrante de nuevo. Iba a trabajar con Naty Abascal y no salió porque el maquillador era yonqui. ¿Hola? ¿Quién hay al volante de mi vida? Ya está bien, ¿no?

Campañones y desfilacos nunca he hecho, soy un poco impostora, pero aquí estoy. Una vez me metieron en un desfile de Alexander McQueen, pero no sé ni cómo. Fue en Londres, en un palacio, y el suelo se llenó de agua. Nos vistieron de monstruos con un flequillo blanco tapándonos la cara. Y tuve dos salidas. No fue más, pero desfilé para McQueen: lo puedo contar. Fue un momentazo de esos

que me guardo, a pesar de haber sido una modelo más entre todas las que tenía. No fue un número significativo ni supongo que el mejor look, pero lo disfruté y con eso me quedo. Porque me llamaron.

Yo he sido reconocida sobre todo aquí, en España. Y donde más nos hemos divertido ha sido también aquí, en España. Nos llegaron a llamar la atención. Éramos y somos todas muy amigas. Cuando me encontraba con Laura Sánchez o alguna de ellas sobre la pasarela y me sacaba la lengua, a ver cómo afrontabas tú el momento fotógrafos manteniendo la seriedad. Laura era la más rebelde. Se creaban momentos de «qué cabrona eres». Nos desternillábamos de la risa, era un gamberrismo total, pero éramos modelos de pasarela. La Ponte no daba juego a eso porque ella quería meterse en el *backstage* lo antes posible, pero Vero, Laura y yo podíamos ser muy fuertes si nos ponían juntas. Es que no sé cómo nos seguían llamando. Pero reírnos nos hemos reído mucho, al igual que nos hemos machacado mucho a nosotras mismas.

Yo me tengo mucha manía, no me quiero lo bastante. Igual el día que enseñaron eso en clase yo estaba volando a algún sitio porque tenía un trabajo. No soy mi mayor fan. Cuando hay una crítica negativa, me la creo antes que cualquier halago. Mi figura en el mundo, mezclando disciplinas, me ha mantenido viva a ojos de los demás. En esas épocas en que paro de ser modelo hago otras cosas. Cuando me quedé embarazada de mi primer hijo, le propuse a Joana Bonet una columna. Y me la dio. Entonces fui la modelo que escribe. Y después fui la modelo que escribe pero cuenta chistes en la tele. Era esa rareza, híbrida. Por eso siempre digo que yo soy un híbrido entre muchas cosas. Porque lo soy y lo necesito. Porque solo en la

moda me aburro; en cambio, que la moda me inspire para escribir y aparecer en otros formatos, sí. Quizá soy capaz de hacer eso por la educación que me dieron mis padres, por haberme formado lo que he podido y tener la seguridad de no estar diciendo tonterías todo el tiempo… No lo sé. Solo sé que, si algo soy, es una mezcla de todas las que he sido. Híbrida.

Laura Sánchez



Y dio
para gasolina

UNA MAÑANA EN UNA PLAZA DE MADRID

«Yo fumo mucho y hablo mucho», me confesó Laura Sánchez cuando se sentó en la mesa de la cafetería Santander de Alonso Martínez una mañana de febrero. Un febrero que nos permitía ver el sol entre los huecos de las nubes. Enfundada en su perfecto abrigo negro XXL con hombreras y detrás de sus Wayfayer —que, como dice la canción, «siempre quedan bien»—, dejó el portatrajes en la silla que nos sobraba. «Es que esta noche tengo la fiesta de Bibiana y he ido a recoger el traje a lo de Leandro», me dijo antes de liarse el primer cigarrillo. Después apoyó su bolso junto al mío. Era un puzle de Loewe en el que cada parte era un color, vivo, como ella.

Y en aquella plaza, café en mano, Laura empezó a contar… Cuando hablas con ella enseguida te das cuenta de que las sonrisas son habituales y el brillo de las palabras tiene algo detrás: la ilusión de la pasión. Y al poco rato apareció otro nombre en nuestra conversación: Pepa Miranda.

Cuando Laura me habló de su experiencia interpretando a Pepa Miranda en *Los hombres de Paco*, noté en su tono una emoción especial, una chispa que no siempre se enciende cuando recuerda sus desfiles o sus portadas. «Ese papel fue… distinto. De todos los premios y reconocimientos, interpretar a Pepa ha sido uno de los logros que más ilusión me ha hecho», me confesó con una sonrisa entre nostálgica y agradecida.

Más allá de su éxito en la moda, Laura encontró en la interpretación un espacio en el que pudo explorar facetas profundas de sí misma. El personaje de Pepa, una mujer fuerte, decidida y parte de la comunidad LGBTQ+, fue un reto que abrazó con pasión. «No fue solo un papel, fue una oportunidad para visibilizar a muchas personas que no siempre tenían voz en la televisión de aquel entonces», añadió. Su interpretación fue recibida con cariño y admiración, y logró conectar emocionalmente con una audiencia que se sentía representada.

«Lo bonito de ser actriz es que puedes tocar vidas de formas muy distintas», me dijo. Y, sin duda, lo logró. Para Laura, interpretar a Pepa fue un viaje de descubrimiento personal, un reto que le permitió transmitir empatía y romper barreras, algo que, según ella, ha sido tan gratificante como su carrera sobre las pasarelas.

«Más que con los aplausos, creo que me quedo con la sensación de haber sido parte de algo más grande, de haber ayudado a que quizá alguien se sintiera visto y aceptado en casa. Y eso, para mí, no tiene precio», comentó con una sinceridad que la hace aún más admirable.

Laura Sánchez es de esas personas que, desde el momento en que cruzan la puerta, cambian la energía de una habitación. No es solo su estatura ni su rostro inconfundible, que todos hemos visto en portadas, desfiles o en la televisión. Es algo en su forma de moverse, de mirarte directamente, como si te conociera de toda la vida. Aquella mañana de febrero, mientras el humo de su cigarrillo flotaba en el aire, me di cuenta de que detrás de la mujer que ha pisado las pasarelas más importantes hay una sencillez casi desconcertante.

«Me encanta hablar», me decía entre risas, con esa voz que tiene un eco de vida vivida, de confidencias compartidas entre bambalinas. Y era cierto, porque una vez que empezaba a contar algo podías ver cómo se animaba, cómo sus manos acompañaban sus palabras, moviéndose al compás de su entusiasmo.

Mientras apuraba el último sorbo de su café, me dejó una frase que se me quedó grabada: «Creo que, al final, lo importante es ser fiel a lo que uno es. Puedes cambiar de carrera, de ciudad, de vida incluso, pero si sabes quién eres, todo lo demás se acomoda». Y así, sin más, volvió a sonreír, con esa mezcla de sabiduría con una pizca de picardía. Luego agarró su abrigo y su bolso, lista para seguir conquistando el mundo, como ha hecho todos estos años, y con su mejor aliada: la sonrisa. Desapareció entre la gente y a mí me dejó feliz. Y ese es un estado de ánimo que no todo el mundo sabe transmitir.

***

Me acuerdo mucho de Pertegaz, siempre. Era tan humano. Riguroso, con técnica, un prodigio de la aguja… Nos trataba como personas. Sé que es algo que debería ser habitual, pero no siempre lo es. Hay diseñadores que distan mucho de mostrar humanidad, sobre todo con las modelos. Ahora pasa menos, lo veo porque sigo trabajando con la nueva generación de diseñadores, pero antes era bastante normal. Nos veían como maniquíes. Perchas. Hice varias cosas con él, pero hay unas fotos —de las últimas colecciones del diseñador— con Pepe Botella, un fotógrafo español que tiene una claridad increíble, con pamelas gigantes y tejidos maravillosos, que recuerdo mucho. Pepe Botella sabe lo que hace. A veces hay gente que parece que lo tiene claro, pero qué va. Pepe sí lo sabe. Fíjate si me gustan que tengo una de ellas en un marco muy especial y me la he llevado de aquí para allá en todas las mudanzas que he hecho en mi vida. Y luego tengo otra foto que es una portada que me regalaron las chicas de *Marie Claire* y aquello me hizo muchísima ilusión… Porque significaba que respetaban mi

trabajo. Era como un homenaje. En mi casa solo tengo esas dos fotos. No es como la casa de mi madre, aquello ya es un altar dedicado a mi persona.

Pertegaz era un maestro, contemporáneo de Balenciaga, y me gustaba mucho estar en su taller codo con codo con él, pero me encanta, y me encantaba ya hace años, colaborar con gente joven porque tienen mucho que aportar. Tienen ideas muy frescas y saben transmitir. Suelo ir al desfile del Centro Superior de Diseño de Moda de Madrid a ver qué presenta la generación de diseñadores que está por venir. Siempre colaboro con gente. A Leandro [Cano] lo conocí así. Él es un artesano que hace moda. Sus desfiles son una oda a la artesanía. Hice un shooting para él en una colección, me llevó a la Feria de Sevilla y me vistió como si fuera el nuncio papal. Unos dorados, unas capas. Eso sí, qué calor pasé a cuarenta grados, con el sol de Sevilla cayendo a plomo, pero qué bien me lo pasé. Había técnica detrás de aquello, había artesanía, estudio… En definitiva, un trabajo bien hecho. Me gusta el trabajo bien hecho.

Llevo toda la vida trabajando, pero contar mi historia se me hace raro porque significa que hay que tomar perspectiva. Yo nací en Alemania. Mis padres eran emigrantes que salieron de España a buscar trabajo en Europa y terminaron en Alemania como tantos otros. Estuve allí hasta los tres meses, que nos volvimos a Huelva y yo me quedé a vivir con mi abuela en el pueblo hasta que empecé el instituto. Mis padres tenían una tienda de ultramarinos en Huelva capital y venían a verme los fines de semana, pero entre semana no podían hacerse cargo de una niña pequeña. Ahí nació la Laura rural que a veces enseño en mis redes sociales. Soy las dos: la urbanita y la rural. Y un poco Willy Fog. Estoy empadronada en Madrid, pero

vivo entre Bilbao y Huelva. En Huelva tengo el huerto de mi padre, que sigo cuidando, y los animales. Y en Bilbao tengo a mi hija estudiando hasta que se vaya a Nueva York. Le encanta la moda, no sé de dónde lo habrá sacado. En casa no hay moda. Está claro que siempre ha sabido quién soy y a qué me dedico, pero no vale eso de que de casta le viene al galgo.

Me gusta ser esas tres Lauras porque las necesito. Madrid, Bilbao y el pueblo. Aunque en Madrid casi todo lo que hago es estar empadronada y paso mucho más tiempo por ahí. Es como que, si tienes saturación mental, vuelves al pueblo y se te pasa. Recoges las cosechas que da el huerto, cuidas de las gallinas, comes comida de mamá y todo es un poco mejor. Y te preparas para volver al mundo. A veces necesitamos desconectar un poco. A mí me encanta ponerme la ropa de trabajo y tirarme a ver qué me ha dado la tierra. Me viene desde pequeña. Esos orígenes rurales.

Mi infancia fue como la de cualquier niña de Andalucía. Iba al colegio, tenía mis amigas, me fui a Huelva ciudad cuando empecé el instituto… Ya te digo, somos una familia normal. Sin lujos. Trabajadores. Y yo luego he sido una curranta. Creo que es lo que nos une a todas nosotras, y que hemos llegado donde lo hemos hecho gracias a eso. Porque no hemos parado de currar. Me gustaría aclarar que yo soy la más joven de todas. Es broma, pero a la vez no. Me habéis metido entre todos en este saco de *tops* y yo llevo cuatro días, como aquel que dice…

A los catorce años recién cumplidos medía uno ochenta. Lo que mido ahora, casi. Claro, ahí fue cuando mi hermano y mi padre empezaron a decirme que por qué no me apuntaba a alguna agencia de modelos a ver si caía algo y me sacaba un dinerito. Yo trabajaba

por aquel entonces de lo que encontraba: cuidaba niños, entregaba los paquetes de la tienda de mis padres y me quedaba con las vueltas… me daba igual. Me gustaba tener mi dinero para mis caprichos. Y me pareció buena idea.

Luego siempre he sido igual. Niños he cuidado muchísimos. Ya cuando era modelo y trabajaba con Lydia Delgado, me iba yo a recoger a Miranda [Makaroff] al colegio y así ella podía seguir trabajando con las otras si era un shooting con varias modelos… Es que esas cosas no me han importado nunca. Disfruto haciéndolas. Además, Lydia es una amiga a la que respeto por su trabajo y su creatividad. Y a Miranda es que la he visto crecer. Ahora es una artista, pero a mí siempre me recuerda a esa niña que fue.

Lo que decía, con catorce años compré mi primer *Elle*, supongo que para meterme un poco más en situación y ver qué se cocía en el mundillo. Recuerdo que era un mes con dos portadas y estaban Laura Ponte, Vanesa Lorenzo, Verónica Blume, Martina Klein, Eugenia Silva, Nieves Álvarez y alguna más, seguro, divididas en las portadas. Unas iban vestidas y las otras posaban desnudas. Es que me acuerdo como si fuese ayer. Y para que se vea la idea que tenía yo de moda, recuerdo que dije: «Mira, mamá, hay una que se llama como yo». Fíjate. Y era Laura Ponte.

La agencia que empezó a formarme estaba en Sevilla, era lo más cercano que había. En Huelva esos mundos eran desconocidos. Ahora no sé si habrá algo, y eso que sigo muy vinculada a la ciudad, pero por aquel entonces tenías que irte a Sevilla, que está a una horita.

Íbamos todos los sábados y allí me enseñaban a desfilar, posar… un poco lo típico. Y después nos volvíamos a Huelva porque no

teníamos dinero para quedarnos en un hotel. De hecho, yo no pisé un hotel hasta que mi tía me preguntó qué quería para mi cumpleaños y le dije que pasar una noche en un hotel. Yo era una adolescente. Y de haber sabido por todos los que iba a pasar en esta vida, le hubiera pedido otra cosa.

En aquellas idas a Sevilla, mi padre se pasaba el día esperándome en el coche y leyendo periódicos. No era como ahora, que tenemos móviles. Él tenía periódicos y siempre recordaba que no había leído tantos periódicos en su vida como en esa época. No podía volverse a Huelva porque hacer cuatro viajes en el día era una pasta en gasolina, así que se quedaba allí. Esperándome. Me acuerdo mucho de él porque fue esencial en mi carrera de modelo. Su apoyo y el de mi madre. Cuando volvíamos a Huelva siempre me decía: «Ay, Laura, ¿nos dará para gasolina?». Y nos reíamos. Yo seguía estudiando porque quería ser veterinaria, pero si lo de modelo daba algo de dinero pues fenomenal.

En ese momento empecé a hacer castings en Sevilla. Solo me salían algunas cosas de moda flamenca. Primero todo eran pruebas. Que si un fitting en el que no me cogían, que si una prueba para Victorio & Lucchino en la que pasé todas las fases y al final no desfilé, que si algunas cosas gratis… Por la primera sesión que hice me pagaron lo que vendría a ser unos cuarenta euros y no fue nada del otro mundo, pero yo encantada con aquellos cuarenta euros, también he de decirlo.

En esa época fue cuando me presenté al concurso Look of the Year, que lo organizaba en Madrid la agencia Elite. Era la edición de 1998 y lo presentaban Eugenia Silva y Valeria Maza. Me intimidaban mucho porque eran más mayores que yo y ya tenían un nombre

hecho. Recuerdo hasta lo que llevaban puesto: Eugenia iba con un vestido de pedrería que sería de Armani o algo así. Ahora son grandes amigos, relaciones de esas que nacen en la moda y se van a lo personal. Era exquisito. Precioso.

Lo gané. Gané aquel concurso y fue un poco lo que reventó mi destino. Aunque para mí fue bonito porque, como digo siempre, la moda, me haya tratado mejor o peor en algunos momentos, me lo ha dado todo. Sigo currando de esto. Soy una afortunada.

El certamen se celebró en una sala de fiestas y vinieron a acompañarme mi madre y mis tías. Yo gustaba y a mi madre le decían que su hija iba a ganar, pero ella, hasta que no lo vio, se mantuvo en sus trece: «Bueno, eso habrá que verlo».

Aquello fue importante para mi carrera y tuve que dejar cosas de lado. Seguí estudiando a distancia, pero ya no pude hacer Veterinaria porque era presencial y yo no paraba quieta. Y mira que a pesar de todo el trajín, que me tuvieron que partir el COU en dos años y todo, saqué un siete y medio en la Selectividad y tenía nota para entrar en Veterinaria, pero es que mi madre me dijo que era mi momento y que había que cogerlo o dejarlo. Todo no podía ser. Luego, ya de más mayor, me matriculé en Historia en la Universidad de Sevilla porque me parece preciosa la facultad. Me queda un año, supongo que algún día volveré y terminaré.

Tras ganar el concurso, estuve tan solo una noche en Barcelona y ya volé a París. Aquella noche la pasé en casa de Una Timotijevic, que fue mi agente mucho tiempo y siempre me ha ayudado. De hecho, seguimos teniendo muy buena relación y todos los meses nos llamamos. Fue como una madre y me acompañó durante aquellos tiempos en los que me sentía perdida porque había salido de mi

círculo, me iba lejos… Era pequeña para todo aquello que me venía, pero supe subirme al carro y no caerme.

Cuando aterricé en París, todo era novedoso. Yo no hablaba más que castellano. Y los franceses ya se sabe cómo son. Pero me hacía entender, claro. Con el tiempo y los viajes fui aprendiendo inglés, aunque no soy ninguna máquina. Mi hija se muere de la risa cuando hablo en inglés. Lo hago a mi manera, con mi pronunciación. Pero se me entiende. Yo me hacía entender con los diseñadores y con todos. Siempre lo he hecho.

La cosa es que lo pasé muy mal en París. Yo era muy madrera y echaba mucho de menos mi casa. Pero aguanté. Cuando bajaba a la cabina a llamar a mi madre, ella siempre me decía que podía volver cuando quisiera, que retomase las clases presenciales y chimpún, pero yo aguanté porque quería apostar por aquello, por mí.

París es una ciudad muy gris. En todos los sentidos. Y yo venía de Andalucía, que es todo sol, alegría… Empecé viviendo en una casa con otras modelos, pero es que aquello no era para mí. Ese trajín de ir y volver, ropa que desaparecía, comida que ya no estaba cuando ibas a buscarla… Nunca he sido yo muy de casa de modelos. Siempre he preferido tener mi apartamento o compartirlo con amigos si era necesario. Y cuando me quise dar cuenta estaba viviendo en un apartamento con otra modelo, mi novio de aquel entonces, que también era modelo, e Iván Sánchez. Ahí fue cuando se fraguó la relación que tengo con Iván en la actualidad. Nos queremos muchísimo y siempre que nos vemos nos lo pasamos genial. Es que Iván ha estado conmigo en los momentos clave de mi vida, desde que era muy jovencita, que todo impacta el doble.

Tenemos una gran relación por eso, porque llevamos toda la vida juntos.

Aquello era tremendo porque en realidad los cuatro coincidíamos bien poco en el piso. No había habitaciones para todos y solo una cama y un sofá-cama. Y nos íbamos turnando, una semana a unos nos tocaba cama y a otros sofá, y a la siguiente al revés. Era para lo que daba, y en ese contexto hicimos una especie de familia porque la distancia de los nuestros era algo real. No había móviles ni aplicaciones para ver qué hacíamos ni nada. Íbamos a las cabinas a llamar a casa cuando podíamos, y estábamos perdidos por el mundo y lejos de nuestra gente. Si no conseguías unir lazos así, se podía hacer algo muy duro sobrevivir a aquello.

Yo siempre digo que a mi madre los móviles le han dado la vida. Una vez, no hace mucho, me fui a hacer unas fotos a unas islas perdidas de la mano de Dios en mitad del Caribe y, al llegar a recepción y dar mis datos, la recepcionista me dijo: «Ay, sí, Laura Sánchez, su madre llamó y dejó recado. Que la llamara en cuanto llegara». Antes de eso, la pobre lo pasaba fatal. Una vez perdí el avión que me traía de París a Madrid para desfilar en Cibeles y tuve que volar al día siguiente. Al aterrizar en Barajas me paró la Guardia Civil porque mi madre había movilizado a todo un dispositivo. Desde aquel día siempre pido volar un día antes. O por lo menos que me den más tiempo para poder llegar a los sitios. Vivía corriendo.

Una vez, para el desfile de John Richmond llegué tarde al ensayo. Él era muy vanguardista y muy rebelde; inglés, vaya. En esa época los ingleses eran muy heavies. Venían de Galliano, McQueen, antes de ellos estaba Westwood con el punk… La cosa es que me puse al final de la fila para ensayar por última vez. Se me acercaron y me

preguntaron si sabía lo que tenía que hacer, y yo, que no quería decir que había llegado tarde, dije que sí. Total, que empezamos a desfilar y de repente me metí dentro de una fuente que habían improvisado en mitad de la pasarela y que había que esquivar. Nunca más he vuelto a mentir así. La vergüenza y el mal rato que pasé hicieron que a partir de ahí preguntara por todo.

En París la vida no era de color de rosa. Yo venía de hacer moda flamenca y era caderazo aquí y caderazo allá. Una modelo no hace eso. Es estática, está claro que cada una a su ritmo y con su forma de andar, pero no tan despampanante. No es que hubiera hecho muchísimo en la moda flamenca, pero me habían formado para eso.

Uno de los primeros que me dio trabajo al llegar a París fue Emanuel Ungaro. En aquel momento su asistente y mano derecha era Giambattista Valli, que ahora es uno de los mejores diseñadores a nivel internacional y es admirado por todos. Me encanta su forma de hacer, al igual que me encantaba Ungaro.

A los veintidós años, Ungaro se mudó a París, donde comenzó a trabajar para el legendario diseñador español Cristóbal Balenciaga. Durante seis años perfeccionó sus habilidades bajo la dirección de Balenciaga, aprendiendo los principios de la alta costura y el dominio de las formas y los materiales, y, a pesar de ser francés, Ungaro se volvió fiel devoto de España. Después trabajó brevemente para Courrèges, otro gran innovador de la moda con el futurismo.

La cosa es que Valli flipó cuando me puse a desfilar delante de él. Valli era italiano, pero, claro, los caderazos eran demasiado flamencos hasta para él. Al terminar mi recorrido me dijo: «Hazlo otra vez». Y yo lo repetí. Caderazo aquí, caderazo allá. Y me volvió a decir: «Otra vez, por favor». Y yo venga a mover la cadera. Al final

me pidió que esperase y fue a buscar a Ungaro, que me hizo desfilar para verme. Y ahí ya debí de mover la cadera lo más grande, pero me cogió. Él era muy latino y le encantaba ese aroma español, flamenco.

Lo mío con Emanuel Ungaro se convirtió en una relación estrecha y de por años. Pasé a ser una de sus maniquíes, aparte de hacer algunos desfiles más para él. Realmente ese trabajo era muy bueno, sobre todo cuando era temporada de pocos desfiles y campañas, porque ganaba algo fijo para poder pagar el alquiler. Iba todas las mañanas al taller unas cuantas horas, me probaban, me hacían desfilar si había alguna clienta que quería ver la pieza en movimiento o directamente para verla el propio diseñador.

También lo hice para Yves Saint Laurent, que era un hombre tan tímido, tan ensimismado en su trabajo, tan respetuoso. Todavía puedo ver sus manos ya maduras ajustándome la prenda sobre la piel en su taller. Son cosas que te regala esta profesión y es muy emocionante recordarlas. Nunca desfilé para él como Nieves o Naomi porque siempre sucedía algo que me quitaba la oportunidad, pero esos momentos los tuve. Son cosas que no se saben quizá, pero la vida te las regala en secreto.

Mientras estuve en París, también hice mucho en Italia. Lo típico de ir y te vuelves. Me gustaba más Italia que París, aunque yo casi todo era en Milán, que en sí es una ciudad horrorosa a la que le han tirado el Duomo ahí en medio. Me parecía espantosa, pero trabajaba allí bastante bien.

El caso es que en París yo iba con una mochila a cuestas en la que llevaba los tacones para desfilar ante los diseñadores y las deportivas en los pies para recorrerme la ciudad. Y el book en la

mano para que te vieran en los sitios a los que ibas. Es que había muchísimo trabajo. Por la noche, mientras estábamos haciendo la cena, empezaba a sonar el fax. Y nos salía una lista con los lugares que teníamos que visitar, que mirábamos dónde estaban en el mapa que había en el apartamento. Y ya la bomba era cuando, corriendo de aquí para allá, me encontraba con alguna española por aquellas calles. Ojalá pudiera describir lo que era tropezarse con Martina [Klein] en el centro de París. Dos niñatas gritando allí abrazadas. Suena a una tontería, pero nos hacía mucha ilusión vernos… Sigue siendo igual. Y fue Martina la que me presentó a Peter Lindbergh para que me fotografiara. Fue en una embajada en Madrid, le daban un premio a su trayectoria e invitaron a todo el mundo. No me extraña que le dieran ese premio. Ha hecho las fotos más icónicas del sector y ha fotografiado a todas: Naomi, Linda, Kate, Esther, Martina…

La cosa es que estábamos en el baño y le vimos entrar. Le dije a Martina que a mí siempre se me quedó esa espinita de que me fotografiara. «¿Nunca te ha fotografiado?», me preguntó, tan pancha. Como si fuese algo de lo más normal que te fotografiase Peter Lindbergh. Era el sueño de toda modelo. De todas. Es que no creo que se salvara ninguna. Lindbergh era el cielo. Al decirle que no, cogió a Peter saliendo del baño y le contó que a mí me hacía mucha ilusión que me hiciera una foto. «¿Tenéis una cámara?», nos preguntó.

Por aquel entonces todavía no había móviles y yo iba a todos los sitios con mi cámara en el bolso. Y allí, en aquel baño, me hizo varias fotos. Conmigo reflejada en el espejo y yo en primer plano. Lo recuerdo como si fuese ayer. Con mi cámara, pero es que el talento

lo llevaba él. No importaba la cámara. Solo falta ponerla en blanco y negro para ser una Peter Lindbergh registrada.

La vida era así, caótica. Tampoco yo me cuidaba mucho. No tenía tiempo. Ahora voy al gimnasio y como mejor desde que me diagnosticaron la diabetes, pero en aquel momento me pasaba el día corriendo y montada en aviones. Y lo del pelo blanco ya… te cagas. Esto de dejarme las canas ha sido una lucha con todo el mundo: mi representante, mi familia… todos. «No te van a llamar», me decían. Me corté el pelo a lo *garçon* para dejarlo crecer y ahora voy muy cómoda con mi coleta con canas. ¿Qué problema hay? ¿Un hombre sí y yo no? Pues yo también quiero ir cómoda y me gusto así. Sé la edad que tengo. Y mis compañeras también aceptan la que tienen.

Creo que si algo nos une a todas es aceptar la edad que tenemos. No estoy en contra de la cirugía estética y mis compañeras tampoco. Yo creo que, aparte de aceptar los años, es que somos unas cagonas y le tenemos mucho miedo al pinchazo.

Hice muy poca alta costura, pero mucho prêt-à-porter. Yo no era una chica de alta costura, eso va según la modelo. Hay algunas que funcionan mejor en fotografía, otras que son muy comerciales y algunas musas de la alta costura. También hay que decir que la única *top model* que hemos tenido en España es Esther Cañadas, el resto hemos sido muy buenas modelos y nos hemos ganado la vida de esto, que no es fácil. Hemos alimentado a nuestras familias y seguimos tirando. Chapó por nosotras. Además, lo de Esther no tiene precedentes. Tanto en tan poco tiempo. No se le resistió nada. Se retiró por su enfermedad tras un contrato muy bueno con Donna Karan y a su vuelta ya la estaban esperando para Balenciaga. Con cuarenta y tres años y más de veinte retirada. Ole ella.

Mientras iba y volvía de un sitio a otro, yo seguía vibrando. Que si Prada, Miu Miu —que son las dos de Miuccia, la mítica Miuccia—, Lolita Lempicka… Y me iba encontrando con mis colegas por el mundo. En aquel momento estábamos todas. Además, por ejemplo, me hice muy amiga de Andie MacDowell, pese a mi limitación con el inglés. Hace nada nos encontramos en un desfile de L'Oréal y estuvimos horas hablando con un café. Que si los hijos, las vidas… Es de esas relaciones que te da la moda y ya se quedan para siempre. Es curioso, porque puedes tener muchas amigas, pero hay cosas que solo te van a entender las modelos. Era una locura. Y Andie y yo tenemos mucho en común: ahora hasta el pelo blanco, fíjate.

Había desfiles, sí, pero también estaban las revistas, claro. Aquello era otro mundo. Solía salir en *Vogue*, *Elle*, *Marie Claire* o *Madame Figaro*, además de alguna que otra portada que tuve la suerte de protagonizar. No se puede entender el boom personal que es verse ahí. También he de decir que para mi madre siempre ha sido más guay salir en el *¡Hola!* que en *Vogue*. Ella tenía las revistas en el ultramarinos, encima de los sacos de café, alubias y lentejas, y a la que iba a comprar le tocaba verme. «Mira la niña, en el *¡Hola!*», les decía. Es tremenda.

También estuve en Nueva York, pero no terminaba de sentirme a gusto. En cambio, ahora puedo perderme tantas veces como sea necesario por sus calles, pero en aquel entonces no latía yo al ritmo de la ciudad. Se me comía aquello. Ahora encajo a la perfección. He vuelto varias veces, y mi hija quiere estudiar moda allí.

Pero mi primera vez en Nueva York yo no casé. Era demasiado jovencita y aquello estaba muy lejos. Sí que trabajé. Hice Victoria's

Secret, por ejemplo, que me encantó porque aquello ya era un despliegue increíble. Era el boom de ese movimiento de mujeres en ropa interior, con las alas, tan despampanantes… Igual que Óscar de la Renta, al que tuve la suerte de conocer, y desfilé con esos vestidos que eran una fantasía y mezclaban sus orígenes latinos con la elegancia de la ciudad, pero era en la ciudad en sí donde yo me sentía desamparada y por eso nunca llegué a triunfar allí como en Europa. Si ahora tuviese esa edad, me iba a volver yo de Nueva York…

Pasaban mil cosas, pero había dos citas al año a las que no podíamos fallar: la Pasarela Cibeles y la Pasarela Gaudí. No importaba dónde estuvieras, había que ir. Llevo con mi representante, Mencía, más de veinticinco años. Ella lo sabe. Había que estar aquí. Hemos vivido muchas cosas juntas, pero nunca le pediré me lleve a ningún sitio en su coche. Conduciendo es la persona más despistada que existe. Una vez vino a recogerme al aeropuerto para ir a Ifema y dimos la vuelta en la Puerta de Alcalá. Se recorrió medio Madrid buscando dónde dar la vuelta y Barajas está justo al lado de Ifema. Si hasta se ven salir los aviones desde allí.

Cibeles, Cibeles… Es que era la época dorada de Cibeles. Principios de este siglo. En 2001 y 2002 gané el premio a la mejor modelo de esas ediciones. Hacía casi todos los desfiles, y también Victorio & Lucchino, que fue gracioso porque al principio, cuando empecé en Sevilla, no me querían o no les cuadraba por algo y después ya empezaron a llamarme. Eran unas panzadas increíbles de ir corriendo entre *backstages* para llegar a todo. Pero ahí coincidíamos todas: Martina, Vero, Laura, Nieves… Todas.

Lo pasábamos bien en la pasarela porque yo soy muy gamberra y siempre las hacía reír. Les ponía una cara rara y ya se morían de la risa desfilando. O les pegaba un manotazo en la espalda justo antes de salir y se llevaban mi mano marcada en el tejido… Me lo pasaba genial. Nos tuvieron que llamar la atención en más de una ocasión porque aquello era insostenible. Los diseñadores se quejaban. Y era normal. Para nosotras, estábamos jugando; para ellos, trabajando. Éramos pequeñas jugando a ser mayores. Después empezaron a ponernos separadas. Quizá ponían a Vero la diez, a mí la quince y a Martina la veinte. Ya no me dejaban, pero a mí me gustaba hacer esas bromas.

Yo hacía muchos shows, aunque uno siempre se me resistía: David Delfín. Me daba una rabia, porque yo pensaba: «Tío, que somos los dos andaluces». Pero nada. No me llamaba. Un día fui y me puse a ver el desfile en tiempo real en su *backstage*, a su lado. Se giró y me preguntó: «¿Tú por qué no estás en mi desfile?». Y yo le contesté: «No sé, no me llamas». Se echó a reír y me dijo: «Es que eres demasiado guapa». En esos años la moda estaba en erupción, estaban las andróginas, las rusas, las latinas… había muchas caras. Después desfilé mucho para él e hice algunas cosas más, pero ese momento con él preguntándome que por qué no estaba en su desfile me lo guardo para el futuro.

Algunos diseñadores habían pasado de vernos «guapas» a considerarnos «demasiado guapas». Era una putada porque lo que había gustado siempre a ellos ya no, pero resultó una apertura en la moda para que apareciesen otros tipos de belleza y eso está bien. Para mí era malo porque, por ejemplo, David no me llamaba, pero

buscó sus estéticas y a partir de ahí formó su identidad de firma. Y así muchos otros.

Me hubiera encantado estar en aquel reencuentro que hizo con todas. David me llamó, pero no pude ir, ahora no recuerdo por qué. También estaba Bimba, que era un ser de otro planeta que nos regalaron. Eran tan divertidos los dos. Un combo muy guay. David y Bimba. Ella era un ejemplo de la estética que adoraba David. No entenderíamos a David sin Bimba ni a Bimba sin David.

La segunda cita que tampoco nos perdíamos ninguna era la Gaudí de Barcelona. Es que era puro teatro aquello… tan diferente a Madrid. Ahí nació mi relación con Josep Font, que es un amigo de esos que, aunque no veo mucho, siempre está. El otro día fui a ver una colección de vajillas que ha sacado y estuvimos horas poniéndonos al día. Creo que todas nosotras tenemos una relación muy bonita con Josep porque nuestras carreras han estado relacionadas, en mayor o menor medida, con él. Siempre nos llamaba.

Josep es una persona de una sensibilidad exquisita. Sabe contar historias que emocionan a través de sus prendas y hace maravillas con las telas. Un auténtico diseñador. He hecho muchos desfiles para él, pero recuerdo uno en el que me desmayé. Me puso una diadema así muy futurista que me cortaba el riego sanguíneo y antes de salir me caí al suelo. Me desperté cuando había terminado todo… Ese look no salió, claro, y yo, inconsciente en el *backstage* vestida de Josep Font, tampoco.

Otra que hace lo que quiere con las telas es Sybilla, que con sus idas y venidas se ha comido el mundo y todos esperan que llegue con más novedades, a pesar de que la moda parece que no espere a

nadie. Nunca trabajé para ella, pero hemos coincidido en el ámbito personal. Yo no caí en quién era hasta la segunda vez, y le dije: «¿Pero tú eres Sybilla, Sybilla?». Se rio y asintió. Era Sybilla, Sybilla. Por aquel entonces ella era la pareja de un amigo que ya falleció. No he vuelto a verla, pero es una de esas personas que hace con las prendas lo que quiere. Como Josep, pero distinto. Es tan tímida, tan callada, como en otro mundo…

Y de repente, en medio de ese caos, me quedé embarazada. Mi pareja de aquel entonces y yo decidimos ser padres. Y durante el embarazo engordé muchísimo, aunque después lo perdí. Solo que en la conciencia de la gente ya había calado esa idea de «Laura está gorda». La moda puede ser muy cruel, y si no lo sabes gestionar bien te deja rota. ¿Qué pasa en esas cabezas para que te puedan decir eso?

En ese punto, mi agente me dijo que no podíamos volver a la moda porque no me iban a llamar. Y buscando, buscando, me vi haciendo televisión. Supimos tirar en ese momento, la verdad.

Lo primero que hice en la tele fueron unos monólogos con Florentino Fernández. ¡Qué mal lo pasé! Vomitaba antes de salir a pesar de que estaba muy arropada por todos, pero me sentía una intrusa y me podían los miedos del directo. Qué nervios más malos… Nunca me ha pasado eso desfilando.

Aquello me sentó fatal, pero llegó otra oportunidad. Un día fui a un casting para *Los hombres de Paco* y Hugo Silva y Paco Tous eran mis compañeros. ¡Que quede constancia de que se portaron fatal! Ellos ya llevaban sus trayectorias y fueron unos cabrones porque sabían que el papel era mío, pero me pidieron que hiciera la prueba y fue horrible. Siempre me lo recuerdan porque saben que sufrí. Se

me debía de ver en la cara. Yo no era actriz profesional y ellos me dieron una caña…

Si la moda me lo ha dado todo, *Los hombres de Paco* fue un boom. De los mejores años de mi vida. Había buen rollo en los rodajes y, a pesar de que nunca me sentí actriz, lo disfrutaba. Me ha dado mucho miedo siempre eso del intrusismo, pero Paco Tous me decía: «En tu nómina a final de mes ¿qué pone? Actriz, ¿no? Pues ya está». Todavía hay gente que me dice que Pepa les cambió la vida o me para por la calle: «Mira, la Pepa». Y esto a mi madre le da una rabia… Siempre dice: «Media vida en París y te conocen por ser la Pepa». Pero es muy emocionante.

Por aquel entonces no había papeles de lesbianas en televisión. Marian y yo, sin saberlo, hicimos historia. Fue guay. Nos dieron un premio por dar visibilidad al colectivo LGTBIQ+ en el mundo del cine. Es de esas cosas que me siguen haciendo ilusión. La historia de Pepa y Silvia entró en millones de casas cada semana y ayudó a normalizar lo que debería estar normalizado. El amor es amor, venga de quien venga. No entiendo por qué les cuesta tanto entenderlo a algunas personas.

En mi trabajo me he divertido mucho, pero ahora tomo decisiones que pueden afectar a la vida de muchas personas, por lo que divertirse a veces es complicado. Dirijo una agencia de comunicación dedicada al sector de la moda flamenca, y siempre hay que estar con un ojo encima y el otro mirando. Pero a la vez lo disfruto.

Me gusta la moda flamenca, son mis orígenes. Montar pasarelas y trabajar por ella creo que ayuda a regenerarla. No digo que estuviese muerta, pero sí que no se le da el respeto que merece. Y

me esfuerzo para que eso sea diferente. Por eso trabajo. Porque me gusta y porque lo necesito.

Y luego yo sigo. Madrid-Huelva-Bilbao. En las carreteras y en las ciudades. Me sigue compensando ponerme frente al objetivo cuando me llaman. Me hace mucha ilusión que a mis cuarenta y dos años me sigan llamando. Antes eso era impensable y creo que después de nosotras tampoco será lo habitual. Nos llaman por ser nosotras, porque somos muy piña y muy generación. Fue una época mágica y lo sigue siendo. Vivirla desde la madurez me permite analizarla con paciencia. Desde dentro, pero más de lejos. Ya no hay tantas prisas; sí agendas ocupadas, pero más espaciadas. Y me permito mi tiempo. Volver al origen, a mi Huelva, y después al frío del norte en el que lo tengo todo. Y de repente regresar a Madrid a ver qué me espera, qué viene, quién viene…

Soy modelo, puedo decirlo. Y sé que soy una afortunada porque he vivido de esto y me siguen llamando. Hace no mucho fuimos a un desfile Martina, Vero, Judit y yo. Era en Ibiza, de una diseñadora de allí. Recuerdo que había chicas jovencísimas y luego nosotras. Viejas glorias, ahí es nada. Judit se nos acercó y nos dijo: «Voy a decirles a estas chicas que somos *tops* de los noventa y no amigas de la diseñadora». Casi me caigo de la risa. Es que ahora nos pasan esas cosas. Reencontrarnos es un sueño. Pero para mí el sueño es seguir en este sueño. Lo he disfrutado todo y lo sigo haciendo, como una niña, pero con el pelo canoso y las cosas mucho más claras.

Un final

Siempre que escribo digo lo mismo: no tengo ningún interés en narrar la cruda realidad de los asuntos que, bajo mi idea, tienen esa chispa de luz que se esconde tras la moda y que, al final, se oculta tras esa capa de ensoñación que a mí me hace vibrar. Estas historias que se cruzan aquí —podríamos llamarlas «vidas cruzadas»— están escritas como me las contaron porque me despiertan ternura, cariño, con la confianza y el sentimiento de seis mujeres que apostaron por la moda en un momento dado y, aunque no fue fácil, lo consiguieron. También veo necesario añadir que si están escritas así es porque sus protagonistas las vivieron así: desordenadas, caóticas, desenfrenadas… Son muchos los adjetivos que podríamos usar para describir estas seis vidas.

Mientras escribía este proyecto he sentido como si estuviera tejiendo un tapiz de emociones y experiencias, donde la moda se convierte en el hilo conductor que une las vidas de estas seis mujeres. Es curioso porque la moda, a menudo, va más allá de las prendas y se convierte en una expresión de identidad y empoderamiento. Me las imagino enfrentando desafíos, pero también celebrando sus logros y creando conexiones inquebrantables gracias a su pasión compartida.

Invito al lector a imaginarse a estas mujeres, cada una con su estilo único y su visión de la moda. A leer sus experiencias a través de sus voces. Sus vidas se entrelazan en un ballet de colores, texturas y sueños. Laura, la diseñadora apasionada, hilvana sus creaciones con hilos de esperanza para vestir a sus novias. Judit, la modelo de mirada intensa, camina por las pasarelas como si fueran puentes hacia un mundo mejor. Nieves, la presentadora meticulosa, borda historias en cada dobladillo de las firmas que tiene la fuerza de meter en nuestras casas cada fin de semana. Laura, la empresaria visionaria, teje redes de influencia con hilos de confianza. Verónica, la yogui audaz, mezcla vestidos de ensueño y personalidades con maestría. Y Martina, la luchadora sensible, captura momentos efímeros como si fueran eternos.

La belleza es un concepto complejo y subjetivo que ha desafiado a filósofos, artistas y pensadores a lo largo de la historia, y que ha influido en el mundo de las supermodelos. ¿Es la belleza algo objetivo y universal, o es una mera construcción cultural? ¿Existen estándares universales de belleza o es algo que varía según el contexto cultural?

Según José Ángel Livraga, el arte es la manifestación sensible de las intuiciones estéticas. Los artistas, como genios, pulen y adaptan lo que perciben en dimensiones armónicas para que sea accesible a los sentidos humanos. Gustavo Adolfo Bécquer afirmaba que la belleza, en cualquier forma que se presente, eleva la mente hacia nobles aspiraciones. Mirar al cielo, por ejemplo, podría darnos alas para alcanzar lo sublime. Albert Einstein sostenía que la belleza reside en el corazón de quien la contempla. Es un reflejo interno que trasciende lo superficial. Mientras que el filósofo Plotino nos insta a

mirar más allá de las bellezas corporales. Debemos buscar la belleza del alma buena, esculpiendo nuestra propia estatua interior hasta que la virtud brille en nosotros.

En este contexto, las mujeres de esta historia que se hilvana con el hilo del tiempo, creando un tejido de belleza y resiliencia que trasciende la moda y lo convierte en arte, están tejiendo algo más profundo que lo visible. Su obra traspasa los límites del arte y se adentra en lo humano, conectando con la esencia misma de la vida y la naturaleza. Es un recordatorio de que la belleza no solo se encuentra en lo exterior, sino también en la fuerza interior y en la capacidad de superar adversidades, pasadas, presentes y futuras.

Esta es nuestra historia. Una historia de seis más uno. 6+1. Siete. Pero hay muchas otras que se entrelazan a lo largo de estas páginas, de personas de múltiples nacionalidades que han vivido entre costuras, siendo testigos de una época que ya pasó y que nosotros, sin querer dejar fuera, hemos citado y tratado de explicar con pinceladas. Este proyecto se propuso a todos los modelos españoles y representantes de estos. Nunca fue un número cerrado el de historias a contar, eso vino después y creció con los días.

Esta es una historia real asentada sobre las memorias de sus protagonistas, que pertenecieron a esa élite de mujeres que etiquetaron con el título de «supermodelos». En el recuerdo de lo que fue y tratando de ordenar el tiempo. Recordando lo sucedido, por su orden y en muchas ocasiones desordenado. Una historia que habla de los años noventa, de la moda y de todo lo que marcó, de forma caótica, la vida de aquella primera y última generación de supermodelos que se comieron el mundo. Siempre con sus

pasaportes españoles en regla, a la espera de su próximo destino. De España para el mundo.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias, con mucha efusividad y saltando de alegría, a Laura P., Laura S., Nieves, Martina, Judit y Vero por confiar en mí para escribir este proyecto. Por su amabilidad. Por su cercanía. Por sus enseñanzas. Y por ser tan humanas. ¡Gracias por este regalo!

A todo el equipo de Plaza & Janés que ha hecho posible esto. A David Trías y David Andrés, que escucharon mi propuesta y me abrieron la puerta. Y en especial a Cristina Lomba por encargarse de todo y hacer que, con su magia, pasara de un manuscrito en documento de Word al libro que tienes entre las manos.

A Mencía, Maricarmen y Toni por acompañarme en el viaje de conocer a las chicas. No hubiera podido hacerlo sin ellos. Por su paciencia de más y todos mis mails. Por abrirme también esa puerta.

A todos mis seres queridos, que les he anulado muchos planes para escribir este proyecto. ¡Gracias por no mandarme a la mierda!

Judit Mascó, Laura Ponte, Nieves Álvarez, Verónica Blume, Martina Klein y Laura Sánchez se sinceran sobre aquellos años vibrantes y desafiantes en los que se convirtieron en auténticos mitos de su época.



Las modas cambian, pero ellas permanecen. Ya en la madurez siguen dejando sin palabras al mundo cuando se visten, como si de superwomen se tratara, con el traje que les toca en cada ocasión. Algo sin precedentes. Algo que nunca volverá a pasar. Porque se crearon mitos, supermujeres, nombres y apellidos más que perchas que lucían ropa. Y con estas mujeres, primeras y últimas top models, morirá la supermodelo.

En los años noventa, diseñadores y editores de moda revolucionaron la industria, cambiando las reglas del juego para siempre. Las modelos dejaron de ser simples maniquíes en la pasarela para convertirse en ídolos que adornaban las carpetas de adolescentes y ocupaban titulares. Eran mujeres que tenían el estatus y la influencia de las estrellas de rock.

Pero más allá de las luces de las pasarelas y los flashes, vivieron en primera persona el otro lado de la fama. En este libro hablan abiertamente —en algunos casos, por primera vez— sobre los inicios turbulentos, la presión implacable de la estética y los medios, las intrigas de poder y el precio que pagaron por el inevitable paso del tiempo.

Luis Sala (Mutxamel, Alicante, 2002) estudió Diseño de Moda. Se especializó en Arte Moderno, Contemporáneo y Diseño en el MoMA de Nueva York y en Transformación del Negocio de la Moda en Parsons School of Design. Ha realizado cursos de Marketing de Moda en la Università Bocconi e Historia del Arte en la Universidad de Palermo.

Como colaborador ha escrito para *El Español*, *Vein Magazine*, *Metal Magazine* y *Alicante Plaza*. Es autor de la retrospectiva de moda española *Vestir es soñar* (Editorial Turner, 2022).

Este que tienes entre las manos es su segundo proyecto editorial.



Primera edición: febrero de 2025

© 2025, Luis Sala Miquel
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© de las ilustraciones interiores: Cover / JMN via Getty Images; AFP via Getty Images; Cover / Sofía Moro vía Getty Images; Cover / Fernando Camino via Getty Images, y APF / Pierre-Philippe Marcou via Getty Images

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: ©2018. Roberto Verino Difusión, S.A. / Javier Márquez. Todos los derechos reservados.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03543-2

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

Índice de contenido

Supermodelos
Prefacio. ¿Un libro de supermodelos? ¡Un libro de supermodelos!
Judit Mascó. El posado Mascó
    La seriedad de una sonrisa
Verónica Blume. Como pez fuera del agua
    Etérea
Nieves Álvarez. «Yo puedo»
    Rosewood villa magna, 13.00
Laura Ponte. A su manera
    Una maleta perdida
Martina Klein. Una vida remando
    Como una niña con el pelo mojado
Laura Sánchez. Y dio para gasolina
    Una mañana en una plaza de Madrid
Un final
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Luis Sala
Créditos